

Obra protegida por derechos

LA FABRICA DEL OLVIDO

EDICIÓN AMPLIADA

MANUEL LOSADA

EL PASADO SIEMPRE RESURGE, NO PUEDES ESCAPAR DE EL PUES
SIEMPRE TE ENCONTRARÁ

Obra protegida por derechos

LA FÁBRICA DEL OLVIDO

Manuel Losada

Autor: Manuel Losada
Diseño portada: Estefanía Garrido
Maquetación: Estefanía Garrido
I.S.B.N: 978-1720217404
Fecha: 24/ 03 /2017

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin autorización expresa del autor.

Agradezco encarecidamente la colaboración de
Estefanía Garrido Padín por la ayuda prestada
para la publicación de este libro.

Índice:

Parte I (La Fábrica).....	13
Parte II (El Olvido).....	125

Prólogo

Este relato narra la influencia del pasado en nuestras vidas, nuestro miedo a lo que no entendemos ni esperamos; lo llamamos casualidad pero... ¿y si la casualidad no existe y es el destino el que dirige nuestras vidas?, ¿Será este el que nos lleva a establecernos en un lugar determinado?... El temor a lo que no podemos ver o controlar provoca buscar en lo racional una respuesta a nuestras vivencias; cuando a veces la realidad es que lo irracional cobra fuerza en historias como la relatada en este libro. Todo ocurre por una razón y no es la casualidad ni el azar quien nos pone a cada uno en nuestro lugar.

El pasado siempre resurge, no puedes escapar de él pues siempre te encontrará.

-Manuel Losada-

PARTE I
LA FÁBRICA

CAPÍTULO I

Fany está absorta, mirando fijamente aquella fábrica abandonada, restando importancia a los inmensos jardines llenos de flores coloridas y a los diferentes árboles frutales situados en las entradas de cada uno de los impresionantes chalets que la rodean. El parque eólico a lo lejos emergiendo de entre las montañas era el paisaje preferido de los residentes en el lugar, pero la vieja construcción había cobrado todo el protagonismo y toda la atención de la recién llegada.

Entusiasmados por poder disfrutar de su nueva casa, están haciendo la mudanza a toda prisa y en tiempo récord, tienen sólo el fin de semana para terminarla y así tomarse un merecido descanso.

Había encontrado trabajo estable de higienista dental en un pequeño pueblo costero. No le importaba demasiado haber dejado atrás su vida en la Gran Ciudad, con todas las comodidades que ello ofrece, pues, lo que más ilusión le hacía era trabajar en su profesión.

Por el contrario, su novio Felipe era un chico al que le costaba ser positivo, no le gustaban los cambios inesperados y menos aún los improvisados. Trabajador incansable; dedicaba su tiempo a una empresa de reparto de materiales de construcción y a su casa. Trataba de ser objetivo y optimista con relación al nuevo horizonte laboral de ella. Era una pareja joven que se apoyaban en todos sus proyectos y éste era uno de esos momentos en los que él, debía demostrar su apoyo incondicional, pues en anteriores ocasiones, ha sido ella la que había defendido las decisiones de él.

Después de desembalar cada caja, Fany se asoma a la ventana para otear la lúgubre fábrica abandonada; olvidada hasta por los rayos del sol, las ruinas estaban ubicadas en un solar extenso frente al piso que habían alquilado. Un ático precioso y muy amplio en las afueras del pueblo, pero no muy alejado de su nuevo trabajo. Contaba con dos plantas muy bien distribuidas, con supermercados, cafeterías y farmacias próximas; a escasos metros de la playa, el piso era fantástico y la zona idílica.

Con cada descarga miraba por la ventana las ruinas; se había sentido atraída por ellas desde el primer instante. Por momentos percibe como se le eriza el pelo de los brazos, y cuando da la espalda a sus inmensos portales oxidados, tiene la sensación de ser observada.

Lanza miradas cómplices a Felipe, que la obsequia con una sonrisa forzada y nerviosa, tal vez, por la mudanza prematura y poco organizada. Todavía quedan viajes por hacer y él se marcha solo a la Gran Ciudad. Aprovecha todos los huecos posibles del coche, tratando así, de que ese sea su último viaje. Ella, por su parte, se queda desembalando cajas (o eso dice); ya que cuando Felipe se va, vuelve a mirar fijamente la fábrica; tenía un magnetismo que la atraía y que no llegaba a entender.

Abre la ventana y con gran interés, observa todo lo que la rodea; los sonidos próximos a su nuevo hogar, las entradas de los garajes, las farolas, los bancos. Todo es nuevo y aun así, se siente cada vez más cómoda y más a gusto en el lugar. Cierra los ojos y se deja llevar por la tranquilidad que se respira, los pájaros revoloteando por los árboles, un perro ladrando en una casa próxima, el claxon de un tren de mercancías a lo lejos... La sirena de una ambulancia la saca

de su ensimismamiento, abre los ojos y ve el relajante paisaje de su ático, nuevamente la parada obligatoria de su mirada. Una enorme construcción amurallada con bloques agujereados, tejados medio caídos, chapas descolgadas por sus fachadas...

Los sonidos de la calle parecen desvanecerse al llegar ahí, después de escuchar los cantos de los pájaros, cuando su mirada llega allí es solo silencio. Ningún animal y ni un insecto se avista por su grandioso terreno exterior. Sólo silencio y un inmenso matojo que afea lo que en su día había sido algo impresionante.

Se está haciendo de noche, cuando se da cuenta ha estado demasiado tiempo mirando por la ventana y las cajas acumuladas en la entrada son un estorbo para el siguiente viaje. Felipe entra por la puerta, con una bolsa que sujeta con los dientes, una gigantesca maleta en una mano y una enorme caja en la otra; su cara enrojecida demuestra que está al borde del colapso. Suelta todo en el recibidor y sale. Aún queda mucho por descargar y el tiempo es necesario para terminar la mudanza. Van transcurriendo las horas y las cajas llenas van a menos. Felipe sonrío: “¡Un último viaje!”. Se marcha a la antigua casa a por su último viaje, que pondrá fin a una maratónica mudanza.

Fany se queda sola y mira un reloj de pared que acaba de sacar de una de las cajas, pasa de medianoche, suspira decepcionada, todo se veía más fácil antes de empezar, no parecía tanto trabajo ni era tan visible la cantidad de cosas que tenían que trasladar. Se vuelve a asomar a la ventana, lleva consigo un zumo; le apetece tomarse un respiro, un descanso merecido. Hace buena noche así que no duda en abrir la puerta de la terraza y descansar plácidamente mientras se bebe poco a poco el zumo. Disfruta de las nuevas vistas de su hogar, el paisaje que a partir de hoy formará parte de su vida por mucho tiempo.

Un fuerte golpe llama su atención, su corazón sobresaltado bombeaba fuertemente y ella no alcanza a distinguir de donde procede tal estruendo, un nuevo ruido desconocido la paraliza... Proviene de la vieja fábrica, la brisa nocturna silba entre las uralitas rotas, pero... ¿Y esos pasos? Unas pisadas surgen de entre las grandes y altas zarzas. “Imposible, ¿Quién iba a entrar ahí?”, se responde aliviada a sus propias preguntas, viendo como poco probable con todos esos matojos y la abundante maleza, que alguien haya entrado. Se hace el silencio y de nuevo... otro golpe más fuerte acompañado por unos pasos rápidos por la espesura. Asustada, cierra la puerta de la terraza, intentando auto convencerse de que no puede empezar su nueva vida pensando cosas raras. Recordaba las palabras de la chica de la agencia, quien les había dicho, que las ruinas estaban abandonadas desde hacía años. Tal vez el aire es más fuerte en su interior, tal vez haya gatos cazando ratas dentro... Todavía acelerada, se sienta en el sofá y enciende la televisión para tener compañía y romper el silencio. Se acurruca en una esquina y tras abrazar un cojín, se tapa hasta la nariz con una manta de terciopelo que había desembalado minutos antes.

Un golpe atronador la hace saltar en el sofá, se le acelera la respiración y nota como se le sale el corazón por la boca. Una risa escandalosa y escalofriante se escucha en el recibidor de la casa, es Felipe. Tras la desesperación de su último viaje entra sigilosamente y al ver a Fany dormida en el sofá, golpea la puerta de entrada en venganza por su extenuante odisea. Aún sin recuperar el aliento por el susto, él se le acerca con los brazos abiertos, busca un abrazo de ánimo y compasión, está cansado, fatigado por los innumerables viajes hechos en soledad. Le pide disculpas por su comportamiento, se acomodan en el sofá y cariñosamente, comienza a acariciar su pelo a la vez que pregunta:

-“¿Qué opinas? ¿Nos adaptaremos?”-. Ella se toma unos segundos de reflexión, le obsequia con una mirada cómplice de agradecimiento por el duro trabajo que ha hecho y los viajes solitarios.

CAPÍTULO II

Lunes, ocho de la mañana, el sonido del despertador perturba su sueño, ambos se levantan pausadamente. Fany con pereza, se mete en la ducha para despejarse, hoy es su gran día; no sabe que le depara la jornada en la clínica de un pueblo como este, pues está acostumbrada al ajetreo de la ciudad. Sube al coche, empañado por la tremenda helada nocturna y enciende la radio, pone al máximo la calefacción y espera a que desempañe el cristal. Tiene el coche aparcado justo enfrente de casa, pegado al muro de la fábrica, un cómodo aparcamiento que había encontrado el primer día de mudanza.

Entra enérgicamente en la clínica, tiene ganas de comenzar su experiencia. Se presenta a las nuevas compañeras, contesta y atiende todas y cada una de las preguntas que le llegan casi a la vez. Está entusiasmada por el recibimiento. Tras una calurosa presentación por fin contesta a la última pregunta:

-“A las afueras del pueblo, delante de una antigua fábrica”-. Su respuesta provoca silencio entre el exagerado bullicio, un silencio que paraliza el tiempo. La directora abre la puerta del vestuario, se escucha el murmullo de los pacientes en la sala de fondo, toca las palmas a su entrada y pide a todas que se pongan a trabajar. Las horas pasan rápidamente, los pacientes son atendidos a buen ritmo, uno tras otro. La mañana ha finalizado y todo se ha hecho sin mucha diferencia de cómo se hacía en la Gran Ciudad, pues estaba acostumbrada a trabajar sin descanso por largas horas.

Coge el coche para volver a casa. Tiene poco tiempo para comer, su jornada es partida y en breve tendrá que volver al trabajo. Aparca frente a su casa, justamente en el mismo sitio donde lo había cogido por la mañana; está entusiasmada, parece que le han reservado el sitio. Recalienta la comida que Felipe le ha dejado hecha el día anterior y pone las noticias para tener compañía. Después de comer se acicala un poco y baja a por el coche para volver al trabajo. Está abriendo la puerta de su coche cuando escucha un llanto próximo. A escasos metros de ella, se encuentran los gigantescos portales oxidados. Alza la vista, mira a su alrededor, los transeúntes pasean por la acera tranquilamente, sin inmutarse, por lo que se da cuenta que nadie más que ella, ha escuchado nada. Tiene prisa, es su primer día y no puede llegar tarde, así que realiza una rápida revisión por si puede ver algo extraño, con disimulo da vueltas alrededor de su coche, camina unos metros hacia delante y otros tantos hacia atrás, intentando identificar de dónde pueden provenir esos ruidos. La búsqueda no da sus frutos y debe marcharse.

Llega a la clínica, se pasa unos minutos de la hora de apertura, rápidamente se pone el uniforme. Ya hay gente esperando en la consulta, la recepcionista siempre es la primera en entrar y permite que los pacientes de primera hora se acomoden en la sala, mientras esperan tranquilamente a ser atendidos. Uno a uno, los pacientes van pasando por los distintos gabinetes donde tanto Fany, como sus compañeras tratan de dar el más esmerado servicio, sin escatimar en tiempo y esfuerzos para aliviar a los pacientes de urgencias y observar a conciencia los citados para revisión. A las nueve y cuarto se marcha el último paciente, un reloj en lo alto marca la hora de salir. Las chicas bajan juntas al vestuario y charlan mientras se cambian. Siempre quedan para tomar algo a la salida del trabajo y se lo proponen a ella, quien se escusa por no ir; cuenta que todavía tiene cajas por desembalar y quiere acabar cuanto antes de ordenar todo. Se marcha sola

calle abajo, contenta por haber superado con éxito su primer día, las expectativas son buenas y a pesar de su fatiga, espera con ganas el nuevo día.

Curiosamente aparca en el mismo sitio del mediodía, el mismo donde también cogió el coche esta mañana. La calle está vacía, los comercios cerrados, las luces del interior de los edificios denotan que todos sus vecinos ya están en casa, al calor del hogar y posiblemente cenando con sus familias. Sale del coche y mira hacia ambos lados para cruzar al portal de su casa. Un fuerte golpe se escucha tras ella, proviene del interior de la fábrica, no hay duda, el ruido sonó como un portazo. Unos tímidos pasos se escuchan entre los matorrales del interior. Sin darse cuenta, está paralizada en medio de la carretera, para su suerte, no hay tráfico, pero tampoco hay un alma que pueda contrastar lo que ella ha escuchado. Con un rápido gesto, consigue cruzar y abrir el portal del edificio. Mete solo medio cuerpo en el descansillo y con la puerta todavía entreabierta, trata de escuchar y observar desde la distancia lo que ocurre. El silencio es el único sonido de la noche, perturbado por un lejano camión de la basura que a esa hora comienza a vaciar los contenedores al principio de la calle. A lo lejos comienza a identificar sonidos, el ladrido de algún perro, la suave brisa que arrastra una bolsa por la carretera, el leve tintineo de la cadena que une las dos hojas de los grandes portales. Ya no se escuchan pasos, ya nada sale de allí salvo silencio.

Felipe tiene la cena lista y ella entra en casa y le da un fuerte abrazo. Tras verla tan sofocada le pregunta:

-“¿Hace frío?, estás muy pálida, ¿va todo bien?”-. Asiente con la cabeza y se mete en el baño donde enciende un pequeño calefactor para entrar en calor. Se mira al espejo y reflexiona sobre todo su día, todo el esfuerzo de la mudanza, el trabajo duro de Felipe para que la casa estuviera perfecta lo antes posible, el nuevo proyecto laboral... No puede tirar por tierra todo lo que ha avanzado, tiene que sacarse esa preocupación de la cabeza, a fin de cuentas, unos ruidos no podían amenazar su nueva vida y sus planes de futuro.

La cena transcurre con normalidad. Felipe acaba de cenar y se acerca a la ventana para fumar un cigarrillo, algo a lo que ella está acostumbrada, era la misma manía que ya tenía en la Gran Ciudad. Se une a él y mirando los dos al horizonte, le pregunta:

-“¿Qué opinas?”-.

-“Opino que en verano hará menos frío”-.

-“¿Qué opinas de la fábrica?”-.

-“Unas ruinas que se caen a pedazos, eso ya no debería estar ahí, el solar es muy grande para tener esa ruina ensuciando el paisaje”-. Felipe era algo peculiar, trata de aparentar serenidad cuando por dentro le remuerde la conciencia y la duda de haber dejado, tal vez equivocadamente, la Gran Ciudad demasiado pronto.

Todos los días son bastante similares para ellos, se veían poco, ella se marchaba al trabajo y no coincidía con su novio a la hora de comer, no era hasta bien entrada la noche, cuando se reencontraban para cenar. Ambos tenían trabajos de responsabilidad, pero quizá sin lugar a dudas, Fany pasaba más horas que él en su trabajo, lo que le provocaba día tras día, una fatiga constante. El viernes por la noche es su gran día, como hacían en la Gran Ciudad, se toman ese día como especial, el fin de la jornada laboral, el comienzo de un fin de semana en el que estarán y harán

muchas cosas juntos. Aparca el coche en su plaza reservada por la suerte. Se dispone a cruzar la calle cuando vuelve a escuchar un llanto, se pone nerviosa, se le eriza el vello de la nuca, un nudo en el estómago, un escalofrío recorre su cuerpo. Cada vez el llanto es más fuerte, se escucha cada vez más alto, más cerca....

Corre hacia el portal y casi sin darse cuenta está dentro de casa jadeando y con la respiración acelerada. Él la mira sorprendido, sujetando dos platos vacíos y una fuente de croquetas. Muy conmocionado le pregunta:

-“¿Estás bien?”-. Ella le cuenta, mientras trata de recuperar el aliento, que escuchaba unos fuertes llantos y que se acercaba por detrás, estaba muy asustada porque creía que la querían atacar. Él la interrumpe:

-“Yo estaba fumando en la ventana, te vi llegar, por eso tengo los platos con la cena y no he escuchado nada, tampoco te seguía nadie porque la calle estaba más vacía que un cementerio a media noche”-. Su contestación la deja traspuesta, ya no está segura de lo que ha escuchado, ni de sentir la presencia de algo o alguien próximo a ella, pero ante la mirada y la respuesta de Felipe, prefiere dejarlo correr y reponerse del susto.

CAPÍTULO III

Al día siguiente en la consulta y aprovechando la tranquilidad que reina en las mañanas, se acerca a una compañera y le pregunta por la fábrica. Inesperada sorpresa cuando, muy alterada, la compañera contesta que está abandonada y nada más, un edificio muerto y olvidado. Se extraña del nerviosismo de su compañera, quien abandona el vestuario dejándola completamente sola.

Pocos son los pacientes de la mañana y Fany está concentrada en hacer su trabajo lo mejor posible; se toma su tiempo y minuciosamente observa las afecciones de sus pacientes. Al mediodía cuando llega a casa, aprovecha el tiempo de la comida para mirar si internet le podría desvelar algo sobre esa construcción. Busca una y otra vez información que responda a sus dudas; noticias, vídeos o temas relacionados con la historia. Tras varios minutos indagando, comienza a ver los primeros resultados...

Se trataba de una metalúrgica que en los años setenta era el pilar industrial del pueblo, vivió sus años dorados hasta mediados de los años ochenta, cuando un terrible accidente hizo cerrar sus puertas. Gran parte del pueblo costero vivía de lo que daba el mar y otra parte de la metalúrgica. Daba trabajo a más de trescientos empleados y era propiedad de una acaudalada familia. La información que ha encontrado es interesante pero poco detallaba los hechos y la razón exacta de su cierre. Intenta averiguar más datos en otras páginas pero, poco o nada más de lo que ya sabe. Antes de levantarse ve una página con fotos. Tiene que volver al trabajo, así que deja el ordenador encendido para proseguir su lectura más tarde.

Es la hora de entrar en la clínica, sabe que hoy tendrá que esmerarse mucho, la agenda de la tarde delata más pacientes de lo habitual. Cuando entra, sus compañeras están hablando entre ellas en el mostrador de recepción, al percatarse de su presencia, guardan silencio. Fany percibe un ambiente algo hostil, pero no le da demasiada importancia, hay muchos pacientes y tiene prisa por comenzar.

Uno tras otro, atendían a los pacientes sin descanso. La tarde fue avanzando y la agenda, haciendo cada vez más visible el final del día.

Por la noche, al acabar la jornada, esperó como siempre a que sus compañeras acabasen el trabajo y ayudar a cerrar las instalaciones. Esperaba en la salida y notó la despedida fría que le daban mientras ella sujetaba la puerta. Se marchó caminando hacia el coche con la mirada perdida y reflexionando sobre lo sucedido, tras cinco minutos escasos llegó a casa. Aparcó (¡cómo no!) en su lugar reservado, el mismo lugar que ella usaba desde que se había mudado. Habían hablado en innumerables ocasiones de la casualidad de tener siempre el mismo aparcamiento libre para ella y que nadie lo hubiese utilizado en ningún momento.

Sale del coche y mientras se asegura de que está bien cerrado y aparcado, comienza a escuchar voces, o más concretamente, una voz; parecía la voz de una niña pequeña. Algo inquieta y nerviosa mira hacia ambos lados de la calle y se percata de que está sola, trata de identificar el lugar de donde sale esa voz. Poco a poco se va acercando a los portales de la fábrica, dos enormes hojas de acero que denotan la inmensidad de lo que albergaba. El susurro proviene del interior, se acerca un poco más, tímidamente a pasos cortos y girando la cabeza en busca de ayuda de algún transeúnte.

Sin darse cuenta se encuentra mirando a través de la cerradura de uno de los majestuosos portales oxidados... ¡No daba crédito a lo que veían sus ojos! Es una niña pequeña, pero... ¿Cómo es posible?, piensa para sí. Está viendo a una chiquilla pequeña, rubia y de tez pálida, ataviada con lo que parece un camisón blanco; está bailando y dando giros abrazando lo que parece ser un peluche. Se pone en pie y respira profundamente tratando de tranquilizarse, pensando para sus adentros que lo que acababa de ver podría ser fruto del cansancio o la tensión del excesivo trabajo. Vuelve a agacharse y nuevamente mira por la cerradura. De cabellos finos y rubios, pálida como el hielo, tendría unos seis o siete años calcula, está emitiendo cánticos entrecortados mientras abraza su osito de peluche. En sólo un pestañeo, un ojo penetrante mira desde el otro lado de la cerradura, Fany da un fuerte grito a la vez que retrocede unos pasos, sale despavorida corriendo hacia el portal de su casa.

Muy asustada trata de meter la llave en la cerradura del edificio pero una y otra vez las llaves le caen al suelo. El portal se abre de repente, es Zacarías, un vecino muy atento que vive en el piso de abajo, lleva una gran bolsa en su mano, muy sobresaltada se abraza a él, comienza a explicarle rápidamente y casi sin vocalizar lo que ha visto en la fábrica. El hombre menudo, de unos sesenta años sonríe, la reacción de su vecino la asusta todavía más, Zacarías dice:

-“Ya lo sé, es Tamara”-. Suelta rápidamente al anciano y comienza a subir corriendo las escaleras hasta su casa. Parecen interminables, a pesar de que el edificio cuenta con tan solo cuatro plantas. Llega exhausta a la entrada, abre la puerta entre sollozos y casi arrodillada por el esfuerzo.

Felipe está en la cocina distraído, muy asustada corre hacia él soltando el bolso en el suelo. Se abalanza sobre él, mientras le dice que hay algo o alguien en la fábrica y que posiblemente no puede salir de allí, necesita ayuda. Él le pide calma y, aunque notablemente traspuesto por la situación y su estado de shock, accede a ir con ella para ojear el lugar. Ya en la calle y delante de los portales le explica al incrédulo Felipe lo sucedido, mientras éste mira por la cerradura de una de las hojas exclama irónicamente:

-“¿Estás segura de lo que has visto?”-. Deja de ojear en los interiores y coge de la mano a Fany acompañándola hacia el edificio. Más tranquila, se mantiene en alerta mirando las ruinas por la ventana, rastrea cada centímetro de la finca buscando un rastro o una prueba de lo que había visto. De pie, mirando a través del cristal empañado por su aliento, observa en silencio durante minutos, largos minutos que se convierten en horas. Él la mira preocupado desde el sofá, con rostro de desconcierto y desilusión.

Desiste de su búsqueda tras una hora y media, se sienta a la mesa donde está Felipe leyendo el periódico frente a un plato tapado con la cena. Apenas da cuatro bocados a la succulenta cena que le han preparado, se levanta en silencio y se marcha a la habitación. Felipe se queda solo en el salón, reflexionando y mirando al vacío de una blanca pared sin cuadros. Ella ya está en la cama cuando entra, le da la espalda y finge estar dormida cerrando los ojos cuando se siente observada. No es capaz de dormir; se auto convence de que lo vivido durante el día no era real, está frustrada por la reacción de su pareja, quien no parece creerla.

Al día siguiente, después de salir de la consulta al mediodía, llega a casa y se sienta delante del ordenador con un plato de comida recalentada. El equipo está apagado, lo enciende y comienza a buscar la página donde se hablaba de la vieja fábrica. No encuentra más información que la leída el día anterior y ninguna otra relatada mucho más de lo que ella ya sabía.

Por la noche, ya de vuelta en casa, y después de una jornada muy tranquila, está ojeando los armarios de las habitaciones, quiere distraerse un poco. Felipe llegará un poco más tarde de lo habitual y al tener poco tiempo libre para hacer las tareas domésticas, que ya habían recaído sobre él, no sabía muy bien que patrón se había utilizado para ordenar los armarios. La mudanza fue muy apresurada y ella no ha vaciado la totalidad de las cajas con sus cosas; había sido él quien se había hecho cargo de los armarios de las habitaciones, quedándose ella con la cocina, salón y baños. Va abriendo uno por uno los enormes armarios empotrados de cada habitación. En uno de ellos encuentra unos viejos y pequeños prismáticos que Felipe había guardado. Se acuerda de haberlo visto usándolos algún que otro día, para mirar las montañas y observar las grandes palas giratorias del parque eólico. Echa mano de los prismáticos y aprovecha para observar las ruinas haciendo barridos por toda la superficie de la finca durante un buen rato. Después de una hora de búsqueda, fatigada por la monotonía y con ganas de cenar, desiste de su guardia.

CAPÍTULO IV

Tras varios días de guardia nocturna, a escondidas, llega a casa al mediodía, está exhausta, agobiada y aturdida por la falta de sueño, desea echarse un rato antes de volver al trabajo, necesita descansar o se dormiría en cualquier momento sobre algún paciente.

Abre la puerta creyendo estar sola como todos los días, tardó unos segundos en reaccionar cuando ve que Felipe está en casa. La está esperando acompañado de un caballero de mediana edad, sentados en el sofá, serios y con gesto de inquietud, se ponen en pie cuando ella entra en casa. El desconocido se muestra muy educado, avanza hacia la puerta donde está ella, todavía paralizada por la sorpresa, le tiende la mano y se presenta como Eduardo. Da su mano sin entender muy bien quién es este señor, se acerca al sofá donde se encuentra Felipe y se sienta entre ambos observándolos con el ceño fruncido y expresión de incertidumbre.

Felipe exclama:

-“Te preguntarás que hacemos aquí”-. Fany asiente con la cabeza y espera una respuesta. El desconocido de nombre Eduardo, se vuelve a presentar, y esta vez lo hace mostrando una tarjeta de visita donde se puede leer claramente: “Doctor en Psicología - Eduardo Fuentes”. Desconcertada, coge la tarjeta y vuelve a mirar al caballero, éste le explica:

-“Felipe me ha contado...”-. Fany interrumpe la conversación y percatándose de lo que sucede, se levanta violentamente y se acerca rápido a la puerta, tras abrirla, invita al supuesto Doctor a que abandone su casa. Eduardo se levanta y llegando a su altura, le dice:

-“Cuando quieras ayuda, ven a mi consulta”-. Enfurecida cierra de un portazo sin ni siquiera cerciorarse de que el caballero ha salido completamente:

-“¿Qué pasa contigo?, ¿quién te crees que eres para llamar a un médico que no necesito sin consultármelo?”-. Muy enfadada e indignada se marcha a la habitación y cierra la puerta.

A los pocos segundos, Felipe entra en la habitación:

-“¿Quieres volver a la Gran Ciudad?, marchémonos, volvamos a casa”-. Ella se gira:

-“Ésta es mi casa ahora”-. Él, confundido y desilusionado, sale del cuarto cerrando pausadamente la puerta.

La clínica apenas tenía pacientes, uno o dos días a la semana, trataban de reducir el número de visitas para facilitar a las chicas el abastecimiento, la organización de las agendas y el mantenimiento de la maquinaria y el instrumental. Están deseando terminar su jornada, con la carencia de pacientes, se le hace interminable y el cansancio añadido, hace su estancia más difícil. En apenas dos horas, ya está de camino al coche, ha terminado el aletargado día.

Mientras baja del coche aparcado en su privilegiado sitio, escucha una risa infantil, mira hacia los lados y se acerca prudentemente al portal de la fábrica, de donde provienen las carcajadas, se asoma por la cerradura y ve a la niña. Sujeta aquel harapiento y malogrado peluche fuertemente contra su pecho, parece devolverle la mirada, sonriendo y dando leves giros de cadera sin soltar su peluche. Cuando trata de emitir un sonido de su boca, para llamar la atención

de la menor, un fuerte grito desgarrador estremece su cuerpo.

Un grito de horror, de oscuridad, de lamento... De nuevo aquel ojo penetrante se interpone en la cerradura, asustándola y haciendo que caiga al suelo. Se levanta rápidamente y corre al portal de su casa. Sube al piso, Felipe no está, había dejado una nota en el recibidor que dice: “Avísame cuando me necesites, yo necesito tiempo y tú necesitas soledad”. Desconcertada, coge la nota y se acerca a la ventana, mira insistentemente en busca de la pequeña, peinando cada centímetro de la finca con los prismáticos. Nada, no hay nada ni nadie. Muy conmovida y aturdida se sienta en el sofá y suspira desanimadamente.

CAPÍTULO V

La pareja se conoció en Portugal, en un evento gastronómico muy conocido en el país vecino, sin saber que el destino los uniría poco tiempo después, iban acompañados por sus familias. En uno de los stands de la feria, surgió el amor, al encontrarse sus miradas fijadas en un único punto; en ellos mismos. Dándose los teléfonos tímidamente, solían quedar con frecuencia para dar paseos por la playa y hablar largo y tendido sobre sus proyectos de futuro individuales e ilusiones.

Por aquel entonces, Fany trabajaba en una agencia de viajes, un trabajo que le gustaba pero que no acabada de llenar sus ansias de progresar y de sentirse realizada. Felipe trabajaba como camionero en una empresa de transporte de materiales de construcción. Ambos buscaban hacer cambios en su vida. Con el tiempo, Felipe le pidió salir y poco a poco se fue reforzando la relación y afianzando la pareja. Un tiempo después comenzaron a vivir juntos. Para ello cogieron un piso, no muy grande, pero sí muy céntrico en la Gran Ciudad. A los dos les gustaba la ciudad.

Ella comienza a estudiar por las noches, su objetivo está cada vez más cerca, el gran examen final que le dará la titulación que tanto desea de higienista dental. Felipe la había animado

a luchar por su sueño y este era su último esfuerzo. Cansada de un trabajo mal pagado y sin sentirse valorada, éste era su momento. Él por su parte había enviado currículos a varias empresas de la zona, buscaba un empleo que le dejara más tiempo libre para su gran pasión la ornitología. Durante años había hecho viajes a bosques y montañas para observar las aves, admiraba su libertad, le fascinaba el colorido, su reproducción, su migración.

Fany estaba sometida a mucha presión, el trabajo, los estudios, el complejo vocabulario de su futura profesión la tenía saturada. Ya no quedaba nada para su examen. Era una chica tímida, muy soñadora y tenía todo el apoyo de Felipe para adentrarse en nuevos proyectos.

No le temía a nada, él daba luz blanca a sus deseos y ella trataba de no decepcionarlo, haciendo honor a su valentía y a su interés en comerse el mundo.

Cierto día, sufrieron una mala experiencia, pues el destino no siempre aguarda con caminos de rosas; ella estaba segura de ser una niña adoptada y hubo un tiempo en que vivió obsesionada con encontrar algún día a sus padres biológicos. Tenía muchas preguntas que hacerles y mucho tiempo por recuperar, muchas dudas revoloteaban por su mente y por encima de todas ellas, había una respuesta que ella esperaba con más ahínco.

Felipe trató por todos los medios de quitarle esa idea de la cabeza, no estando seguros de que ella estuviera en lo cierto con respecto a su nacimiento y al seno de la familia a la cual podría pertenecer; temía que le hiciesen daño las palabras, tenía miedo a que el pasado aflorara en ella una personalidad distinta, temía perder a quien un día lo enamoró con su humildad, compasión y honestidad. Ella, por el contrario, llevaba su investigación en secreto, preguntaba a conocidos y profesionales, los pasos a seguir para buscar a sus padres biológicos. Como es de entender, su supuesta familia adoptiva, desoía sus preguntas sobre quién, dónde y cuándo. Enfadándose con ella y dándole malas contestaciones. La llamaban loca por tener esas ideas pero nunca intentaron demostrarle su equivocación.

No le daban facilidades, pues, se había enterado a los bien entrados dieciséis años que era adoptada, por un comentario poco acertado de una vecina que le confesó un relato no muy convincente, pero detonante para crear en ella una duda racional de adolescente. En un encuentro en el rellano donde vivían sus padres, la anciana la agarró por el brazo y le dijo:

-“Tienes los ojos de tu padre Don Fermín”-. A lo que ella trató de corregir diciendo que el nombre de su padre era Adolfo y no Fermín, respuesta que continuaba así:

-“(…) que por cierto, mi padre tiene los ojos azules y yo marrones”-. Esa confusión fue el comienzo de una batalla encarnizada entre ella y su familia; ella por intentar averiguar la verdad y ellos por tratar de ocultarla. Tristemente eso llevó a enfriar la bonita relación que tenían hasta ese momento y desencadenó también, su decisión de algún día averiguar que sucedió con ella. Felipe trató una y otra vez de interponerse en su objetivo y muy ofuscado explicaba que nadie que la pudiera haber abandonado en su pasado, fuera la razón que fuera, merecía una oportunidad de recuperar lo perdido.

Un día, recibió una carta que llenaba de esperanza su ánimo, era una carta de una enfermera del Hospital Virgen de los Remedios, que prometió ayudarla cuando conoció su situación, pues en el pasado no había podido interceder en otro caso similar y quería resarcirse de su culpa para con la otra familia a la que no pudo ayudar. En la carta, hablaba de unos archivos guardados en una habitación clausurada del hospital, archivos que nunca se habían actualizado en

el sistema informático y que habían quedado en el olvido en archivadores oxidados. Un pen drive acompañaba esa carta, con una nota que decía: “Espero que esto te sirva para comenzar el largo camino”. Fany no tardó ni dos minutos en descargar los archivos en el ordenador, buscaba respuestas, y no sabía por dónde empezar.

En uno de los archivos figuraban nacimientos, nombres de madres que dieron a luz el mismo día que nació ella, eran muchos nombres por orden alfabético. En otro de los archivos, había direcciones de empadronamiento de aquellas mismas madres. Un tercer archivo contenía las defunciones de algunos bebés. Tenía mucho que investigar aunque a simple vista, ya estaba algo desmotivada por tal cantidad de hojas y de nombres desconocidos. En su mente, vagaba la posibilidad de que todo fuese más fácil pero, hasta ese momento, todo había sido complejo y extenso.

Pasaron los días y seguía haciendo esquemas en una libreta, tratando de anotar las madres que por proximidad pudieran ser la suya, las residencias de ellas y todo lo relacionado con fotos y demás. Felipe por el contrario, no quería inmiscuirse, tratando en muchas ocasiones de desconcentrarla de sus apuntes y ofreciéndole, regalos y similares para quitar protagonismo a su investigación. Trataba de dar largos paseos con ella, iban al cine con frecuencia, él iba a buscarla trabajo y de camino a casa, la invitaba a cenar. Todo ese esfuerzo era en vano, ella aprovechaba cada segundo libre para volver a ojear sus anotaciones y las lecturas de los archivos.

Día tras día, llamando a los números de teléfono de las pacientes atendidas el día de su nacimiento, cartas enviadas a las direcciones de las mismas. No había respuestas ni había contestaciones. Con las pocas madres que consiguió hablar, ninguna confirmaba haber dado en adopción a ninguna niña, otras sin más, al escuchar la palabra adopción, colgaban el teléfono. Era muy difícil e imposible averiguar nada y ella, poco a poco, se venía abajo. Fany buscaba apoyo en Felipe y éste muy en desacuerdo con su cruzada, desaconsejaba seguir buscando en los fantasmas del pasado. Para él, todo estaba bien como estaba. Tras días de pensamientos vacíos, trató de volver a enviar cartas de auxilio a las familias que recibieron la bendición el día de su nacimiento y trataba de buscar alguna pista para encontrar a su familia. Pasaron los días, los meses, no había respuestas. No había un aliento fresco, ni una sola brisa que la llevara hasta un punto de partida.

Un día estaban dando un largo paseo, él estaba frustrado y triste por verla tan aquejada en sus penas, en los últimos meses había bajado de peso, su familia no le hablaba y se encontraba muy baja de moral. Él, con un hálito de valentía decidió romper su hasta ahora silencio más inquebrantable, agarrándola fuertemente de la mano y susurrando en su oído:

-“¿Por qué no hablas con la vecina de tus padres?”-, ella alza la vista, había recibido un gesto de ánimo en su vida. La vecina que había desencadenado todo esto, vivía en el bajo del edificio de sus supuestos padres adoptivos.

Cuatro días después, cargada de valor, pidió a Felipe que la acompañe a la casa de la vecina. Tal vez ella pudiese ayudarla, ya que, según la anciana, conocía a quien parecía ser su padre. Su familia nunca había reconocido que ella fuera realmente adoptada, pero tampoco habían demostrado lo contrario.

Aquel fatídico e inolvidable día para los supuestos padres adoptivos, cuando ella relató lo que la anciana le había dicho en el descansillo del edificio, sus padres, sólo acallaron la batería de preguntas que habían recibido por parte de su hija, escudándose en la poca credibilidad de la

anciana:

-“No creas a una loca embustera, esa mujer es mala y nunca debiste acercarte a ella”-.

CAPITULO VI

Después de un trayecto que se había hecho interminable, llegaron al edificio. Fany estaba muy nerviosa por si sus padres la sorprendían por las inmediaciones, dando lugar a una situación muy tensa, hacía mucho tiempo que no sabía de ellos pero ellos tampoco habían mostrado interés. Cogiendo aire profundamente y agarrando fuerte la mano de Felipe, bajaron del coche para enfrentarse al destino, a la persona que en su día le cambió la vida.

Tocó el timbre dos veces, no se escuchaba nada, el silencio del descansillo del edificio era el mismo que el que se escuchaba en el interior de la casa. Se activó el ascensor, alguien bajaba, ella se puso nerviosa y miró al frente, Felipe se interpuso entre ella y el ascensor. Doña Paca salió del ascensor, una vecina del cuarto que nunca mantuvo mucha relación con sus vecinos, pero que de sobra la conocía. La mujer les mira sorprendida y le preguntó sin apenas haber salido del ascensor:

-“¿Sois de la inmobiliaria?”-, Felipe se percató del silencio incómodo y de su nerviosismo ante la situación, así que contestó rápidamente haciéndose protagonista:

-“Sí, somos de la inmobiliaria”-. Doña Paca se acercó a Felipe, arrastrando los pies por el suelo hasta aproximarse a casi un palmo de su cara:

-“Conchita me dijo que si veníais, os diera las llaves del piso”-.

La señora se disponía a subir otra vez al ascensor, cuando Felipe le replica que podían venir más tarde, no era necesario que subiera ahora mismo. Se volvió hacia él y tras volver a ponerse a un centímetro de su cara, le susurra:

-“Murió sola, nadie debería morir así, sola no se debe morir.”- Doña Paca salió del portal ataviada con un abrigo de pelo de animal, sus gafas oscuras y antes de cruzar la puerta le puntualizó a Felipe:

-“La hija no es buena, su madre en el tanatorio y ya vende su casa, nadie se merece morir solo. Ella murió sola, muy sola”-. Él, traspuesto y entendiendo en pocas palabras de la anciana, la terrible noticia que su novia acababa de recibir, echó su brazo por el hombro de Fany y sin mediar palabra, comenzó a guiarla hacia el coche.

El viaje de vuelta fue largo, muy largo en tiempo y muy escaso en palabras. Ella, derrotada y abatida, hizo del silencio la única compañía de Felipe en el viaje de vuelta a casa.

Del trabajo a casa y de casa al trabajo, así vivía Fany semanas después de la trágica noticia de la muerte de la vecina, única ayuda en la búsqueda de la verdad, la única persona que tenía las respuestas de su pasado y la llave a su futuro. Estaba decepcionada y sin ánimo, decaída y sin ilusiones, derrumbada por no saber por dónde seguir su búsqueda, ahora que no tiene nada. El trabajo la mantenía distraída, pero al llegar a casa, sus ojos se llenaban de lágrimas, sus mejillas eran cascadas de sal que reflejaban la impotencia de una chica que solo quería saber la verdad de su pasado, una verdad que el destino le había arrebatado.

Tres meses después del suceso, Felipe había solicitado unas vacaciones, un tiempo que él

quería dedicar a la recuperación de Fany. Para ello, había preparado un viaje; unos días de relax y distracción que podían ayudarla a olvidar los malos momentos y devolverle aquella bonita sonrisa que curaba sus penas cuando más lo necesitaba.

Se marcharon muy temprano, sábado a las nueve de la mañana, el coche iba de camino a una zona de costa, conocida por los bellos amaneceres, por la gastronomía y por sus gentes amables y afables. Un lugar donde les esperaban rutas turísticas, deportes de aventura y un spa nocturno que debería ser suficiente para mejorar su ánimo.

En su primer día, les sorprende un almuerzo abundante y consistente, el lugar está lleno de gente que había escogido su mismo destino para unas merecidas o necesarias vacaciones. Actividades en la naturaleza, aire puro, largos paseos por la playa al atardecer, hacían que la mente se evadiera de cualquier otro pensamiento que no fuera el disfrutar de tan idílico lugar. El spa nocturno era un viaje al más allá, donde los chorros de agua caliente te transportaban a un clímax de relajación extrema. Los amaneceres y los atardeceres hipnotizaban a las personas que como ellos, deseaban parar el tiempo ante aquella majestuosa estampa.

En el segundo día se apresuraron a ser de los primeros en levantarse. El desayuno era el primer manjar del día en aquellas vacaciones. Para media mañana tenían previsto un paseo a caballo, era la actividad que todos los primerizos más deseaban. El descenso por el río, embutidos en unos trajes que casi no dejaban respirar y un kayak que no presumía de estabilidad, ponía el toque de aventura a un segundo día fantástico en el que Felipe percibía que Fany disfrutaba de cada momento. El tercer día se abrió con innumerables actividades naturales y como cierre de actividades la opción de hacer salto en caída libre. Los profesionales del centro, gente joven y muy preparada, habían dedicado mucho esfuerzo y dinero en crear todo aquello como alternativa a las vacaciones convencionales.

Disfrutaban minuto a minuto de su estancia en el lugar y ella, agradecía a Felipe, el esfuerzo y el desembolso económico que esto le había ocasionado. Él, restándole importancia, sólo quería verla bien y el desembolso había merecido la pena si lo disfrutaba.

Al cuarto día, tras un riquísimo desayuno sonaba insistentemente el teléfono de ella, decidió no cogerlo y silenció el teléfono. Tras varios minutos de insistentes llamadas perdidas, un mensaje hizo aparición en su teléfono: “Archivo 2, 8 nombre”. Ella, mirando a Felipe, cerró el teléfono tímidamente, lo puso boca abajo sobre la mesa y suspiró. Él se percató de que algo no iba bien, minutos después ella se levantaba, necesitaba ir al servicio, dejando tal vez por descuido o voluntariamente el teléfono sobre la mesa. Muchos pensamientos recorrieron la cabeza de Felipe en ese instante, la imagen del ceño fruncido de Fany en el momento de leer el mensaje denotó malos augurios para él, la sonrisa recuperada en los días de vacaciones, podía tener su final repentino por culpa de ese mensaje. Armado de valor y pese a su moralidad de no vulnerar su intimidad, cogió el teléfono y tras desbloquearlo sin complicación, buscó el último mensaje recibido. Alertado por lo que eso significaba, dejó el teléfono sobre la mesa. Su regreso fue casi momentáneo, se sentó y miró a Felipe, éste se encuentra algo nervioso por haber sido casi descubierto.

Él le ofreció dar un paseo, se levantó y se colocó a su lado, tal vez para obligarla a acceder a su petición. Felipe rompió el silencio del paseo, preguntándole si estaba pasando un buen día, a lo que ella asintió con la cabeza, aunque pasados unos segundos alegaba que se encontraba cansada y que también le apetecía volver a casa. Él se lo temía, era lo que se

imaginaba, y cuando leyó el mensaje se dio cuenta de que sus vacaciones habían finalizado. Casi a las ocho de tarde, Fany ya tenía todo recogido y en el pasillo se amontonan las maletas para volver a casa. En un último momento, Felipe intentando disuadirla, le explicó que todavía faltaba un día más, pero ella, haciendo caso omiso, cogió la primera maleta más próxima a la puerta y comenzó a caminar hacia el coche.

El viaje de vuelta a casa quizá estaba siendo peor que el viaje de salida, pues al silencio, se le añadía el silencio de la noche. Tras largas horas conduciendo en soledad, pues Fany dormía en el asiento trasero, él buscaba respuestas en su mente para descifrar qué estaba fallando, en qué se había equivocado y si debería o no, ayudarla en su cruzada. Subieron a casa sin mediar palabra. Fany se acostó pronto, mientras Felipe pensaba en silencio en el sofá, mirando la televisión apagada.

CAPÍTULO VII

Al día siguiente, Felipe buscó con el brazo a su chica en la cama, levantó la cabeza y miró el reloj, eran las siete de la mañana y ella no estaba. Se levantó rápidamente y se la encontró en el salón, con el ordenador portátil. Ya tenía anotaciones en un folio, a las anotaciones le acompañaban dibujos o lo que él cree que eran dibujos. Al percatarse de la presencia de Felipe, se giró:

-“Llévame a un sitio”-. Él, casi sin dejarla terminar, volvió a la habitación y volvió a meterse en la cama tapándose hasta la cabeza.

No se lo podía creer, estaba sucediendo otra vez, volvía a cobrar esperanzas en la búsqueda de sus padres. En un sobresalto, Felipe corrió al salón, miró a Fany y alzando la voz le dijo:

-“Si te llevo y no consigues respuestas, prométeme que esto se acabará para siempre”-. Ella lo miró fijamente y le preguntó:

-“¿Si te enterases que eres adoptado, tú qué harías?”-, Felipe en una muy rápida respuesta contestó:

-“Ni si quiera sabes si eres adoptada, tus padres nunca te lo confirmaron, es cierto que nunca te demostraron lo contrario, pero por los cuentos de una anciana muerta estamos así”-. Fany puso la mirada sobre la pantalla del ordenador y contestó resignada:

-“Te lo prometo”-.

Después de comer, ella esperaba en la puerta a Felipe, tenía un montón de papeles en la mano y en el bolso. Se marcharon, Felipe le preguntó cuál es el destino y ella le dio una hoja con una dirección. En la otra punta de la Gran Ciudad había un pueblo, mejor dicho, una barriada; pertenecía a la ciudad porque estaba en ella, pero sus vecinos se consideraban ajenos a ella, no les gustaban sus gentes. Cuando llegaron, Felipe se dio cuenta de que era un barrio poco recomendable, pero era el último viaje que haría con ella, esta era su última búsqueda, se lo había prometido. Buscaron el número ciento veinticinco entre aquellas callejuelas y laberintos, la numeración no seguía ningún orden ni un patrón, números altos al lado de bajos, pares al lado de números impares, hasta que por fin llegaron al ciento veinticinco. Fany, frente a la puerta, dio un suspiro profundo y tocó el timbre en dos ocasiones, se abrió la puerta y preguntó por Carmen. La señora que abrió dijo que era ella y que no quería comprar nada, ni contratar nada. Fany se apresuró a interrumpirla:

-“¿Podemos pasar un momento por favor?, creo que usted puede ayudarme a encontrar a mis padres”-. Ella se apartó de la puerta y asintió.

La casa era pequeña, se apreciaba un salón con la cocina en medio, lo que parecía ser un aseo y una habitación. Cuando terminó la rápida ojeada de la casa sin haberse movido de la entrada, miró a la mujer que ya estaba sentada en la mesa, con los dedos de las manos entrelazados y observándolos. Se sentaron y Fany puso sobre la mesa una carpeta llena de folios con anotaciones, papeles impresos y un listado de nombres. No tardó en contarle la razón de su

presencia y la desesperación por obtener respuestas con respecto a su pasado. La mujer ojeaba los papeles sin decir nada. Fany, por desesperación ante su impasibilidad, pregunta:

-“¿Puede ser usted mi madre?”- la señora cambió el semblante, sus mejillas sonrojadas pasaron a un color blanco como la cera, sus dedos entrelazados se soltaron y tras un leve silencio, le contestó que no era su madre, que ella había tenido una niña, pero que había fallecido a los ocho años de meningitis.

Tras un leve suspiro, comentó que aquel día eran seis mujeres las que estaban en la sala de partos; por aquel entonces, no había salas independientes y todas estaban hacinadas en una sola sala. Conocía a todas, incluso se atrevió a recitar sus nombres y sus lugares de origen. Sin dejar pausas, Fany pregunta si podría ser su madre alguna de aquellas mujeres, a lo que ella le contesta que había perdido el contacto con todas. Si afirmaba que, cuando a ella le dieron el alta, fue una por una a despedirse y que, cuando lo hizo, todas ellas estaban contentas, algunas lloraban de emoción, otras sonreían a pesar de los dolores de tal esfuerzo y que a ninguna se le podría pasar por la cabeza, desprenderse de su tesoro máspreciado.

En un gesto de esfuerzo tratando de recordar aquellos días, Carmen hizo hincapié en que había una de la que no pudo despedirse porque había recibido el alta antes y que no llegó a despedirse de nadie. También decía que fue con la que menos había hablado. Era una mujer como cualquiera de ellas y que sí creía recordar que decía tener otra hija pequeña. Pero tras esto, dijo no poder ayudarlos, pues han pasado muchos años y la memoria no le daba para más.

Fany, decepcionada, miró a Felipe con semblante serio, sabía que después de aquello, ya no podría seguir con su investigación. A pesar de que ya los tres estaban en la puerta despidiéndose, le hizo una última pregunta, tratando desesperadamente de acercarse a una nueva pista que no tirase por tierra toda su andadura. Mostrándole la lista de nombres de las mujeres que en esos días iban a dar a luz, preguntó cuál era la mujer que ella mencionó que se había marchado sin despedirse. Carmen señaló en el papel un nombre.

CAPÍTULO VIII

De vuelta en casa, una vez bajaron del coche, Felipe le comentó a Fany que ya era hora de dejar de buscar fantasmas. No tenía sentido sufrir más.

Al día siguiente, en un descanso en el trabajo, Fany cogió su teléfono y marcó el número que aparecía en la ficha de la mujer desaparecida. Era su último intento, pues ya no sabía por dónde más buscar, ya no tenía más pistas, ni más posibilidades. Un hombre descolgó el teléfono, ella preguntó por el nombre de la ficha del historial médico, se hizo el silencio; tras unos segundos escuchando su respiración, aquel hombre preguntó qué es lo que quería de ella, a lo que Fany contestó que era una llamada del hospital para actualizar datos de pacientes y así pasarlos a un nuevo archivo informático. Él increpó que le parecía vergonzoso que no manejaran información correcta y actual sobre sus pacientes, sobre todo la información de los pacientes fallecidos.

Tras haber colgado el teléfono, comprendió y recordó las palabras de Felipe, indicándole que era una búsqueda perdida y que no le haría más que daño tal cruzada. Continuó haciendo su trabajo, tratando de olvidar la llamada de teléfono que había puesto fin a sus ilusiones. Por otro lado, él siempre le dijo que nadie había podido contrastar que realmente fuese adoptada.

Su cabeza estaba centrifugando tantas preguntas y tantas auto-respuestas, que no escuchaba el teléfono que llevaba un rato sonando, sus compañeros la miraban extrañados, los dedos sobre el teclado del ordenador no habían pulsado una tecla desde que había vuelto del descanso, donde hizo la llamada y de eso ya hacía una hora. Una gota fría recorrió su espalda, desvió la llamada a un compañero, se levantó rápidamente y recogió su bolso con intención de hablar con su encargado, necesitaba aire, necesitaba salir de allí rápido, le costaba respirar. Estaba pálida, tensa, sus piernas agarrotadas apenas le permitían avanzar. Antes de entrar en la oficina de su superior, se desplomó en el suelo sin poder evitarlo.

Abrió los ojos y aunque creyó haberlos cerrado sólo un segundo, estaba en una habitación extraña para ella, miró a los lados y allí estaba Felipe, sentado en un sillón a su lado. Él con gesto cómplice la miró y le obsequió con una sonrisa forzada, agarró su mano y le dijo:

-“Todo saldrá bien”-. Todavía extasiada por no entender qué había pasado, trató de incorporarse, pero Felipe se apresuró a inmovilizarla: -“Descansa, estás en el hospital porque te has desmayado y te has dado un fuerte golpe en la cabeza”-.

Fany reaccionó, llevó su mano a la cabeza y acarició un fino vendaje que tapaba el lado derecho de su frente, le dolía sí, pero no recordaba nada. Preguntó a Felipe qué había pasado y él le explicó que sus compañeros habían llamado a una ambulancia cuando se desplomó en el suelo.

-“Contaron al médico de la ambulancia que llevabas un rato hablando sola y que de repente te levantaste gritando”-. Ella frunció el ceño pues no recordaba tal escena, aunque tampoco recordaba haberse desmayado. Le explicó que en breve le darían el alta, pero que tendrían que ir a ver a un especialista. Bajando el tono de voz y desviando la mirada, le recordó que llevaba tiempo advirtiéndola de que su búsqueda no le daría más que problemas. Ella volvió a mirar a ambos lados y le preguntó si había avisado a sus padres, él asintió con la cabeza y miró

hacia la puerta con gesto de señalar algo. Sus padres estaban fuera de la habitación, ya que, como se encontraba dormida cuando llegaron, decidieron esperar un poco en la sala de espera. Él se volvió hacia ella y le preguntó si quería que los avisara, guardó silencio. Felipe se acercó a la puerta y tras salir de la habitación, entraron sus padres.

Amelia y Adolfo eran los padres de Fany, ambos empleados de una conservera en las afueras de la Gran Ciudad. Habían trabajado toda su vida ahí y sus largas jornadas, habían creado una ausencia en Fany. Desde que era pequeña recuerda vagamente a sus abuelos y también recuerda a una niña pequeña con la que jugaba a todas horas al venir del colegio, pero que poco duró, porque sus recuerdos son tenues y se disipan entre otros recuerdos de soledad e indiferencia.

Su madre le preguntó cómo estaba y trató de tocar su frente, la muchacha volvió la cara, mirando a su padre, quien con un brillo de emoción en los ojos, le preguntó por qué no les había contado que tenía problemas. Les contestó que el único problema que tenía eran ellos y su negativa a contarle la verdad ya que la única que sufría las consecuencias era ella misma. Adolfo ofuscado preguntó de qué verdad estaba hablando. Fany con evidente enfado y resentimiento, le aclaró que ellos tenían obligación de decirle quienes eran sus verdaderos padres, ya que su búsqueda hubiera sido más fácil, tenía derecho a saber por qué la habían abandonado y dar o no, una segunda oportunidad a esas personas. Adolfo tenía la boca entreabierta, parecía que iba a dar una respuesta necesaria a las afirmaciones de su hija pero, rápidamente fue interrumpido por su madre quien le replicó que no dijera tonterías:

-“El médico te ayudará”-.

-“¿Qué médico?”-.

Felipe entró de nuevo y dio por finalizada la visita con el pretexto de dejarla descansar. Los padres muy a regañadientes abandonaron la habitación seguidos por él, quien no les permitió retroceder sobre sus pasos. Cerró la puerta; Fany con gesto de interrogante, seguía esperando una respuesta:

-“¿Qué médico?”-. Él, acorralado por la mirada directa de su pareja, le comentó pausadamente que el médico del hospital recomendó que hiciera unas visitas al psicólogo como terapia o remedio al shock que había sufrido en el trabajo. El médico le explicó que situaciones de excesivo estrés, podían provocar esos desmayos fortuitos y que sería prudente, ante la futura gravedad de los mismos si se convirtieran en habituales, que hablara con un especialista. Fany guardó silencio, giró la cabeza y comenzó a mirar por la ventana de la habitación de aquel hospital...

CAPÍTULO IX

Fany se levanta del sofá y mira por la ventana del piso, el viento mueve la maleza y el aire provoca silbidos en la persiana. Rebusca con los prismáticos algún rastro de la niña, revisa palmo a palmo cada esquina de la fábrica pero la pequeña no está. Vuelve a sentarse en el sofá y se tapa con una manta hasta la nariz, había dejado los prismáticos sobre la mesa y los mira fijamente. Poco a poco sus ojos se van cerrando y la pesadez del largo día comienza a hacer su aparición. En un intento por no sucumbir al sueño, ojea el teléfono móvil, no hay mensajes de Felipe, tal vez esté enfadado de verdad, los pensamientos y sentimientos de culpa, le recorren una y otra vez, pero el sueño le está ganando la batalla.

Un sobresalto la despierta, se pone en pie, mira el reloj, ya es muy tarde pero, se había acordado de un nombre, Tamara, su vecino Zacarías había pronunciado ese nombre. Fany se calza en un segundo y baja por las escaleras hacia el segundo piso. Timbra tímidamente, es tarde, pero no puede esperar más, necesita saberlo ya. Se abre la puerta y el anciano, embutido en un pijama a rayas, le pregunta si necesita algo; ella le dice un nombre:

-“Tamara”-. Zacarías, mira el reloj, la hace pasar hasta el recibidor. Pregunta con cansancio si sabe qué hora es y ella le responde que necesita saber quién es, para ella es una urgencia.

El anciano se rasca la cabeza, se sienta sobre un viejo baúl y la mira todavía con un ojo cerrado, tal vez por la cegadora luz o por las altas horas. Zacarías le responde:

-“Ella vive en la fábrica”-. Fany, asustada, se queda mirando fijamente a su vecino y con asombro le pide que se lo repita. Él se frota los ojos y le vuelve a repetir la misma frase, acto seguido comienza a contar una historia: -“La chiquilla en cuestión, cuentan que pasea por su interior, o por lo menos eso dicen los que la vieron, a veces está acompañada por alguien, porque se escucha la voz de una mujer, otras parece estar sola, juega con un peluche y canta y baila durante horas para entretenerse”-. Desconcertada, le pregunta si la niña no tiene casa, si sus padres saben que anda sola. Zacarías la interrumpe indicándole que se calme, ella baja el tono de voz sin dejar de emitir una batería de cuestiones. Cuando termina, él le replica:

-“No es real, es solo una leyenda, un fantasma”-, dice que unos pocos la habían visto y que eran tonterías.

-Entonces, ¿por qué está tan seguro de que era Tamara y no otra?-, a lo que él se anticipa contestando:

-“¿Y quién si no?”-.

Continúa afirmando que esa fábrica está abandonada, las puertas llevan muchos años cerradas, los muros están enteros y bien apuntalados por la maleza, por tanto:

- “¿Quién iba a entrar ahí?”-. Aceptando su derrota y su frustración, se despide de su vecino y se disculpa por las horas. Con gesto decaído y abatida, sube muy lentamente las escaleras hacia su casa, afectada por la incredulidad, la vergüenza y la inseguridad de lo que ella había visto. Abre la puerta de casa y ve el teléfono sobre el sofá, lo coge y llama a Felipe.

Descuelga el teléfono y ella con una voz muy emocionada se disculpa con él:

-“¿Puedes venir a casa?, lo siento mucho”-.

Felipe entra en casa a eso de las ocho y media de la mañana, Fany está desayunando, se dan un fuerte abrazo y ella se disculpa de nuevo con él, le pide que no vuelva a dejarla sola. Él sonrío y le dice:

-“Llegarás tarde al trabajo”-. Se despide y sale de casa, mira desde el otro extremo de la carretera. Echa un vistazo a las ruinas recordando las palabras de Zacarías, su historia era una leyenda.

Los días siguientes, Fany se dedica a su rutina en el trabajo. Las mismas despedidas y sin darse cuenta, cada día aparcada en el mismo sitio.

Descansando en el vestuario, coincide con una compañera, ésta le pregunta qué tal se había adaptado al pueblo y a su casa. Llevaban hablando un buen rato, cuando el trabajo las reclama y ambas deciden quedar al cierre para tomar un café y limar algo de asperezas. Fany es una chica muy tímida y debido a su difícil pasado se había vuelto más introvertida. Tras el cierre a las ocho y media de la tarde, todas se despiden como siempre y Eva se queda con ella mientras cierra la clínica. La compañera le señala un lugar. Es una cafetería de pueblo, con unas mesas austeras y sin apenas barniz. Unos sofás deshilachados presiden la entrada, junto a una barra de mármol blanco con dos surtidores de cerveza. Se sientan en una mesa alejada del bullicio y comienzan a hablar del tiempo.

Después de romper el hielo, Fany aprovecha la confianza para hacer una pregunta a su compañera, que se sentía en la obligación de hacerle:

-“¿Qué sabes de la fábrica?”-. La pregunta parece no incomodarla, bebiendo un sorbo de café, le explica que ella no es de allí y que provenía de la capital, se había mudado hacía tres años por trabajo. Desconoce las creencias o historias del pueblo pero, cierto día había escuchado a dos mujeres hablando en la sala de espera de la clínica. Ella, por aquel entonces, se encontraba trabajando en recepción y no pudo evitar escuchar la conversación.

Le cuenta hasta dónde la memoria le alcanza y una de ellas contaba a la otra que pertenecía a un acaudalado señor de la Gran Ciudad y que, tras casarse con una mujer de clase muy humilde, él la había hecho partícipe de la mitad de las acciones de la empresa. Tenían varios hijos, no sabía especificar cuantos y que de esos hijos, había dos niñas. Pasaba todo el día ayudando a su marido y en ocasiones se llevaban a las niñas allí, donde pasaban el rato jugando por los enormes jardines.

Bebe otro sorbo de café, se embadurna los labios con una especie de barra de cacao y prosigue con su relato:

-“Parece ser que un día hubo un terrible accidente y una de las pequeñas murió. A raíz de esa tragedia la fábrica comenzó a quedarse descuidada y en cuestión de meses cerró sus puertas. Ninguno de los trabajadores y trabajadoras había recibido notificación alguna, así que durante días y después del cierre, mucha gente se hacinaba en los portales golpeándolos, a la espera de que alguien les explicase algo”-. Eva mira a Fany levantando las cejas en señal de admiración e impresión: -“Eso es lo único que sé”-, esta, algo decepcionada le pregunta si esas pacientes

siguen acudiendo a la clínica, ella le explica que ya no es recepcionista y no sabe si todavía están sus fichas en el archivo. Poco después de haber escuchado aquella historia, la habían pasado a otro departamento, por lo que desconoce quién es paciente ahora mismo y quién no.

La compañera bebe un último sorbo del café frío, se levanta y mirando el reloj, se despide. Su casa no está cerca y su coche está aparcado a unos diez minutos de allí. Fany se queda en el bar, sola, mirando la taza vacía, jugando con la cucharilla dando pequeños golpecitos en el menaje. Tras unos minutos de reflexión, se levanta, coge su bolso y se va del local. En un pestañeo, sin percatarse del tiempo, está sentada en su coche, aparcado justamente en su sitio de siempre, al lado de los portales de la gran fábrica. Saca las llaves del coche y cuando se dispone a cruzar...

Una vez más las risas traviesas cautivan la noche, rompen el silencio, cortan el silbido del aire y congelan en el tiempo las hojas que el viento mecía por el suelo. Es una risa que ya había escuchado antes. Dudando entre cruzar la carretera para subir a casa o mirar a través de los grandes portales, escucha esa risa traviesa cada vez más cerca. Tímidamente se está acercando a la entrada, ojeando con cautela que Felipe no esté esperándola en la terraza de la casa y no hay nadie en la calle, está sola.

Mira a través de la cerradura de uno de los inmensos portales y allí está. Una niña rubia, con una tez pálida como la sal, tiene un camisón blanco y el mismo peluche sucio en sus brazos. Gira sobre sí misma en un baile hipnótico, levanta con sus manos el malogrado peluche y emite risas y sonidos que se asemejan a canciones de cuna. Un estremecedor aire frío recorre la nuca de Fany que está embobada mirando la niña. Un grito en la noche, un quejido espeluznante, un grito de desesperación, solo uno, pero lo suficientemente poderoso como para darse cuenta de que es un grito de angustia, de dolor, de impotencia. Corre hasta el portal de su casa, abre y en apenas unos segundos ya está dentro de su piso. Felipe está sirviendo la cena y tras oírla entrar se dirige a la puerta. Está exhausta y él la mira decepcionado, ella se anticipa diciendo:

-“He subido por las escaleras”-. Felipe le regala una sonrisa y le da un beso en la frente. Se sientan a cenar y hablan parte de su implacable día, uno cuenta sus batallitas y ella sus experiencias.

Al día siguiente, Fany se presenta en el trabajo una media hora antes de la apertura, pretende buscar el historial de alguna mujer que encaje en la vaga descripción que su compañera le había dado. Personas de todas las edades, extranjeros, residentes, el historial de la clínica denota un desorden poco profesional, sería impensable que en la Gran Ciudad aquellos archivos estuvieran así. No es capaz de encontrar entre el desorden nadie con esa descripción, así que cierra los archivos dejando cuidadosamente todo como lo había encontrado.

El día de trabajo es largo, muchos pacientes y muy poco tiempo. La clínica está colapsada, los pacientes se acumulan en la recepción; la sala de espera está a rebosar. Desde lejos, Eva llama a Fany, quien girándose recibe una gran noticia. La compañera había identificado a una de las señoras de la entrada como una de las que habían estado hablando de la fábrica. Disculpándose con un paciente se acerca a la puerta para descifrar desde allí, cual es la mujer en cuestión. Eva le hace señas indicándole con las manos, como es y a pesar de sólo recibir la información con gestos, rápidamente puede identificarla; pequeña, gordita, pelo alborotado y vestido rojo. Fany mira a su compañera obsequiándola con un guiño. La señora entra después de casi dos horas de interminable espera.

Fany la acomoda y rompe el hielo hablándole del tiempo. Doña Socorro solo viene a revisión. Tras la consulta y casi saliendo del gabinete, la aborda por sorpresa:

-“¿Usted ha trabajado en la fábrica que está al final del pueblo?”-, la señora mostrando un gesto de desconcierto le dice que ella había sido la última trabajadora, concretamente, la última en marcharse.

Con nerviosismo, le indica a la mujer que está haciendo una ruta turística por el pueblo y le gustaría saber algo más de la historia relacionada con los lugares más destacados. Doña Socorro vive al lado de la clínica y la invita a su casa cuando salga del trabajo, podría preguntarle lo que quisiera. Fany asiente con la cabeza y se despide de ella.

CAPÍTULO X

Fany llama al timbre de la casa, la mujer abre la puerta en bata, tiene un vestuario un poco peculiar, pero es un pueblo y sus gentes no dan mucha importancia a las combinaciones estilísticas. La invita a pasar hasta un pequeño salón con dos butacas. Le ofrece algo de beber y se sienta junto a ella:

-“¿Qué necesitas saber?”-.

-“La historia de la fábrica”-. Doña Socorro se acomoda hacia atrás y metiendo las manos en los bolsillos de la bata, comienza a relatar:

-“Fue fundada sobre los años ochenta por un señor acaudalado de la Gran Ciudad, se llamaba Fermín Benavides. Un hombre muy serio que había hecho fortuna haciendo las Américas; siendo Venezuela quien le había brindado grandes beneficios. Provenía de empresas relacionadas con el metal y cuando llegó a España, decidió invertir su fortuna en varios hostales y una nave abandonada que anteriormente había sido una estación de autobuses. En pocos años tenía una plantilla de casi trescientos trabajadores.

El pueblo, por aquel entonces, estaba dividido en dos; la gente que vivía de la metalúrgica y la gente que trabajaba en el mar. Muchas familias decidían venirse a vivir al pueblo porque el trabajo era duro, pero estable y él comunicaba de vez en cuando su intención de ampliar su capacidad. Pagaba bien y la gente le estaba muy agradecida de que hubiese escogido ese pueblo para invertir y dar trabajo. Los años siguientes dieron fe del crecimiento. Hasta se había creado un turno de noche para dar salida a la gran demanda. Un día, la tragedia se cebó con ellos, un terrible accidente paralizó la fábrica y conmocionó a todos. Poco tiempo después, se cerró de un día para otro y todo el mundo que vivía de ello, se quedó sin trabajo”-.

La mujer finaliza el relato y con gesto de tristeza, le dice a Fany que esa es la historia. Ella pregunta que ha sido de esa familia, a lo que le contesta que no se volvió a ver al hombre por el pueblo, y que posiblemente, su desgracia lo había matado en vida, pues parece ser que lo envolvió la locura:

-“¡Y no es para menos!”-, exclama doña Socorro. Fany, sin dejarle casi aliento, quiere saber cuál ha sido la terrible desgracia que los había hundido. La señora frunce el ceño y trata de explicarle que hay cosas del pasado que es mejor olvidar y dejarlas enterradas. Con desesperación, le suplica que se lo cuente, que necesita saberlo. Doña Socorro mueve la cabeza:

-“Los muertos deben descansar en paz”-.

Entusiasmada, pero a su vez decepcionada por no saber toda la historia se levanta de la butaca. La mujer coge su mano:

-“¿Qué te preocupa? ¿Tu ruta turística sólo iba a ser por la fábrica?”-.

En un momento de debilidad, Fany se gira hacia ella y le confiesa:

-“Me está volviendo loca”- La anciana la guía hasta la butaca. Fany muestra su frustración por no saber qué ocurrió allí y que, desde que vive cerca de ella, le consume la energía; parece que la absorbe y que cada noche al salir de trabajar, tiene la sensación de que algo o alguien trata de llevarla hasta allí. Emocionada y con balbuceos entre lágrimas, le cuenta que su vida personal se ha visto afectada por su inevitable atracción a las ruinas y que esa niña la está volviendo loca.

-“¿Qué niña?”-. Le explica que es una niña pequeña y rubia que juega por las noches en la fábrica. Doña Socorro suelta su mano, se levanta del sillón y lentamente se acerca a una ventana, mirando al infinito, apoya la cabeza sobre el marco de la ventana y suspira. Se gira y vuelve a la butaca para proseguir su historia:

-“El señor Fermín y su esposa tenían cuatro hijos, dos varones mayores y dos niñas pequeñas, las menores apenas se llevaban unos años de diferencia. Los varones mayores estudiaban en un colegio interno en Suiza y las pequeñas recibían clases de una maestra conocida por la familia. Las niñas pasaban las tardes jugando en su casa, una mansión en las afueras de la ciudad, que contaba con grandes jardines y laberintos extensos de árboles frutales y columpios. Algunas tardes la mujer que las cuidaba, las llevaba a la fábrica para que pudiesen estar en compañía de sus padres. Su madre era muy dedicada a los demás y se entregaba en cuerpo y alma a su marido y a la educación de sus hijas. Había vivido su infancia y adolescencia con carencias y hacía todo lo posible por enseñar a sus hijos, que la educación y preparación para el futuro era lo más importante en esta vida.

Las pequeñas jugaban por los jardines de la imponente finca, tenían prohibido molestar a los trabajadores y adentrarse en ella. Contaba con muchas máquinas pesadas y peligrosas, la más moderna tecnología que por aquel entonces sólo poseía el señor Fermín. Prensas que podían aplastar a un elefante, hornos que podían fundir un autobús, grúas capaces de levantar el mundo, sierras que cortaban un buque de guerra. Era la más envidiada del país. Trabajaban a pleno rendimiento las veinticuatro horas del día, las máquinas no se podían parar nunca. Las producciones y los pedidos desbordaban las mesas de los encargados, y los gigantes camiones salían como hormigas en fila.

Cierto día, el señor Fermín hizo llamar a su esposa rápidamente, se había averiado una prensa, necesitaba que se ocupara de la oficina en su ausencia. La mujer acudió a la llamada. Miró a las niñas, estaban sentadas en un banco de madera que utilizaban los trabajadores para sus descansos. El trabajo en la oficina era absorbente; los teléfonos sonando continuamente ensordecían el rugido de las poderosas máquinas, que hacían temblar la tierra como un terremoto enfurecido. El Señor atendía a su mecánico y le daba servicio para que el tiempo de parada fuese el menor posible. Cambiaron la descomunal cadena que abría la prensa para después cerrarla a través de gigantes ejes. Él subió a la oficina limpiándose las manos con un trapo, la grasa le había ennegrecido la camisa y su esposa soltaba suspiros angustiosos. Los teléfonos no paraban de sonar y los pedidos no cesaban. Un revuelo alteró la rutina, los trabajadores gritaban y se apelmazaban alrededor de una de las máquinas. El Señor dejó pasar a su mujer, quién de un salto desde su asiento, corría hacia la puerta de la oficina. Bajó las escaleras sin tocar los peldaños y atravesando la multitud llegó hasta una de las bestias de acero...”-

CAPÍTULO XI

Fany estaba en aquella habitación verde oliva. Los cuadros en las paredes se escalonaban unos sobre otros y una mesita con revistas en el centro. Una planta de plástico en un rincón bajo la ventana, varias sillas rodeaban la habitación, cada una de un color y forma distinta. Una chica abrió la puerta y tras llamarla por su nombre la invitó a acompañarla. La siguió hasta un despacho oscuro presidido por una gran mesa y un sillón de cuero negro.

Un hombre de mediana edad, se acercó a ella desde un rincón del lúgubre despacho y la invitó a sentarse. Se presentó como el Doctor en Psicología Ernesto Garrido y acto seguido se acomodó en su sillón de cuero. Tras abrir una agenda, escribió algo en las últimas páginas, cogió una carpeta de folios en blanco y la miró fijamente:

-“¿Sabes por qué estás aquí?”-. Esta pregunta simple y clara, enturbió la mente de Fany. Estaba incómoda, no quería estar allí, pero la promesa que le había hecho a Felipe era más importante que su malestar. Ella contestó:

-“No, no lo tengo claro”-. El Doctor bajándose unas minúsculas gafas sin montura hasta la mitad de la nariz, le lanzó una mirada condescendiente. A continuación explicó que ella estaba pasando una mala racha y unas vivencias muy repentinas y difíciles de digerir. Dichas circunstancias podrían ocasionarle un estado de estrés atípico que desordenaría su estado mental y su capacidad de socializar. Finalmente él preguntó:

-¿Comprendes lo que estoy diciendo?- Ella, todavía intentando asimilar la aclaración, ofuscada por la nocturnidad de aquel despacho, angustiada por el fuerte olor a humedad y el agobio del momento, asintió con la cabeza dando por finalizada su respuesta.

Comenzó a hacerle una serie de preguntas, le había pedido que sólo contestara sí o no. Las preguntas eran contestadas con tímidas y dudosas afirmaciones y negaciones. Aquella pluma vieja y prehistórica emitía un incómodo ruido al deslizarse por el papel. El silencio sepulcral de aquella habitación, se veía ensordecido por un antiguo reloj de pared que marcaba los segundos con un crujido molesto. El Doctor abrió el cajón de su escritorio, le mostró a Fany cerca de una decena de cartulinas con dibujos y quería que le dijese que veía en ellas. Necesitaba largos segundos para asimilar aquellas manchas en papel, que no se asemejaban a nada y que sólo eran manchones de tinta malogrados. Poco a poco iba diciendo lo que creía ver en las cartulinas. Él escribía con detalle las respuestas. Tras finalizar el ejercicio, la citó para la semana siguiente a la misma hora.

Estaba deseando salir de aquella habitación, recibir aire fresco y la claridad de la luz del sol. Felipe la estaba esperando, apoyado en una farola, se acercó a ella y le preguntó por la sesión. Muy decepcionada, le explicó lo sucedido en la consulta. Le contó todos los detalles de la entrevista y en cada argumento denotaba su malestar y su incomodidad a seguir la terapia prometida. Él trató de justificar que solo lo había hecho por su bien. Quería que ella pudiese olvidar y volver a la tierra. Su locura había comenzado por las habladurías de una anciana y que nadie hasta el momento le había confirmado su supuesta adopción. Fany asumió su culpa y le agradeció el tremendo esfuerzo demostrado en estos últimos meses. Le prometió que este era el

momento de poner fin a una búsqueda perdida y que a pesar de creer fehacientemente que era adoptada, su cruzada había terminado. Felipe la abrazó con fuerza, le hizo saber que él siempre estaría a su lado. Le daba igual lo que pensarán sus padres o el resto del mundo, si era adoptada o no, nada cambiaría entre ellos, recordó con detalle aquel día en que se conocieron:

-“Todo volverá a ser igual”-, y añadió, -“Volveremos a ser felices otra vez, solo debes centrarte”-, dijo.

Los exámenes estaban próximos y Fany aprovechaba para estudiar en sus ratos libres; en el trabajo, en su hora de comer y hasta en el aseo. Era mucho lo que se jugaba. Quería dejar a toda costa aquella vida de trabajo monótono, de largas jornadas mal remuneradas. Necesitaba sentirse realizada, encajar y disfrutar en su trabajo. En la agencia de viajes, no podía hacerlo y todos estos duros meses de estudio, deberían dar sus frutos. Tenía que centrarse, había malgastado un valioso tiempo buscando fantasmas del pasado.

Tras haber superado mes a mes, cada uno de los exámenes de su curso, se enfrentaba por vez primera, al verdadero reto. Todo lo que había hecho hasta ese momento no serviría de nada si no aprobaba este examen final. Felipe la dejó delante de la academia, los nervios eran evidentes aunque él había estado todo el camino tratando de animarla. Era su oportunidad, había luchado mucho y confiaba plenamente en ella. Aparcó el coche y uno tras otro, los cigarrillos se agolpaban en pequeñas montañas ante sus pies. Dos horas y veinte minutos había durado el examen, Fany salía exhausta, pero satisfecha con su trabajo. Había respondido concienzudamente a cada pregunta y analizado cada una de las respuestas escritas. Ahora quedaba esperar, los resultados tardarían una semana y ella debía volver a su rutina.

Pasaron los días, Felipe trabajaba de repartidor en el sector de la construcción. Desde hacía meses, entregaba currículos en empresas de reparto de paquetería; había oído hablar de las excelentes condiciones de algunas y las cómodas y flexibles jornadas laborales. Estaba cansado de sus repartos con el camión, de las jornadas largas e interminables levantando y descargando grandes pesos a mano. El jefe tenía sus favoritos y Felipe lo sabía. Todos cobraban diferentes cantidades, hacían distintas rutas y desde hacía un tiempo, él se percataba de que las cargas más pesadas, se las hacían llevar a él. Rara era la ocasión en la que llegara a la oficina tras finalizar la jornada y no estuvieran ya aparcados los camiones de todos sus compañeros.

Un día, el teléfono sonó. Lo habían seleccionado para uno de los puestos de repartidor en una de las empresas más deseadas por él. Las condiciones eran estupendas y su incorporación inmediata. Atrás quedaban las jornadas que comían su día y los almuerzos en la soledad de la carretera, por fin podría pasar más tiempo con su amada y tendría más tiempo para su afición. Sería una sorpresa muy agradable para ella.

Felipe poseía una extensa colección de prismáticos, trípodes y cámaras fotográficas con gigantescos objetivos, para ver e inmortalizar sus adoradas aves. Una afición que desde niño, había cautivado al muchacho, haciendo que sus solitarias tardes de juegos fuesen la búsqueda de aquellas aves que tanto le gustaban. Ansiaba con cada foto, adueñarse de la energía que desprendían y de su poderoso vuelo surcando los cielos en total libertad. Esas aves eran su fascinación. Desde muy pequeño había sido tachado de raro, “¿Quién no había sufrido alguna vez la crítica de los compañeros, la burla de los amigos o la indiferencia de los conocidos?”.

Fany estaba centrada en su trabajo, los viernes eran los días de más carga, tenía muchos

grupos por coordinar y numerosos hoteles que gestionar. El teléfono era por momentos una pesadilla implacable. Toda una muchedumbre al mismo tiempo planea hacer sus viajes de fin de semana. Las exigencias de los hosteleros para los clientes y viceversa, hacían que Fany se encontrara en un fuego cruzado de peticiones y precios desorbitados.

Por fin, nueve y media de la noche, teléfonos silenciados, luces apagadas y ordenadores desconectados indicaban que había llegado el tan esperado descanso. Abrió su teléfono y tenía varias llamadas de un número desconocido. El número en cuestión, había realizado varios intentos a lo largo de la tarde y la última a las veintiuna horas. “Tal vez sea urgente”, pensó ella mientras devolvía la llamada. Se llevó la gran sorpresa de su vida, aprobada. Había logrado su objetivo, por fin alcanzó su meta. Tras dar la buena noticia a Felipe, se marchó a casa sin percatarse de que llovía. Su paraguas estaba cerrado, hacia frío y su cazadora colgada de su brazo. Simplemente era feliz y aquella noticia, sin lugar a dudas, podía de una vez por todas encauzar su vida hacia un futuro mejor.

Tras despedirse de sus compañeros de la agencia, tenía por delante una nueva andadura. Al día siguiente comenzaba las prácticas para validar su titulación. Una clínica concertada de renombre, había sido la escogida. La clínica contaba con gran reconocimiento a nivel nacional y estaba deseando comenzar cuanto antes. Un mes de prácticas se interponían entre ella y su ansiada meta.

Muy temprano se presentó en la clínica, fue la primera en llegar después de la directora. El centro era nuevo, denotaba que de reciente apertura. La directora estaba hablando por teléfono cuando ella llegó. Mientras no se hacían las presentaciones, ojeaba cada rincón y cada detalle. Desde ese preciso momento y hasta bien pasado un mes, sería su nuevo lugar de trabajo. Sonó un timbre, tras abrirse la puerta automática entraron unas jóvenes que alegremente se presentan, eran simpáticas y agradables. La jefa se acercó a ella y se presentó, se llamaba Marisol. Le dijo que fuera con sus compañeras y que ellas le indicarán donde cambiarse. El día estaba siendo glorioso, espectacular, trataba de absorber toda la información que podía, instrumentales, maquinaria, trataba de llamar a cada cosa por su nombre. Sin apenas darse cuenta y por increíble que pareciera, la jornada había terminado y ella seguía con la emoción del primer momento. Los días siguientes fueron fantásticos, con cada jornada aprendía cosas nuevas, con cada paciente veía y atendía patologías distintas. Las urgencias hacían subir su autoestima, porque tenía un miedo atroz a no estar a la altura de las peticiones de la doctora. Las semanas pasaron como un tren sin escalas y poco a poco Fany se iba afianzando en su nueva profesión. Pronto llegó a su fin el período de prácticas y con ello, su tan ansiado título. Día tras día había contado con detalle a Felipe, las experiencias en la clínica, se las contaba como la narración de un diario.

CAPÍTULO XII

Fany, dando largas zancadas miraba el reloj desesperadamente, estaba a un corto trecho de la consulta del Doctor Ernesto. La proximidad de la cita la había incomodado toda la mañana y sus dudosos métodos habían hecho que no quisiera proseguir con su “tratamiento de invasión”. Así lo definía ella, una terapia donde desnudaba su vida privada delante de un completo desconocido y dejarse psicoanalizar en una sesión de treinta minutos.

La sala de espera estaba vacía, sin tiempo para sentarse era llamada a la consulta, el doctor la esperaba de pie junto a la puerta. Entró comedida y tras sentarse cruzó los brazos, rápidamente comenzó una serie de preguntas que si mal no recordaba, eran las mismas que las de la sesión anterior. Mientras tomaba notas pausadamente, ella miraba aquel viejo reloj de la pared, era más molesto incluso que la última vez. Ralentizaba el tiempo e incomodaba cuando el silencio le daba paso. El doctor comienza a hacerle preguntas sobre su infancia, sus recuerdos de niñez, el tiempo que disfrutaba en compañía de sus padres. Con dudas inquietantes decía no recordar mucho de su infancia, no sabía ubicar a sus padres en el tiempo. El especialista planteaba cuestiones directas, bien detalladas, para que ella fuera rebuscando poco a poco en sus adentros, tenía que intentar hacerlo ordenadamente clasificando sus memorias por edades.

Acalorada por la incomodidad del momento y del lugar, trataba de acallarle una y otra vez con respuestas que creía elocuentes. Él se daba por insatisfecho y seguía presionándola para que se esforzara todavía más. Pregunta por su supuesta adopción, sobre sus pruebas fehacientes o sus inseguridades al respecto. Fany, fuera de sí, se levantó de la silla, cogió su bolso e increpó su comportamiento absorbente, cuestionando el beneficio de su terapia:

-“Estaba bastante mejor antes de venir aquí”-. Nerviosa, decepcionada y arisca, salió de la consulta rápidamente entre sofocos. La salida del edificio se hacía interminable, la calle no estaba lejos pero su andadura era eterna. Felipe la esperaba en la puerta, apoyado sobre una columna. Deseaba que las costosas sesiones la ayudaran para dejar el pasado atrás centrándose en su futuro. Aquejada y enfurecida, dio un fuerte abrazo a su novio, le contó que había vivido una experiencia de impotencia y que por favor, no le volviera a pedir que volviera allí. Sin pronunciarse al respecto, la cogió de la mano y se fueron caminando hacia el coche.

CAPÍTULO XIII

Los gritos de los trabajadores enturbiaban los sonidos de la fábrica, la ansiosa madre trataba de abrirse paso entre todos los trabajadores que, con mucho respeto trataban de impedir que se acercara hasta la gigantesca prensa.

El espectáculo era dantesco, la mole de cincuenta toneladas descansaba sobre su hija mayor. Difícilmente reconocible a no ser por una pequeña pulsera de oro que su padre le había regalado en su primer cumpleaños. La madre se arrodilló ante la descomunal máquina. No lloraba, a pesar de tener los ojos velados por las lágrimas, buscó con la mirada a su hija pequeña. Se encontraba a escasos metros al lado de la mole de acero, de pie, paralizada por la horrorosa imagen. Sujetando su oso de peluche, fiel amigo en sus miedos nocturnos, el mismo que la estaba esperando en la cuna el mismo día que llegó del hospital, confidente de sus secretos y paño de lágrimas en los días tristes.

Su madre, tras volver la vista hacia el lugar donde ya descansaba en paz su hija mayor, dio un descomunal grito que acalló a todos los empleados. Un grito de dolor impresionante que solo dejaba silencio a su paso. El tremendo alarido fue escuchado por los alarmados vecinos, se habían aproximado tras oír la sirena de emergencia. Paralizados por el espeluznante grito de la mujer, no osaban adentrarse para descubrir lo ocurrido. Doña Socorro la cogió fuertemente por los brazos y ayudándola a levantarse, la abrazó guiándola hacia la salida. Blanca tomó la débil mano de la pequeña y comenzaron a caminar hacia el exterior. Esta se soltó rápidamente y volvió a las proximidades de la máquina que había engullido a la niña. Se arrodilló ante el verdugo de su hermana y depositó junto a ella, su preciado peluche, despidiéndose de él con un fuerte beso. Tímidamente la inocente criatura, volvió hacia su madre, acompañándola en duelo por los jardines de la finca.

El campanario de la iglesia del pueblo emitía sus llantos, campanadas tristes de un final que se había precipitado mucho en el tiempo. Nadie entendía como la tragedia se había cebado con aquella inocente niña, ni con aquella familia tan querida y respetada por todos en el pueblo. Doña Socorro, la fiel sirvienta de los señores y la primera trabajadora de la fábrica en sus comienzos, llevaba del brazo a la mujer de luto. Abatida por el dolor, parecía ir levitando por el camino empedrado del cementerio. Todo el pueblo estaba allí, sólo los pasos de la familia despertaban el silencio.

El señor Fermín, roto por el dolor, escondido bajo unas gafas oscuras, llevaba a su hija menor en brazos, seguido por sus dos hijos mayores. El ataúd blanco con molduras doradas presidía la comitiva, dejando llantos y lágrimas a su paso, abriendo camino hacia el nicho propiedad de la familia de la madre. La tristeza envolvía al pueblo, en especial a los trabajadores y sus familias, quienes desconocían si la fábrica tardaría mucho tiempo en restablecerse de su tragedia.

Un martes, tan solo dos meses después del fatídico suceso, el pueblo amanecía sobresaltado de nuevo, con otra relevante y trágica noticia. La madre de la difunta niña se había suicidado. Los periódicos de la comarca abrían las noticias con la escalofriante tragedia, que castigaba, una vez más, a la misma familia. La esposa del Señor y propietaria de la mitad de la

fortuna familiar, había aparecido muerta en la bañera en extrañas circunstancias sobre las cinco de la mañana. El hecho ocurrió en su mansión. Todos los vecinos se hacían eco de la noticia y hablaban entre ellos de las especulaciones y de las adicciones de la difunta tras fallecer su hija. Las habladurías dejaban entre ver lo que había supuesto psicológicamente la gran pérdida. Su ausencia, había dejado un gran vacío en los padres y un trauma que todavía no había sido superado en su hermana pequeña. En el pueblo también se hablaba traicioneramente de la posibilidad de que el señor Fermín tenga que dar muchas explicaciones al respecto, por ser su difunta esposa, la dueña de la mitad del patrimonio.

Los días siguientes, sacaban a la luz los temores de los empleados; quienes no sabían si sus puestos corrían peligro o si por el contrario, era cuestión de tiempo que la fábrica recuperase su actividad. Los periodistas informaban de la precaria situación mental del padre de la fallecida y esposo de la mujer hallada muerta. Él, desde la trágica pérdida de su hija, se había familiarizado, al igual que su esposa, con un medicamento con terribles efectos secundarios. No dejaría de ser un simple placebo para superar su pérdida y que, por el contrario, sería el condicionante de un mal mayor.

El pueblo llevaba tres meses sumergido en una incertidumbre. Día tras día, los trabajadores se agolpaban frente a las enormes puertas de acceso esperando su reapertura y manteniendo la esperanza de cobrar los meses impagados que habían pasado involuntariamente montando guardia en las cercanías.

Cierto día, alguien abrió los portales, eran tres hombres y una mujer. Todos ellos bajaron de un coche color oscuro y accedieron al recinto ante la incredulidad y el silencio de los trabajadores. Ella se quedó a la entrada y dirigiéndose a los damnificados, indicó que había sido embargada. Que después se subastaría judicialmente, por tanto, lamentándolo mucho, ya no deberían seguir perdiendo el tiempo allí.

Mientras la mujer cerraba de nuevo las hojas de la entrada principal, apresurándose a poner los candados que afianzaban los portales, indicó que el ayuntamiento daría una charla informativa para los ex trabajadores de la empresa. El cierre, ponía punto y final a la conversación y también adelantaba malos augurios para los que, muy fielmente, habían servido durante años a la metalúrgica.

Un afincado en el pueblo, vecino también de la malograda familia, había llegado a pasar el fin de semana con su familia. Se encontraba en el bar del puerto, lugar frecuentado por turistas y lugareños atraídos por sus pinchos caseros. El recién llegado no pudo evitar ser interrogado por dos malhumorados ex trabajadores, quienes abordándolo por sorpresa mientras tomaba su café, alegaban tener derecho a saber la verdad de lo ocurrido y si cobrarían lo que les debían. Tras ocho meses desde el cierre de la empresa, el hombre no pudo evitar, ni escapar a la necesidad de respuestas de los dos corpulentos hombres, rindiéndose a sus peticiones.

Manolo y Carlos eran empleados de la fábrica desde sus comienzos, fieles e incansables, rudos en un arte milenaria que defendían con su trabajo como si en ello les fuera la vida. Alegó que no mantenía contacto con ningún miembro de la familia y que sólo contaría lo que había oído en la ciudad sobre el tema, no dando opiniones personales ni debatiendo lo sucedido. El hombre, acto seguido y ante la mirada atenta de los dos individuos, comenzó relatando la exagerada persecución al señor Fermín por parte de las autoridades. Esto fue debido a que se desconfiaba que fuera culpable de lo sucedido a su esposa, hechos que sostenían un interés económico por

parte del empresario, por ser único titular y socio de la fábrica faltando su mujer. Este comentario despertó la incredulidad de los ex trabajadores a tal supuesto, quienes comenzaron a balbucear entre ellos discutiendo que no era problema de dinero.

El hombre, negando que él creyera ese supuesto, prosiguió contando que el matrimonio estaba muy afectado por la muerte de su hija. A los pocos días, ambos estaban recibiendo las visitas del que decían ser, un posible psiquiatra, quien le recomendó una medicación para poder superar tal pérdida. La esposa se encontraba, desde el día después del sepelio, en un período de letargo que la incapacitó durante los meses siguientes. Por el contrario, su marido había entrado en una espiral de autodestrucción y auto lesión personal, dejando totalmente de comer y encerrándose en un cuarto que usaba como oficina durante días. Los hijos se encontraban separados, siendo los mayores tutelados por unos tíos lejanos con los que apenas había relación y la pequeña quedando a cargo de la sirvienta de la casa. Cayendo gravemente enferma la madre, ésta parece ser que un día entre terribles esfuerzos por mantenerse en pie, se dirigió al aseo en plena noche. Nadie atendía sus necesidades, cuando se metió en la bañera y tomándose una gran cantidad de pastillas, acabó con su desdichada vida, dejando una nota donde supuestamente pedía perdón a sus hijos por haber sido tan mala madre.

Concurriendo los hechos, con las perturbaciones y autolesiones del patriarca de la familia, la policía creyó tener descubierta la razón del crimen. Fue ingresado a los pocos meses en un centro donde nada más se supo de él hasta la fecha. Los dos hombres preguntaron porque no se había usado la nota dejada por la esposa para exculpar al empresario, a lo que el caballero dijo:

-“Había muchos intereses en destruir a este hombre”-, explicaba, que muchas pruebas halladas en el lugar de los hechos, habían desaparecido misteriosamente durante su custodia. Prosiguió diciendo que le habían informado que el motivo del embargo era por una deuda contraída con la administración, y que una contabilidad poco eficiente había esfumado gran parte del patrimonio que sostenía la fábrica. Los hombres encumbrados en la decepción, salieron del bar, no sin antes disculparse por sus malos modos y por haberlo abordado prematuramente.

El pueblo amaneció a la mañana siguiente, el silencio ensordecía el tiempo. Las personas paseantes, ya no regalaban miradas a sus imponentes estructuras, ni miraban hacia sus adentros buscando esperanza, tampoco se paraban a observar el peluche dejado allí por la hija pequeña del Señor. Intencionadamente al lado de la descomunal prensa, para que acompañara a su hermana durante su camino, allá donde se fuera. Todos querían olvidar y empezar de nuevo, dejando silenciada su historia, como promesa colectiva de un pueblo que había puesto sus esperanzas y las de sus hijos, en las ya abandonadas ruinas.

CAPÍTULO XIV

Llegan a casa después de un largo paseo, ella se acomoda mientras él prepara algo de comer. Cansada y adormilada se acerca a la ventana para observar la calle, algo llama su atención en el interior de la fábrica, se apresura a coger los prismáticos. La niña rubia está sobre un banco de madera, casi sin barrotes, oxidado y podrido, que soporta sus bailes. Fany retira la vista unos segundos para volver a enfocar el lugar donde estaba la niña. No puede ser un fantasma, ni una ilusión, está viendo a una niña, con los pies descalzos, jugando con un oso de peluche.

Llama a Felipe intentando mantener la calma, éste acude a su encuentro y ella le pide que mire hacia el banco de la finca con los prismáticos. Él se toma unos segundos para observar el punto exacto y tras unos largos segundos de silencio, los baja:

-“¿Te gusta el banco?”-. Tímidamente afirma que le gustaba mucho y que busca algo así para la terraza. Se sientan a cenar, ella pone la mirada atenta en él, quién relata un percance que sufrió en su trabajo, ella lo observa, pero solo eso, su mente está en otro lugar, en la imagen de la niña, en su realidad invisible para los demás.

Después de una cena ligera ella se ofrece a bajar la basura y mientras él atiende la cocina. El contenedor está justo al lado de la entrada de la fábrica, cerca de su coche y de su aparcamiento permanente. Arroja la basura al contenedor; observa la fachada del edificio buscando posibles mirones y se acerca a la cerradura de una de las gigantescas hojas. Ojea en todas las direcciones y no consigue ver lo que tanto ansiaba. Un silbido la sobresalta, muy asustada se gira y ve a Felipe asomado a la ventana:

-“¿Buscas algo?”-. Él cierra la ventana y la persiana, momento que aprovecha para volver la mirada al interior. Cae al suelo y se arrastra de espaldas hasta aproximarse a un coche. Respira rápidamente, entre sofocos, sus ojos abiertos miran hacia la puerta. Un dedo sale por el agujero de la cerradura, un diminuto dedo que gira en ambos sentidos, desapareciendo y apareciendo a través de la cerradura. La risa de la niña eriza su vello, sigue paralizada por el miedo, la niña la mira una y otra vez a través de la cerradura, saca su dedo desde el otro lado de la puerta, dibujando círculos en el aire acompañándolos de un tétrico tarareo. Un portazo la hace regresar de su parálisis cerebral y tras parpadear un par de veces se percata que la niña ya no está. El coche en el que está apoyada se ha encendido, se aparta rápidamente. Es de noche y la vecina propietaria del turismo, no se ha dado cuenta de que estaba apoyada en él. Felipe está adormilado en el sofá, ella se acomoda a su lado, coge su mano y poniendo la cabeza sobre su hombro, se duerme profundamente.

La clínica está a rebosar, incluida doña Socorro, quien días antes había solicitado cita. En los vestuarios se reparten tareas para agilizar el despacho de pacientes. Doña Socorro le toca a Fany, se queja de un dolor intenso en una muela. Una caries diminuta es lo que puede haber provocado el dolor. Le explica que tendrá que hacer un empaste pero ni siquiera necesita anestesia. Antes de irse, la mujer pregunta a Fany como está, para no mostrar preocupación, le contesta que se encuentra bien y muy centrada en su trabajo. Antes de despedirse, recapacita y corre hasta la puerta donde la aborda:

- “¿Quién más a visto a la niña?”-. No contesta, se despide agradeciéndole el diagnóstico.

Fany se queda frente a la puerta inmóvil, sin parpadear. Escucha su nombre y tras recuperar la conciencia vuelve a su trabajo.

Casi a las diez de la noche sale el último paciente. Estaban a punto a cerrar cuando al abrir la puerta, se encuentran a doña Socorro:

- “Quiero hablar con Fany, por favor”-.

Las compañeras se marchan entre cuchicheos y entra en el descansillo de la clínica. Quería saber por qué le había preguntado esta tarde lo de la niña, le contesta que simplemente era por la curiosidad. Coge de la mano a Fany, se acerca a su oído y le susurra:

-“Solo yo la he visto, nadie más, ahora tú también la has visto”-. Doña Socorro se dispone a salir, pero ella le pregunta:

-“¿Y el peluche?”-. La señora se da la vuelta con la puerta entre abierta -“El osito es de su hermana, se lo devolverá cuando la encuentre”-. Los pequeños pasos de la mujer vagando por la acera, alejándose de la clínica, habían dado por finalizada la conversación.

De camino a su coche, intenta dar sentido al puzle que invade su cabeza, se hace preguntas que trata de contestar ella misma, buscando respuestas en todo aquello. Fany está delante de casa, con el coche aparcado en el mismo sitio donde aparcaba cada día y desde que se mudó a aquel lugar. Sube a casa y Felipe la espera, tiene un sobre encima de la mesa, ella pregunta de qué es esa carta y él afirma que para ella. Abre la carta sin remitente, en su interior recortes y más recortes de las mil y una noticias que rodearon la tragedia. Vuelve a meterlas en el sobre y lo guarda en un cajón. Felipe sale de la cocina:

-“¿De qué es la carta?”-. Ella, nerviosa, le explica que se trata de un código bancario secreto, de ahí que no trajera remitente. Se sientan en el sofá y hablan de los planes para el fin de semana. Felipe quiere visitar a sus padres, él proviene de una familia de clase media, hijo de un militar y de una profesora, es el mayor de dos hermanos, tiene una hermana enfermera que vive en París. Hace tiempo que no se reúnen todos y le cuenta lo mucho que le apetece organizar algo. Él se va al cuarto de baño para darse una ducha y ella saca el sobre del cajón con los recortes de periódicos.

Uno a uno los ojea rápidamente. Todos están ordenados por fechas. Desde el nacimiento de la fábrica, pasando por su época gloriosa, de cómo había hecho la fortuna el dueño en Venezuela trabajando en un taller de bicicletas, hasta el terrible suceso que la cerró definitivamente aquel fatídico día. Varios de aquellos recortes llaman su atención y los mete bajo el sofá, guardando los restantes en el sobre y devolviendo este al cajón. Cerciorándose de que Felipe todavía no sale de la ducha, saca de su escondite los recortes que había elegido. En uno de ellos se pueden leer las siglas B.O.S correspondientes a la fallecida, esposa del acaudalado y madre de las menores. Fany se queda traspuesta, reconoce aquellas iniciales. Otro de los recortes tiene en portada a una mujer que mantiene alzada a una niña, tapando su cara con una de sus manos para impedir que los fotógrafos immortalizaran su rostro. Éste último recorte corresponde al día del juicio donde se habían declarado tutores de los hijos varones a unos tíos, con los que no existía relación alguna, y pese a las negativas de los servicios sociales, el juez dictaminó ser los tutores más aconsejables para los muchachos. También se habla de la foto de portada, la señora del servicio que había de hacerse cargo de la menor, pese a las severas negativas y presentación de pruebas que los servicios sociales habían hecho llegar al juzgado desaconsejando esta

posibilidad. Fany mira la fotografía y ve un rostro conocido pero, no hay señas que identifiquen a la fotografiada, anota en una libreta el nombre del fotógrafo que la había realizado. Casi sin tiempo mete bajo el cojín del sofá los recortes de periódico a la vez que Felipe sale del baño.

En la clínica se respira tranquilidad, apenas ocho pacientes para todo el día. Fany y sus compañeras atienden con dedicación y sin prisas a todos los citados. Tras tres largas horas, ya había preparado la agenda del día siguiente. Tomando un café en el vestuario, aprovecha su soledad para quitar de su bolsillo, la libreta donde el día anterior había hecho unas anotaciones. Encuentra la página buscada, el nombre del fotógrafo que había quitado la foto está anotado por la mitad de la hoja. También deja sobre la mesa el recorte donde aparece la fotografía de la mujer misteriosa con la niña en brazos.

Fany busca en su teléfono, la forma de contactar con ese hombre, ese fotógrafo realizó la fotografía para el periódico local, posiblemente fuese un vecino del pueblo y busca el número de contacto del periódico al que corresponde el recorte. El número al que llama no da señal. Lo intenta una y otra vez con otro número sin obtener respuesta. Se levanta de la silla para tirar a la papelera el vaso de plástico del café, una compañera entra en el vestuario, se sienta en la silla sin dar tiempo a que Fany recoja de la mesa su libreta y su recorte. Es Marisa, es una trabajadora incansable, muy atenta en su trabajo pero con poco trato hacia sus compañeras. Lleva siete años trabajando en la clínica y presume de conocer a todo el mundo. Coge el recorte con una mano:

-“¿Qué estás leyendo?”-, algo nerviosa explica que se lo había encontrado en la entrada y como era muy antiguo había llamado su atención.

Marisa mira fijamente el recorte sin decir nada. En un sobresalto, se levanta de la silla dando un tremendo susto a Fany, quien piensa que le ha pasado algo. La compañera la observa:

-“Ya sé quién es”.- Ella le pregunta tímidamente por su descubrimiento, dejando el recorte sobre la mesa se aproxima a la puerta y antes de abrirla le contesta -“Es doña Socorro”-.

Su compañera se marcha del vestuario dejándola sola en un rincón, aturdida por el descubrimiento. Coge entre sus manos el recorte de periódico y mira fijamente la fotografía, no se puede creer que la mujer con la que precisamente ha estado hablando de la historia de la fábrica, no le hubiese contado aquel detalle.

CAPÍTULO XV

Es la hora de comer y está sola en casa, sentada en la gran mesa del salón, comiendo sin ganas un plato de pasta y mirando al infinito de la habitación. Una mosca llama su atención, vuela dando círculos y se posa por los distintos rincones del salón. La observa embobada, el aleteo del insecto suena como un corta-césped y decide abrirle la ventana para que se vaya. Tras varios vuelos intercalados se posa sobre una carpeta que hay en la librería, ella se acerca para asustarla y comienza a hacer aspavientos con sus manos, haciendo que la mosca salga por la ventana. Cierra la ventana y escucha caer algo, la carpeta en la que se había posado la mosca, ha caído al suelo, se arrodilla para recoger los papeles que se habían salido de la carpeta.

Fany coge un folio donde hay anotaciones suyas, mira entre los papeles y encuentra documentos relacionados con visitas médicas que había hecho al ambulatorio, recetas ya caducadas, analíticas, folios con dietas impresas para bajar de peso y también hay un sobre, abriendo cuidadosamente la solapa, ve que dentro están los archivos impresos que le había mandado su conocida del hospital, aquellos archivos que años atrás, habían desestabilizado su vida. Recoge el sobre del suelo introduciendo todos esos folios en él, se levantó y vuelve a colocar la carpeta en su sitio, llevándose consigo el sobre hasta la cocina, abre la papelera y lo tira. Regresa a la mesa, la comida ya está fría y su falta de apetito le hace recoger la mesa y llevar el plato a la cocina.

Abre el cubo de la basura y cuando se dispone a arrojar los desperdicios, ve el sobre que está en el cubo. Lo coge entre dudas y lo abre, pasa los folios uno a uno y ojea de arriba abajo su contenido, ya casi no se acordaba de aquellos documentos y no entiende como han sobrevivido a la mudanza. Fany guarda uno de ellos, desprendiéndose de los restantes en el cubo de la basura. El informe tiene los nombres de las mujeres que en su día habían dado a luz en el hospital donde supuestamente había nacido y concretamente correspondía con su día de nacimiento. Su cara de incredulidad es ejemplar por un hallazgo inesperado. El cuarto nombre de la lista tiene unas siglas familiares B.O.S.

Corre a la habitación donde tiene la chaqueta del uniforme y saca de ella una libreta donde dos días antes había escrito unas siglas similares. Son las mismas iniciales, se da cuenta de que es la mujer que nunca se despidió de las demás madres en el hospital. También puede reconocer que tiempo atrás había llamado al número de teléfono asignado a su ficha y un hombre le había hablado de su fallecimiento. Fany no da crédito, se sienta en la cama con la libreta en la mano, mira la pared de la habitación con los ojos empapados en lágrimas.

El pasado ha vuelto, la ha encontrado a pesar de su huida, se mira al espejo, observa su imagen y recorre centímetro a centímetro el contorno de su cara descompuesta por la desagradable sorpresa. Piensa en si remover de nuevo el pasado le hará enloquecer y si al hacerlo, se llevará por delante la confianza de su amado. Se recompone y vuelve al trabajo, son las cuatro de la tarde y la clínica está vacía, no hay nadie en la sala de espera y sus compañeras leen revistas en el vestuario. Fany en el gabinete, juega con un bolígrafo dándole vueltas, mientras, de pie frente a la ventana, observa el horizonte. El mar está en calma, un barco pesquero atraca en el puerto, las gaviotas se agolpan para hacerle la espera en el pantalán. El bolígrafo cae al suelo. De repente algo le viene a la cabeza, avisa a sus compañeras que se va a ausentar unos minutos y corre hacia

la puerta.

Sin quitarse el uniforme sale del portal de la clínica a toda prisa y corre calle abajo. Se detiene en el portal once y comienza a timbrar con desesperación. Abre la puerta, ve en el rostro de la joven, la necesidad de saber. La invita a pasar, ambas se sientan una frente a la otra. Fany todavía con la respiración acelerada por la carrera, saca de su bolsillo el recorte del periódico donde está la fotografía de la mujer con la niña y la pone sobre la mesa. Doña Socorro respira profundamente, coge el recorte entre sus dedos y se reclina hacia atrás.

Mirando el recorte comienza a recordar:

-“Era mi niña, solo mía. La cuidé como si de mi sangre se tratara, dio sentido a mi vida y yo a la suya. Durante un tiempo, fuimos inseparables, hasta que...”-. Deja el recorte sobre la mesita silenciándose, se vuelve a recostar en la butaca y prosigue -“...ellos me la robaron, nunca me la quisieron dar”-.

-“¿Quiénes son ellos?”-. Saca un viejo pañuelo de mano y seca las lágrimas que recorren sus mejillas:

-“Los mismos que me la dieron, me la robaron”-. Fany pregunta si sabe dónde está la niña ahora. Doña Socorro alza la vista hacia ella y abre exageradamente los ojos -“La fábrica tiene la respuesta”-.

Comienza a susurrar en voz muy baja y a balancearse en la butaca de atrás hacia delante, mueve la cabeza de un lado a otro. Fany se levanta, dándose cuenta de que no obtendrá más respuestas, se aproxima a la puerta y vuelve a mirar a la entristecida mujer, quién levantando la vista hacia ella le susurra:

-“Te fallé...te fallé”-.

Vuelve a la clínica cabizbaja, sin haber entendido la conversación, y creyéndose culpable por el mal momento vivido por la anciana.

Se despiden todas las compañeras en la puerta, Fany se dirige andando a su coche, todavía no es de noche, aún hay algo de claridad. Tras aparcar frente a su casa, cruza la calle pero algo llama su atención, una canción conocida le hace darse la vuelta, una angelical voz recita una canción familiar. La calle está vacía, corre una brisa fresca y las golondrinas hacen espirales acompasadas sobre los árboles. Una de las hojas de la puerta está entreabierta. Nunca había visto la entrada abierta, sus gigantescas cadenas impedían que las inmensas planchas de hierro oxidado se separasen jamás, pero hoy no hay cadenas. La emotiva canción despertaba en ella tímidos recuerdos, acompañados de una sensación de paz y tranquilidad. Cruza la carretera y se aproxima a la entrada, asoma la cabeza y puede divisar las majestuosas ruinas. Envidiada por muchos, sus jardines habían sido devorados por la maleza, zarzas, mimosas y malas hierbas que se habían adueñado del alma de ese lugar.

Paso a paso, se va adentrando en los dominios de las ruinas, trata de reconocer de dónde provenía la canción. Se va abriendo camino entre los altos helechos y la maleza compactada por los años. Se aproxima al interior, el suelo de hormigón que hay hasta la entrada principal está sin

color, con fisuras en todas direcciones y descascarillado por el tiempo. Es el único testigo superviviente del pasado. Se detiene, la entrada principal no tiene portales, está completamente abierta, y la oscuridad en su interior no deja ver más allá. La canción sigue sonando, dentro, muy dentro, desde sus mismísimas entrañas. Un ruido rompe la sinfonía, una sirena en los exteriores hace eco sobre las paredes y enmudecen la dulce melodía. Fany se da la vuelta, ha recorrido mucho camino y no ve la salida, tiene que apresurarse o la oscuridad de la noche la sumirá en el abismo en poco tiempo. Comienza a acelerar el paso pero la maleza se enreda en sus piernas y no le permiten avanzar. Se pone nerviosa, angustiada, quiere salir, marcharse, pero la maleza no se lo permite, grita, quiere que alguien la escuche, las altas hierbas atenúan sus gritos y no le dejan ver la salida con claridad. Tropezando y cae al suelo boca abajo, trata de reptar hacia la salida de la fábrica, pero es imposible, las zarzas invaden el camino e impiden su huida. Escucha pasos tras de sí, un nuevo intento desesperado por escapar, no quiere quedarse allí.

Algo la detiene, alguien la sujeta sin tocarla, nota una mano sobre su pierna, Fany se gira e intenta gritar con todas sus fuerzas. Sus cuerdas vocales no emiten sonidos, están bloqueadas por el pánico y ella paralizada por el miedo. Su estado de ansiedad es tal, que el aire no llega a sus pulmones, no puede respirar, se ahoga, está débil, ya no puede más, quiere luchar pero no tiene fuerzas.

CAPÍTULO XVI

De entre la maleza surge una silueta, la niña. La rubia de cabellos de oro y mirada dulce, era ella, frente a frente, a un palmo de su cara. La maleza deja de atemorizarla, las altas hierbas y las puntiagudas plantas dejan de ser sus captoras, las zarzas y la frondosa hiedra parecen hacer reverencia a la niña. Se siente liberada, puede marcharse, pero la niña desprende una luz hipnótica y atrayente en la oscura noche, su sonrisa da paz y su mirada quita miedos y temores. Suelta el pie de Fany, se arrodilla en el suelo junto a ella, su peluche descansa sobre su pecho, está descosido y sucio, pero la pequeña lo agarra como si formara parte de ella. Coge el peluche entre sus manos, le da un fuerte abrazo y mirándolo cariñosamente se lo ofrece a Fany, quien no da crédito a lo que sucede, incapaz de retirar la vista de la niña, ésta le sonrío y le extiende sus brazos ofreciéndole el peluche. Ella mira el peluche y tímidamente va alzando las manos para cogerlo; mugriento, deshilachado, se nota que es un recuerdo antiguo.

Toma el peluche sin que la niña lo haya soltado todavía. Un escalofrío recorre su cuerpo, su mente comienza a destapar decenas de imágenes por segundo, imágenes atrapadas y olvidadas en alguna parte de su cerebro, que posiblemente se mantenían ocultas para provocar su olvido. Quiere soltar el oso, pero no es posible, las imágenes son tan reales como el momento que está viviendo. Se ve ella misma jugando con aquel osito de peluche en un huerto con árboles frutales, las dos niñas corrían juntas de la mano por los jardines de la fábrica riendo felizmente bajo la atenta mirada de una señora. Un día se había caído y lastimado la rodilla, lloraba desconsoladamente, la visión era tan real que podía sentir el dolor en ese mismo instante. La niña se arrodillaba ante ella y soplaba sobre su herida, ya no le dolía, el dolor había desaparecido. La mujer de ojos verdes que siempre las acompañaba secaba sus lágrimas con un paño muy suave.

Fany sigue eclipsada e hipnotizada por las imágenes que resurgen de su mente una tras otra a la velocidad de la luz. Se ve en cama con aquella niña, las dos juntas en una preciosa habitación rosa llena de juguetes, payasos, muñecas con muchos vestidos, también acicalaba el osito que siempre la acompañaba. Múltiples imágenes le mostraban a ella y a aquella niña siempre juntas. Una mujer siempre estaba en las imágenes, en varias acariciaba su cara e incluso podía sentir los frecuentes besos de aquella a la que llamaba “Mamá”. Una nueva visión aflora en ella, mamá la arropa en una camita, poniendo junto a ella a su preciado peluche. Le cantaba una nana, una canción muy bonita, una canción con la que la pequeña Fany se dormía cada noche. Las imágenes de ella y aquella mujer riéndose, jugando al escondite bajo la cama, se vuelven repetitivas. Los largos paseos se suceden, la llevaba a ella de una mano y de la otra llevaba a la niña de la fábrica, “Tamara” le llamaba a la pequeña cuando quería que avanzara el paso.

Una imagen dantesca desgarraba su corazón, cuando se ve en la imagen jugando feliz, acompañada de aquella niña. La pequeña dice algo al oído de su compañera de juegos, y esta se subía a una gigantesca prensa. Desde allí, accede a una llave con un gran llavero en el que se podía ver escrito “aseo”. La niña le sonreía al cogerla y cuando se dispone a bajar de la máquina, ésta por accidente pulsaba con su pequeño pie un botón. Fany se ve siguiendo un pequeño fêretro blanco, rodeada de gente abatida.

Las imágenes venideras eran distintas, la niña estaba acompañada de una cara conocida para ella, parecía doña Socorro. Sí, sin duda era ella, ahora la ve claramente, le da el desayuno

pacientemente cada mañana y le cepillaba el pelo cada noche, se veía con ella en el parque, se pasaba largas horas columpiándola. Aquellas imágenes iban acompañadas de sentimientos, emociones, que la transportaban al lugar exacto, hasta podía sentir el sol en su rostro y el aire fresco de la mañana, el olor del agua salada y hasta el perfume era muy real. Las imágenes van cesando, parpadea varias veces, los ojos de Fany se habían nublado por las lágrimas brotadas de sus ojos. Se pone en pie, sujetando el peluche con la mano, mira hacia ambos lados buscando a la niña rubia, a la pequeña de sus visiones, a su compañera de juegos, a su hermana...

Ya ha caído la noche, hay luna llena y esta ilumina todo con una claridad celestial, a lo lejos divisa una figura que camina sola con el brazo en alto. Se seca los ojos con las manos, ahora puede verlo claramente, es Tamara, la hermana que perdió en su memoria. La amiga fiel e inseparable que la acompañó hasta el final de sus días, va de la mano de una mujer, de la madre que entregó su vida para proteger a su pequeña fuera donde fuera. Ambas caminan hacia el interior de la fábrica, hacia sus entrañas, se vuelven antes de ser engullidas por la oscuridad, miran a Fany y sonríen con ternura hasta que la oscuridad las envuelve y se las lleva. El silencio de la noche, es ahora su compañía, vuelve a mirar el malogrado peluche. Desprendiendo unas lágrimas por sus mejillas, mira al frente para buscar las figuras desaparecidas sin resultado alguno, está sola. Fany se dirige hacia la salida y comienza a andar. El crujido de las ramas secas y las zarzas son el único sonido que rompe el intenso silencio y su avanzada sombra va guiando sus pasos hacia la salida. Echa la vista atrás, trata por última vez de divisar a su reencontrada familia, las altas hiedras, las enredaderas y plantas que ahora son las dueñas del lugar, ya han ido haciendo un muro inquebrantable a su paso. Poco a poco, se aleja y con ella, las mil y una preguntas que desea hacer a aquella niña, a su hermana, y tal vez recibir respuestas de aquella mujer, pero ya es tarde.

Su novio la espera, mira su malogrado peluche y lo abraza contra su pecho, respira profundamente. Cruza la carretera y abre el portal de su casa. Felipe la espera y ansioso le da un fuerte abrazo a su llegada. Fany quería detener el tiempo, quería disfrutar más tiempo aquel abrazo, quería contarle a Felipe su experiencia, su verdad pero, tal vez él no esté preparado para ello, tal vez nadie esté preparado para la triste verdad, ni siquiera ella está segura de estar preparada para asumir ahora el futuro. Mientras tanto, disfruta de su abrazo que sin haber conseguido parar el tiempo; es largo y cálido, lleno de emociones y mensajes. Felipe la mira y mira su malogrado peluche, no dice nada, simplemente sonríe agradecido.

Fany llega a la clínica muy temprano, no tienen consulta, es un día de reflexión y cada una de sus compañeras están dedicadas a preparar y ordenar la clínica. La directora está en su oficina, llama a la puerta y respetuosamente se dirige a ella. Se marcha, vuelve a la Gran Ciudad, quiere un descanso y explica que ha sufrido una serie de cambios en su vida y que necesita tiempo para digerirlos. La directora comprende su situación y le expresa su intención de dejarle las puertas abiertas de su clínica para cuando quiera volver. Se despide una a una de sus compañeras.

Cuando sale ojea por última vez la sala de espera, busca a alguien y mirando a sus compañeras se marcha. Calle abajo se detiene frente a la casa de doña Socorro, toca el timbre varias veces, pero nadie abre la puerta. Fany mira en el interior de su bolso y encuentra un papel en blanco, coge un bolígrafo y escribe rápido, lo dobla y lo introduce por debajo de la puerta. Va hacia el coche aparcado muy próximo a la clínica. Al llegar a las proximidades de su casa puede divisar a Felipe esperando en la entrada del edificio, para a su lado y abre la ventanilla, él tiene una maleta en la mano y ella pregunta sonriente:

-“¿Te llevo?”-, este regalándole un guiño, se sube al coche y reanudan la marcha seguidos de un camión de mudanzas de color verde.

Doña Socorro acude a la clínica, ojea la sala de espera y vigila con ahínco los largos pasillos y da la impresión de estar buscando una voz, se acerca a la recepción y pregunta a la trabajadora si está Fany allí. La directora sale a la entrada para atenderla y le comenta, que había decidido irse de nuevo a la Gran Ciudad, tenía otros proyectos y necesitaba a su familia cerca. Con gesto de decepción, se acerca tímidamente a una papelera situada a la salida de la sala de espera y tira un papel, se marcha frustrada y triste, susurrando frases sin sentido para las dos mujeres que observan extrañadas su actitud.

La directora se acerca a la papelera y se agacha para ver que había arrojado, recoge del fondo de la basura el papel doblado y lo abre:

“Sé que hiciste lo que pudiste por mí, dándome lo que no tenías para ti, sé que mi madre confiaba en ti y por eso me cuidaste lo mejor que podías, ella estaría orgullosa. Por fin creo saber quién soy y aunque sé que pertenezco a este lugar, hay demasiadas preguntas que necesitan respuestas y no creo poder encontrarlas aquí. Volveré, sé que volveré pero, antes debo averiguar cosas que me faltan por saber; debo encajar las innumerables piezas de este puzle, Una vida llena de preguntas que hasta hoy no he podido responder en su totalidad. Gracias por todo”.

La directora mira con extrañeza a la recepcionista y vuelve a tirar la nota a la papelera, se toma unos segundos de reflexión y dirigiéndose a la sala de espera llama al siguiente paciente.

PARTE II

EL OLVIDO

Prólogo

Fany visita el cementerio donde yacen los restos mortales de su madre y de su hermana. Deposita el oso de peluche con sumo cuidado sobre la lápida de la pequeña. Observando ambas fosas, sus ojos tristes dejan entre ver su decepción por no saber más de aquella familia destrozada por la mala suerte.

-“¡Adiós Tamara, adiós Blanca!”-.

CAPÍTULO XVII

Un año después de abandonar el pueblo costero, la pareja está completamente establecida en la Gran Ciudad. Asentados en un piso céntrico de dos habitaciones frente a un parque infantil. La tranquilidad ha vuelto a sus vidas; en todo este tiempo no han quebrantado ni una sola vez, su pacto de nunca volver a hablar de su terrible experiencia.

Felipe continúa trabajando en la empresa de mensajería en una sede próxima a su nueva casa. Se encuentra cómodo en su puesto, la jornada es más flexible que antes y la cercanía a su domicilio facilita que pueda disponer de mucho más tiempo libre para dedicar a su afición.

Fany, por su parte, ha encontrado un trabajo en una clínica dental cercana y está muy contenta con sus compañeras. Su jefa es una mujer muy simpática que hace todo lo posible para que clientes y empleados se sientan a gusto en la clínica. Compaginan su trabajo con el ocio. Él coge el coche muchas tardes para dirigirse a lo alto de un acantilado, situado a unos diez minutos de su residencia, desde dónde apostado con su grandes prismáticos, observa durante horas el firmamento, anotando cada avistamiento y la clasificación del ave en un cuaderno pequeño que mantiene entreabierto sobre su regazo. Ella, por su parte, asiste a clases de pintura que combina, a su vez, con clases de aeróbic en un gimnasio próximo a su trabajo.

Hoy, aparentemente, es un día normal. Suena el despertador a las seis de la mañana. Felipe se levanta adormilado y se da una ducha para despejarse, ella continúa en cama por una hora más. Desayuna apresuradamente y se dirige a la habitación, donde se despide con un beso de la muchacha. Se marcha para llegar a tiempo a su jornada laboral. Hoy espera acabar pronto, quiere visitar un lugar del que le han hablado y que, según dicen, los avistamientos de aves migratorias son destacados.

Suena el despertador para Fany, las siete y media ponen fin a su reparador sueño. Tímidamente abre los ojos, se reincorpora en la cama y conecta la radio. Las noticias de la mañana le ayudan a despertar por completo. Se levanta y se mete en el baño. Escucha ruidos en la cocina, mira su reloj dudando que pueda ser Felipe y se aproxima a la puerta...

-“¡Ahhhh!”-, el grito apocalíptico resuena en todo el edificio. Tamara está seria, de pie, frente a ella, su rostro despierta miedo. Fany recorre dando pasos hacia atrás los escasos metros que hay hasta el baño y se encierra. Llama rápidamente a Felipe. El teléfono comunica. Se acerca a la puerta y pega su oído. Puede escuchar una fuerte respiración al otro lado:

-“¿Qué quieres de mí?, otra vez no por favor”-. Cesan los sonidos y abre la puerta con cautela.

Hoy hace frío, el día está despejado pero el aire gélido traspasa su gordo abrigo. Corre hacia la parada del autobús que la lleva al centro los días de mercado. Del interior de la cafetería sale un aroma a churros recién hechos. La gente se agolpa en la barra para coger los periódicos libres y ser los primeros en saborear el delicioso café portugués que preparan allí. Fany se sienta en su mesa habitual y el camarero no tarda en traerle el descafeinado de sobre, acompañado de tres apetecibles churros calientes. Observa el reloj, faltan diez minutos para entrar en la clínica. Por el ventanal divisa a dos de sus compañeras que la saludan antes de entrar. El camarero da

orden de preparar los desayunos de las recién llegadas. Pilar, la cartera, pasa por delante del inmenso ventanal y mira a través de él observando las gentes de su interior. Ambas se miran, la cartera saca de su carro un engomado de cartas y golpea la ventana, Fany sale de la cafetería y recoge su correo:

-“¿Quieres un café Pili?”-.

-“Otro día Fany, gracias”-. El frío en la calle es cortante, se apresura a entrar de nuevo para acabar su café. Las chicas salen hacia la clínica después de un reconfortante desayuno que repelió el frío de sus cuerpos.

-“¡Fany!”-, el grupo se detiene y ella se da la vuelta. Pilar, la cartera, se acerca a ella; -“Me había olvidado de esta carta”-,

-“¡Podías dármela mañana! Seguro que no es urgente”-, tras guardar la carta en el bolso, va al encuentro de sus compañeras, que la esperan en el portal de entrada.

La mañana se presenta tranquila, dos endodoncias, una extracción y una limpieza. Bajan al vestuario y se cambian, cada una dispone de su taquilla y en ella guardan su ropa de calle que sustituyen por el uniforme de trabajo. A Fany le toca la limpieza dental y el paciente ya se encuentra en la sala de espera.

La una y media no tarda en llegar y ya de vuelta en el vestuario Fany pregunta:

-“¿Quién quiere comer hoy conmigo?”-. Una compañera le responde irónicamente:

-“¡No tienes a nadie en casa eh!”-. Ella asiente con la cabeza mientras revela una sonrisa tímida. Ninguna de sus compañeras puede acompañarla en su improvisada invitación. Sale del trabajo y ojea desde la distancia si hay mucha gente en la cafetería donde desayuna. Camina disimuladamente por delante de la cristalera y puede divisar una mesa libre. Entra en el local y se sienta. El camarero toma nota de su pedido. Mientras espera su almuerzo, busca el teléfono en el interior de su bolso. Un sobre amarillo llama su atención, recuerda que la cartera se lo dio esta mañana, después de hacerle entrega del correo. Ella la había guardado en su bolso directamente sin abrirlo. Levanta la cabeza y mira hacia la barra, su comida todavía no está lista, vuelve a centrarse en el sobre amarillo. No tiene remitente y tampoco sello de empresa. Lo abre.

CAPITULO XVIII

“Querida Fany:

No te has despedido de mí, me duele que me guardes rencor o un posible odio, que te aseguro, no me he querido buscar intencionadamente.

Desde que eras una niña, he cuidado de ti y de tu hermana, como si fueseis mis propias hijas. Los señores poco estaban en casa y yo he hecho de madre y de padre a la vez. El destino no me ha dado hijos, Dios tampoco ha escuchado mis plegarias.

Siento que te hayas llevado una mala experiencia de este pueblo y una decepción de esta que te escribe.

Aún sin merecerlo, te ruego, me hagas un favor. Soy mayor, una anciana en soledad, que quiere remendar el daño ocasionado y morir cuando el destino así lo decida. He de hacerlo en paz conmigo misma. Debes descubrir la verdad de quién eres, solo así, tal vez, puedas perdonarme.

Hospital Virgen de los Remedios, habitación 153. Aquí comenzó tu historia el dieciséis de mayo de mil novecientos ochenta y cuatro.

Espero saber de ti y que estas líneas sean el comienzo de un acercamiento entre nosotras y si no es así, que Dios se apiade de mi alma y me perdone por ti.

Socorro Buceta.”

Fany, aturdida, eleva la cabeza por varias veces para volver a bajarla y observar incrédula la firma de la remitente. Guarda la carta en el bolso de manera violenta. Coge el teléfono y busca en últimas llamadas; selecciona la última llamada recibida, la de Felipe. El camarero interrumpe:

-“¡Cuidado que quema, buen provecho!”-. Tras dejar un cuenco de barro con un succulento caldo caliente, el camarero se retira hacia la barra. Fany corta la llamada al tercer tono aproximadamente, sin darle tiempo a él a descolgar. Coge la cuchara y comienza a remover el humeante caldo recién hecho, cuando de repente:

-“¡Hola!”-, una compañera pone sus heladas manos en su cara provocando un grito inesperado que provoca las risas de los demás comensales.

-“¿Qué haces aquí?”- pregunta Fany.

-“Llamé a mi madre y le pregunté si tenía la comida preparada, como me ha dicho que no, pues vengo a comer contigo”-.

Felipe está todavía en reparto, quiere acabar temprano para irse con su compañero Piquenque a un acantilado que éste conoce. Desde allí se pueden ver diferentes aves migratorias en un esbelto y coordinado vuelo acrobático. Ojea la parte trasera de la furgoneta y advierte que solo quedan cuatro envíos para rematar la jornada. Detiene el vehículo en el arcén, coge su teléfono y puede ver la llamada perdida de Fany. Antes de devolver la llamada, escribe un mensaje a su compañero de trabajo para saber lo que le falta para terminar, mientras espera la

contestación, marca el número de su novia. Ella, que está comiendo con su compañera, tiene la costumbre de silenciar el teléfono antes de entrar en la clínica, y en multitud de ocasiones, se olvida de activar el volumen.

A las tres de la tarde, están reunidos en la sede de su empresa y cerrando los últimos detalles de fin de jornada para irse a comer juntos. Mientras, Fany está con la sobremesa junto a su compañera, hablando despreocupadamente de la nueva inauguración de una tienda de ropa “lowcost” dos calles más abajo. Las chicas entran en la clínica poco antes de las cuatro. Después de una comida larga y plácida, ojean las citas de la tarde y se miran una a otra decepcionadas. Habían planeado, si salían pronto, acercarse a la tienda de ropa y aprovechar las ofertas de apertura.

Por otro lado Felipe y Piquenque, ya están en el lugar prodigioso del que llevan hablando días. Sentados, comiendo sus bocadillos, sostienen los prismáticos con trípodes y ojean por momentos, entre bocado y bocado, los cielos despejados buscando el surcar del animal más admirado para ellos.

Tres pacientes faltan para terminar la jornada y asignados ya a cada una de sus compañeras, Fany aprovecha para adelantarse a las tareas de limpieza. A las nueve y media de la noche, una de sus compañeras la deja delante de casa. Al salir del coche puede advertir que Felipe ya ha llegado, por la inexplicable costumbre de abrir las ventanas en verano y en invierno. Entra en el piso y escucha la ducha. Se sienta el sofá y tras descalzarse, pone los pies en alto sobre una mesa de centro.

Un olor apetecible la despierta de su cabezada involuntaria, el sonido de la sartén y los vasos denotan que el cocinero de la casa, está preparando algo. Ella se levanta y va a su encuentro. Sentados a la mesa y disponiéndose a comenzar la cena, se preguntan al unísono:

-“¿Qué tal te fue el día?”-, a lo que Felipe se adelantó a ser el primero en contar su rutina y al finalizar, comenzar con su gran aventura observando aves. Tras casi cuarenta minutos ininterrumpidos de historia, se queda sin más argumentos y deja paso al silencio. Fany, por su parte, había desconectado de la conversación en el minuto diez de la misma, entre el despegue del albatros y las acrobacias de los carricerines cejudos.

Felipe da una palmada que la sobresalta y la despierta de su letargo:

-“¿Estás bien?”-, ella se levanta y se acerca a su bolso, saca la carta junto con el sobre amarillo y se lo ofrece a Felipe sin mediar palabra. Tímidamente este abre el sobre y saca cuidadosamente el escrito de su interior. Fany advierte el vaivén de sus cejas, el abrir y cerrar de sus ojos y la presión de los labios mientras lee la carta. Se habían prometido que con esta nueva mudanza, el pasado fuese sólo eso, pasado. El silencio con respecto a la historia y vivencia pasada en el pueblo costero, debería ser eterno. Fany accedió a poner fin a las investigaciones personales que, según Felipe, solo la hacían perder la cordura y poner en grave riesgo la continuidad de su relación.

Finaliza su lectura y eleva la mirada. Termina uno trozo de solomillo que le queda en el plato y tras limpiarse con la servilleta pregunta:

-“¿Qué quieres hacer?”-. Ella lo mira fijamente:

- “¡No lo sé, la verdad!”- . Felipe le comenta:

-“Se puede ir el sábado a preguntar y si ponen muchas trabas, lo dejamos correr”-. Continúa con su descontento-“Esta historia ya se había dado por finalizada en su día”-.

Fany, tras la conversación del día anterior, se encontraba nerviosa y desconcertada. El nudo en su estómago la mantenía distraída y su apetito había disminuido notablemente. Durante la hora del almuerzo, hacía anotaciones en una libreta con las cuestiones que le interesaba descubrir. El filete recién hecho se enfriaba en el plato, mientras las hojas de la libreta cubrían el resto de la mesa. Llegó temprano a casa y se sentó en el sofá a la espera de Felipe. Tenía ganas de planificar la visita al hospital.

El Hospital Virgen de los Remedios estaba a una hora de camino y a pesar de la caravana, el viaje se le hizo muy rápido. Su corazón latía fuerte, el estómago revuelto y la respiración acelerada presagiaban el difícil momento que estaba pasando.

Felipe fue el primero en entrar y varios metros por detrás, ella buscaba en su bolso las hojas con anotaciones donde se encontraban sus preguntas y sus dudas. Una recepcionista presidía la entrada del hospital. Felipe pregunta:

-“Queríamos solicitar información sobre una paciente”-. La recepcionista solicita el número de habitación, a lo que él, respondió-“Estuvo aquí hace treinta y tres años”-.

Ella miró fijamente a Felipe y pidió que la excusaran un minuto. Mientras, observan el extenso hall del hospital, un centro antiguo, con olor a rancio y tétrico por las baldosas amarillentas que forraban las paredes del inmenso pasillo de entrada. Unos minutos más tarde, la recepcionista aparece acompañada de un hombre de mediana edad:

-“¿Soy el subdirector del Hospital Virgen de los Remedios, en qué puedo ayudarles?”-. Fany comenzó a contar un resumen rápido de la razón que les había llevado hasta allí y explicó la necesidad de poder encontrar a la mujer que el día 16 de mayo de 1984 dio a luz en la habitación 153. El subdirector les solicitó que le acompañasen a su oficina. El ascensor, que subía de la planta baja a la tercera, hacía un ruido preocupante en su camino y los balanceos hacían que Felipe aguantara la respiración por momentos.

La oficina sin ventanas estaba compuesta de una mesa con una pequeña lámpara y dos sillas. Fany observaba, mientras el subdirector buscaba en el cajón de un viejo archivador, los cuadros en blanco y negro que adornaban las paredes con cercos de humedad. En una de las fotos divisaba algo raro. Un niño con la cara de medio lado y un hombre a su lado con rasgos parecidos a los del subdirector. El niño estaba triste y el hombre sonreía. En otra fotografía una niña con la cabeza baja sentada en una silla justo al lado del mismo hombre. Unas fotos más abajo otra niña con una deformidad atroz en su cara también estaba acompañada por éste hombre.

-“Bien, veamos”-. Fany se asusta ante la inesperada charla: -“Somos un centro muy antiguo y a pesar de que nos vamos adaptando a las circunstancias y a las modernidades poco a poco, hay ciertos archivos que no constan digitalmente y los tenemos en este viejo archivador”-, prosigue: -“Lo que me solicitan ustedes es ilegal y yo no sería buen profesional si permito que se vayan de este centro con material o información privada, pero cierto es, que su historia me ha llegado y conozco casos similares al suyo, por lo que...”-

El subdirector se levanta y se marcha de la oficina ante el asombro de ambos, que se percatan a los pocos segundos de la intención del buen hombre. Un expediente abierto ha quedado

sobre la mesa. “Habitación 153- Blanca María Outón Santos.”

Ante el asombro de Fany, Felipe quita una foto con su teléfono a la portada del expediente y en un abrir y cerrar de ojos, las tres páginas del expediente eran inmortalizadas por él. Guarda su móvil rápidamente en su bolsillo. La puerta del despacho se abre:

-“Siento haberme ausentado, tengo una urgencia y no puedo atenderles más tiempo”-. Felipe da la mano al hombre y le da las gracias, a lo que él responde: -“El camino es largo, el ánimo flaqueará, pero si se persigue una verdad contra viento y marea, da igual donde se esconda, tarde o temprano aparecerá”-. Abandonan el centro y se despiden de la recepcionista a quién no parece haberle agradado su visita.

Durante el camino de vuelta, Fany ojea las fotografías en el teléfono de Felipe tratando de buscar una dirección.

-“¿Conoces ésta dirección?”-, él asiente con la cabeza. Detiene el vehículo y hace un cambio de sentido. Tras un rato de trayecto y varios pueblos dejados atrás, Felipe reduce la velocidad y entra por un cruce estrecho,

-“¿Qué número me habías dicho?”-,

-“Once”-, se detienen frente a una casa en ruinas.

CAPÍTULO XIX

Salen del coche y observan con decepción el estado de la vivienda. Un ruido les hace volverse, una ventana se ha abierto en una casa a sus espaldas, una mujer los observa:

-“Buen día señora, ¿Sabría usted, a dónde se han mudado los que vivían en esta casa?”-. La señora contesta:

-“La maldición les perseguirá allá donde vayan”-. Felipe vuelve a preguntar si conoce el paradero de los miembros de esa familia y ella contesta de nuevo:

-“Blanca vivió atormentada con un demonio y como demonios eran sus dos hijos, viva imagen de su padre”-. Fany pregunta:

-“¿No tenía esta mujer dos hijas?”-.

-“Las hijas eran de un acaudalado que conoció después, Fermín Benavides, con el que se casó en los años 80”-. La mujer vuelve a insistir: -“La desdicha y la maldición siempre acompañarían a Blanca, allá a donde quiera que fuese”-. Felipe preguntó nuevamente, si conocía el paradero de alguno de los miembros de la familia.

-“Cuando se casó, se fue a vivir a la mansión del acaudalado, se encuentra a las afueras de la Gran Ciudad”-.

Se suben al coche sin más dilación y condujeron hasta donde les había indicado. Un enclave privado con costosas viviendas que destacaban por sus altas medidas de seguridad. Un jardinero al que le preguntaron indicó cual creía que era la casa que buscaban y se acercaron. Una finca completamente cerrada con grandes muros y altos setos que ocultaban y resguardaban en su interior, la que parecía una colosal vivienda. Bajaron del vehículo y tocaron el timbre. Una voz femenina contesta por el interfono:

-“¿Quién es?”-, preguntan si pueden hablar con alguien de la casa. Tras unos minutos de silencio, el enorme portal de acceso se abrió, desvelando la espectacular mansión y sus cuidados jardines plagados de árboles frutales y figuras talladas en piedra. Subieron al coche y entraron en la propiedad hasta aparcar próximos a la puerta.

Una mujer los esperaba, ataviada con un uniforme clásico de sirvienta, aparentaba entre cincuenta y sesenta años.

-“Buenos días, buscamos a alguien que nos pueda ayudar”-.

-“¿En qué puedo ayudarlos?”-. Fany le contó las razones que les habían llevado hasta allí y las intenciones de saber el paradero de la familia de Blanca. La sirvienta dijo ser relativamente nueva en la residencia. Era la sucesora de alguien que sabía la historia de la familia y que por aquellos años era la encargada de la mansión y del cuidado de los hijos del Señor y la Señora. Felipe no tardó en preguntar por el señor Fermín, a lo que la empleada respondió cortante:

-“No estoy autorizada a dar información de los Señores que residían aquí”-.

-“¿A qué se refiere con los que residían aquí?”-.

-“Si estáis al corriente de la historia de esta casa, sabréis que fue embargada junto con la fábrica que se subastó”-. Fany pregunta:

-“¿Y la casa?, ¿De quién es la casa ahora?”-.

-“Tengo muchas cosas que hacer, no puedo ayudaros”-.

Dando por hecho lo absurdo del viaje y ante las negativas de la mujer a contar nada sobre el paradero la familia, ambos se disponían a regresar al coche cuando Fany tiene un presentimiento:

-“¿Quién era la encargada de la mansión antes de usted?”-.

-“Doña Socorro”-, contesta mientras cierra la puerta. Fany, nota cómo las lágrimas encharcaban sus ojos. Se suben al coche. Felipe observa por el retrovisor que apenas había salido de la finca y ya el portal estaba cerrado sin posibilidad de regresar con alguna otra cuestión. En el interior del vehículo se miran, él acaricia su pelo mientras la consuela:

-“Todo saldrá bien, llegaremos al fondo de esto”-. De camino a casa, Fany titubea entre dientes:

-“Llévame a ver a doña Socorro”-, No creyendo haber escuchado bien, le pide que repita lo que ha dicho. -“Ella está en esta historia desde el principio, quiero verla”-.

Felipe se detiene frente a un asador próximo y le indica a su compañera que después de comer proseguirán su viaje. Entran en el Asador Fiuza, un restaurante de renombre que nunca habían visitado, pero del que habían oído hablar por su calidad y buen comer. El olor era adictivo, el aroma embriagador de las carnes a la brasa impregnaban el comedor. Fany estaba desganaada, a la vez que cabizbaja. Felipe tenía esperanzas en que la reconfortante comida, diese una tregua a su estado de ánimo, a la vez que, una pausa en las preocupaciones que rondaban su cabeza.

La comida era abundante y las carnes de calidad, habían pedido un succulento chuletón cada uno y una ración de churrasco de cerdo acompañado de un espectacular aderezo de salsas aromáticas. Tras una hora exacta de descanso, salen del restaurante y regresan al coche, se ponen los cinturones de seguridad y Felipe coge la mano de Fany:

-“¿Estás lista para continuar?”-, ella, tras unas gafas oscuras que tapan sus ojos decepcionados, contesta:

-“Acabemos con esto de una vez”-. El pueblo costero no estaba lejos de su ubicación. Felipe conocía unos atajos que, por su profesión, eran de uso habitual para hacer frente a los plazos de entrega de la paquetería diaria. Unos cuantos kilómetros separaban el Asador Fiuza del pueblo costero. Fany indica una vez allí, por qué calles debía entrar Felipe para aproximarse lo máximo posible a la casa.

Caminando por la calle sin mediar palabra, se aproximan a la casa de doña Socorro cogidos de la mano. Un gesto de complicidad que relaja a Fany, ansiosa por saber más de su vida pasada.

Tocan el timbre un par de veces y tras unos largos segundos de espera, Fany vuelve a timbrar. El sonido de unas llaves denota que alguien se aproxima la puerta. Una jubilada de avanzada edad les recibe y Fany pregunta:

-“¿Doña Socorro?, por favor.”-

-“Pasad por favor, no os quedéis ahí”-, contesta educadamente. La siguen escaleras arriba hasta el segundo piso, lugar donde vivía doña Socorro. Se detiene antes de abrir la puerta y les pregunta:

-“No os conozco y son pocos los que hoy han venido aquí pero si la conocéis, bien recibidos seréis”-. Abre la puerta, tres personas apoyadas en la pared en el largo pasillo de la casa, sin hablar entre ellos, en silencio, ensimismados mirando al suelo. La mujer les indica:

-“Seguidme, por favor”-. Todos los malos augurios que Fany había tenido se habían hecho realidad. Los silencios a sus preguntas eran reales y la posibilidad de saber la verdad truncada por el destino. Un fêretro presidía el salón donde en una ocasión había tomado café. Se quedan en silencio, observando la caja barnizada y los destellos de las decenas de velas encendidas a su alrededor.

Se acerca a Felipe y le dice:

-“No sufrió, tranquilo, no nos ha cogido por sorpresa. El cáncer se la llevó en silencio”-. Fany desquebraja un sonoro llanto a la vez que corre hacia la puerta. Felipe va tras ella, baja las escaleras de dos en dos para alcanzarla, se encontraba llorando desconsolada en los últimos peldaños del rellano. Se sienta a su lado y la coge de la mano. Por unos veinte interminables minutos estuvo llorando. Él buscaba palabras de aliento y consuelo para ella.

-“Jamás sabré quien soy”-. La ayuda a incorporarse y temblorosa se entrega a él en un tierno y compasivo abrazo.

Cuando se disponían a salir por el portal una voz les detiene:

-“¿Qué os pasa muchachos, cómo es que ya os vais?”-. Fany se disculpa por las formas y por su huida precipitada, le explica la razón por la que habían venido y su ofuscación ante la prematura muerte que se han encontrado.

Pidiendo más disculpas se despiden de la anciana, quien les interrumpe:

-“¿Estáis aquí por la carta?, yo escribí esa carta”-. Se vuelven con incredulidad y miran fijamente a la anciana situada en el tercer peldaño de la escalera. Fany deja de llorar.

-“La carta la firmaba Socorro Buceta”-.

-“Yo soy Socorro”-, responde.

-“Pero doña Socorro vino a la clínica en varias ocasiones y me conocía, y...”-.

-“Yo soy Socorro, la que está arriba, es mi hermana María”-. La mujer les pidió que volvieran a entrar en su casa. Allí les invitó a sentarse en un sofá de dos plazas y ella de frente a ellos, tomó asiento en una mecedora y se tapó las piernas con una manta. Toma aliento y comienza su historia.

CAPÍTULO XX

Hace muchos, muchos años, un acaudalado hombre de negocios llegó al pueblo, venía de hacer las Américas y en Venezuela había creado fortuna. El apuesto hombre quería invertir bien su dinero y compró una nave abandonada. Se convirtió con esfuerzo, tiempo y mucho dinero en una próspera metalúrgica que contaba ya en sus comienzos con decenas de empleados.

El señor Fermín era un buen hombre, reservado, arisco, tético para los que no lo conocían pero, una bella persona para los que trataban con él a diario. El acaudalado se había fijado en una de sus empleadas y cada día, minutos antes de finalizar el turno, él la invitaba a tomar café en la oficina. Un año después, la empresa ya contaba con varios cientos de empleados. Las exportaciones del producto finalizado, provocaban retenciones en el puerto del pueblo, incapaz de sobrellevar el inmenso volumen de trabajo. Ese mismo año, el señor Fermín había pedido matrimonio a doña Blanca y apenas dos meses después, las alianzas ya lucían en sus dedos.

Vivían en la mansión que el acaudalado había mandado construir cuando la industria comenzó a repuntar. Usó los mismos empleados en su construcción, que los que habían levantado y reformado la fábrica adquirida tras su llegada de Venezuela.

Un día, el Señor preguntó a todos los empleados, quien podría cuidar de su casa en sus largas ausencias. Le ofreció el puesto a doña Socorro, por imposición, ante la negativa de los demás empleados a optar a tal puesto. Los Señores eran comprensivos y accedieron a darle residencia en la mansión debido a la falta de transporte del que ella disponía. Así como a acoger a su hermana María, afectada por una meningitis siendo muy niña, que la dejó ausente de la realidad para siempre. Le encomendaron hacer desayunos, comidas y cenas, así como labores de limpieza y acondicionamiento de la mansión. Un par de años después del enlace, nació Tamara. Fruto de ese matrimonio y un año después, nació su pequeña.

Doña Blanca era muy humilde, emparejada por necesidad o por obligación, ¿quién sabe?, con un zapatero que vivía varias casas más allá de la suya. Con este hombre tuvo dos gemelos varones. El zapatero, iba de pueblo en pueblo en una moto ofreciendo sus servicios a cambio de la voluntad. Lo poco o mucho que ganaba, se lo gastaba en el camino de vuelta, en los dos únicos bares de paso. Doña Blanca era muy desdichada y cuando trataba de corregir la actitud de su por aquel entonces marido, sufría las vejaciones y los insultos de este pobre borracho. Poco después, corrió el rumor de que la fábrica necesitaba gente para trabajar y la mujer caminando con sus dos hijos a cuestas, anduvo durante horas para poder llegar allí y solicitar trabajo para ella y su compañero sentimental. En la oficina, aquel día, se encontraba el señor Fermín, quien accedió a las súplicas de doña Blanca dándoles trabajo.

Cuando esta llegó a casa, el desgraciado la estaba esperando con un cinturón tras la puerta. Le tenía prohibido salir de casa sin su permiso y se escudaba en que merecía una lección para recordarlo en futuras ocasiones. Aquella vez, la mano del borracho fue más cruel que nunca. Media moribunda, la señora Blanca se arrastró hasta la casa de una vecina, allí pidió ayuda a gritos golpeando la puerta incesantemente. Ese día no se encontraba su vecina en casa, pero si estaba su marido, un fornido herrero de dos metros de altura. El herrero, corrió a socorrerla y tras dejarla a salvo en el interior de su casa, se dirigió a hacer frente al desgraciado instigador. Los

dos se enzarzaron en una fuerte discusión y segundos después, el maltratador sufría la cólera y las brutales palizas del herrero. Los incesantes golpes producidos por los fuertes puños del hombre, no hacían más que tirar al suelo al zapatero. En una batalla casi perdida, el zapatero sacó un cuchillo de su bota y apuñaló por tres veces al ángel custodio que pedía justicia en nombre de doña Blanca. La sangre y los llantos de los dos menores encerrados en un cobertizo por su padre, se hacían eco alrededor, así como los disparos de los guardias, intentando detener al asesino. Finalmente, fue abatido a orillas del río, mientras trataba de cruzar hacia la carretera. Ella se trasladó con sus dos hijos al pueblo, al bajo de una casa minúscula próxima a su nuevo trabajo. Pagaba el arrendamiento con trabajos de limpieza y aseo para la dueña de la vivienda, una mujer que vivía en la planta superior.

Por un tiempo estuvo trabajando en la fábrica antes de que el señor Fermín pusiera sus ojos en ella. Por aquel entonces, sus hijos ya provocaban problemas constantes en el seno familiar. La violencia y el desprecio con el que trataban a su madre, era más latente a medida que estos crecían.

El acaudalado se interesó por su empleada y las razones que allí la habían traído. A final de mes, una gratificación a escondidas de los demás trabajadores, desvelaba el interés y el cortejo del empresario hacia la mujer. El romance secreto duró muy poco, el Señor ofreció cobijo a la muchacha y a sus hijos. Se les veía felices, pero esta felicidad duraría poco. El comportamiento de los hijos de la Señora fue a peor y la agresividad hacia ella y el desprecio hacia el Señor, eran cada día más insostenibles.

Tras el nacimiento de Tamara. El Señor detectó un peligro inminente por parte de los hijos de doña Blanca y una intención clara y reiterada de hacer daño al bebé. Con otro nuevo nacimiento y tras la llegada al domicilio de un nuevo miembro, el peligro y la tensión podían respirarse en el ambiente.

Cierto día, uno de ellos jugando en el pasillo, aprovechó un descuido de doña Socorro para intentar agredir a una de las pequeñas. Fue la mano desnuda de esta, quien paró la aguja de calcetar que el inmaduro pretendía propinar contra la indefensa criatura. El Señor ante tal suceso, envió de inmediato a los dos hermanos a un colegio interno de Suiza, lugar donde él poseía contactos en las más altas esferas. El desesperado buen hombre sufragó todos los gastos que ello conllevó. Por aquel entonces doña Blanca, se encargaba de la recepción de pedidos. En los ratos libres, ayudaba a los empleados saturados en sus labores, abasteciendo la cadena de montaje. Una mujer formidable, luchadora y sensible, que nunca olvidó sus raíces y nunca dejó la humildad que tanto la caracterizaba.

CAPÍTULO XXI

Fany se impacientaba por los silencios del relato, mientras Felipe, boquiabierto, se mantenía estupefacto ante la desconocida y trágica historia.

-“Mi hermana María, hacía las labores del hogar y yo, cuidaba de Tamara. Cuando llegaste tú, tuve que recurrir a mi hermana María para vuestro cuidado. A pesar de su deficiencia, mi hermana era idónea para vuestro cuidado, mientras yo me ocupaba de la cocina y de dirigir al personal del servicio. Sé a ciencia cierta, que ella pasó largas jornadas de juegos con vosotras y no era extraño. La afición de mi hermana la había llevado a un mundo de locura inofensiva. Disfrutaba mucho jugando con vosotras y se podía decir, que os trataba como a sus muñecas, cepillando vuestro pelo a cada momento. Cuando el señor Fermín se enteró de que María estaba haciendo mi trabajo, me ordenó que cada día os bajara a la fábrica y que mi hermana no se acercara a vosotras. Los jardines eran extensos, pero cierto es, que muy poco aconsejables para dos niñas pequeñas”-.

Suena el timbre. Felipe se anticipa y abre la puerta. Un caballero de traje oscuro:

-“Ya está todo listo para ir a la iglesia”-. La mujer mira a los jóvenes:

-“Habéis escogido un mal día para buscar las respuestas a vuestras preguntas, volved mañana”-. Se ponen en pie y Fany pregunta a la anciana:

-“María me dijo que fue ella la que me cuidó siempre y la que me vio crecer”-. Socorro asiente con la cabeza:

-“La artrosis ya merodeaba mi vida por aquel entonces. Mis largas agonías acompañadas de sudores fríos y dolores punzantes, impedían que pudiera ocuparme de vosotras. Mi hermana María comenzó a ponerse mi ropa, el Señor, tan absorto por su trabajo, nunca se percató de la diferencia entre nosotras dos. Por el contrario, tu madre lo sabía. Su bondad era tal, que al ver el rostro de María tan lleno de luz cuando estaba con vosotras, aceptó el intercambio y nunca contó la verdad a su marido”-.

Acompaña a los jóvenes a la puerta. Fany interrumpe la despedida:

-“Quiero ir al entierro, ella se lo merece”-. Doña Socorro se abraza a ella dándole un emotivo y cariñoso beso. Ambos esperan en la calle la salida del cortejo fúnebre y para su sorpresa, descubren que nada más que un séquito de seis personas la acompañará.

La capilla está a dos calles de donde se encuentran. El vehículo circula muy despacio entre las mismas, esquivando a los transeúntes despistados que se ven sorprendidos por tal fatídico momento. La ermita ya la habían visitado en varias ocasiones cuando todavía vivían allí. Fue descubierta por ellos una tarde de lluvia, donde buscando refugio al diluvio se sorprendieron ante el acogedor, agradable y decorado monumento. Los cuatro muchachos de la funeraria depositaban el féretro en su cuna y otros dos mozos colocaban a su alrededor cuatro coronas. Fany preguntó a quien le precedía donde podrían sentarse y la contestación, fue la esperada:

-“¡Sobra donde sentarse hija mía, la pobre María no caía en gracia en el pueblo!”-. Doña

Socorro, en el banco de la primera línea, observa decepcionada a su alrededor. Se puede ver la frustración de sus ojos buscando el cariño y el reconocimiento de los vecinos que no habían asistido. La ceremonia dura menos de lo esperado, el cura aquejaba una afonía notable y una tos que, posiblemente, redujo el tiempo establecido para tal acto.

Fany coge de la mano a Felipe fuertemente. Este la observa con asombro y puede ver la palidez de su rostro:

-“¿Qué te pasa?”-, le susurra. Tiene la mirada puesta por encima del féretro y paralizada por el pánico, observa a Tamara. La niña luce rostro pálido y triste, con los pies descalzos, en camisón y abrazando su osito de peluche, mira fijamente la caja donde se encuentran los restos mortales de María. Mira a Fany, se quita muy lentamente el pelo que tapa sus ojos. Su mirada es inocente, sus ojos denotan dulzura. El miedo cesa en ella, poco a poco va aflojando la presión que ejercía sobre la mano de Felipe. Tamara sonrío. Fany baja la mirada y se toma un momento para limpiar las lágrimas inesperadas que empañan sus ojos. Tras elevar la vista, la niña ya no está.

Los trabajadores de la funeraria recogen el ataúd de su apoyo y se dirigen con paso coordinado a las afueras de la capilla. Los escasos asistentes siguen en profundo silencio el último viaje en compañía de María. Fany observa que nadie llora, todos están cabizbajos pero ni un ápice de tristeza aflora en sus rostros, solo doña Socorro se ve algo afectada por el momento. En el momento de introducir el féretro en el nicho, se esfuerza por recordar algún momento con la difunta y no es capaz de desprenderse del velo que entumece su memoria. Cierra los ojos, siente que cogen su mano, es Tamara. Quiere gritar, pero... Las dos niñas juegan con una cometa, es un día soleado, están en los jardines de la fábrica. Ríen a carcajadas mientras corren juntas tirando de un cordel que sujeta el artilugio. Alguien grita a lo lejos:

-“Esperadme niñas, mis piernas no corren como las vuestras”-. María corre tras las dos niñas. Ha terminado de contar hasta diez frente a un árbol; largas tardes jugando al escondite en su compañía. La pequeña Fany se ve abrazada por María, mientras escucha una canción de cuna que le obliga a ir cerrando los ojos. Una mañana, la pequeña se cae en el jardín y llora desconsolada. La noble mujer la coge entre sus brazos y la sienta sobre su regazo. Sopla sobre su herida, su aliento hace cesar las lágrimas de la pequeña.

Un rezo colectivo pone fin al acto y la despierta de su recuerdo. Mira su mano, todavía está fría pero ni rastro de quién la cogía.

Doña Socorro deposita una rosa roja encima de las coronas que están apoyadas en el panteón. Ellos se miran, Felipe, entre dientes, le susurra a Fany:

-“Debemos irnos”-. Cuando se disponían a abandonar el cementerio, a lo lejos escuchan una voz familiar:

-“¡Fany, Fany!”-.

-“Quería daros las gracias por asistir al entierro de mi hermana, seguro que esté donde esté, le habrá gustado mucho que hayáis venido a despedirla”-. Fany asiente con la cabeza, doña Socorro les pregunta:

-“¿Puedo caminar con vosotros?”-. Felipe se adelanta en contestar:

-“Faltaría más”-, y le ofrece su brazo, espera que acepte su invitación para proseguir la

marcha. Mientras caminan, doña Socorro pide a Fany que se acerque a ella y tras cogerle la mano, continúa su historia.

-“Algunas tardes, María bajaba a la fábrica para que el señor Fermín pudiera veros por la ventana y advertir que estabais bajo mi cuidado. En realidad, estabais bajo el cuidado de ella. Horas y horas de juegos, la infatigable María podía con todo. Cierta día, mientras vuestra madre ayudaba en la oficina, mi hermana estaba con vosotras en los jardines. Era un día de sol resplandeciente, para nada presagiaba un atardecer trágico. Comenzasteis a jugar al escondite y mientras María contaba en alto con la cara posada en una de las farolas, tú y tú hermana os escondisteis al lado de una prensa; “Quiero ir al baño Tamara”, le susurraste. Para acceder a los aseos, hacía falta una llave, colgada al lado de la máquina donde os habíais escondido. Para cogerla, tu hermana tenía que ganar altura y creyó que subirse a la máquina era la mejor opción. Sin darse cuenta, su pequeño pie, activó los pulsadores haciendo que perdiese el equilibrio, ya no había forma de regresar al pasado. Mi hermana jamás se recuperó de aquel día y quizá por el tiempo que duró nuestro engaño, o quizá por desprenderse de la responsabilidad de su error, tomó mi identidad como propia”-.

Ya en la puerta de la casa:

- “¿Qué es de mi padre?, ¿Y de mis hermanos?”-.

La mujer pidió a Fany que regresase otro día y le desvelaría el resto de la historia;

-“Hoy se hace tarde y ha sido un día largo y cargado de emociones”-. Antes de despedirse, les comenta -“¡Además, si os cuento todo hoy, no volveréis a visitarme!”-.

CAPÍTULO XXII

Fany y Felipe, viajaron en silencio todo el trayecto y aún después de llegar a casa, el silencio se había apoderado de ellos. Tras cenar algo y sentarse en el sofá, se mantenían distraídos.

Domingo por la mañana, el teléfono de Felipe suena muy temprano, su compañero Piquenque ha madrugado y quiere ir a ver pájaros. Fany, todavía en la cama, rechaza la invitación de Felipe.

-“Tengo que amueblar la cabeza”-. Se quedó sola en casa mientras él, trataba de hacer alguna captura visual de algún ejemplar poco frecuente o quizá desconocido con su compañero de trabajo.

Era un día de reflexión, mucha información que analizar, muchas preguntas contestadas que a su vez, provocaban otras muchas. Mientras observa la pared blanca del salón, hace anotaciones y preguntas cuya respuesta ordenaría el puzle de su vida pasada.

A las dos de la tarde Felipe llega a casa, nada más entrar, enseña entusiasmado las fotografías que ha podido hacer durante la mañana. Han estado en un nuevo y recóndito lugar que su compañero Piquenque había descubierto por casualidad mientras practicaba senderismo. Fany, observa foto a foto, buscando las diferencias de lo que para ella, es el mismo pájaro en todas ellas. Felipe explica y pone nombres impronunciables a cada una de sus fotos. Cuando su euforia había descendido, éste preguntó a Fany:

-“¿Cómo te ha ido la mañana?”-, ella muestra una decena de hojas grapadas con dibujos y esquemas.

-“¿Qué es eso?”-.

-“Mis dudas y las preguntas que quiero que me conteste doña Socorro lo antes posible”-. Felipe la besa en la frente, a la vez que le dice:

-“No te obsesiones otra vez, por favor”-. Ella no se toma muy bien sus palabras y hace un gesto de desacuerdo.

Lunes, seis de la mañana, el despertador de Felipe inaugura el nuevo día, mientras, Fany se tapa la cara con la sábana ante la molesta claridad de la luz de la habitación. Tras una ducha rápida desayuna, se viste mientras se cepilla los dientes con una mano, a la vez que trata de abotonarse la camisa con la otra. Se despide como de costumbre, con un tierno beso en la frente y sale a toda prisa de casa.

Una hora y media después, el despertador de Fany, avisa de la hora de abrir los ojos definitivamente. Se hace de rogar e intenta retrasar diez minutos la fatídica hora. Un ruido la espabila de sorpresa. Una canción, más que una melodía, se asemeja más a una nana. La conoce. Se levanta rápidamente, detrás de la puerta de la habitación, hay una barra de ducha que Felipe lleva meses diciendo que tiene que instalar en el baño. Armada con la barra metálica, entra en el

salón sigilosamente. Tamara está encima del sofá, de pie, observándola. Abraza su osito, a la vez que tararea una nana que a Fany le resulta muy familiar. Agarra con fuerza el utensilio metálico.

-“¿Qué quieres de mí?, ¿Por qué no me dejas en paz?”-. La niña termina su melodía, sonríe:

-“Quiero jugar contigo”-. Baja el tubo lentamente:

-“¿Eres Tamara verdad?, ¿Sabes que soy tu hermana?, ¿Me vas a hacer daño?”-. Sus preguntas no obtienen respuesta.

-“¡Vamos a jugar!”- pronuncia la fantasmagórica imagen de la niña -“¡Cuenta hasta diez y ven a buscarme!”-. Fany aprieta con fuerza el tubo metálico de su mano derecha, a la vez que cierra levemente los ojos. Cuando sólo llevaba contado hasta tres, abre los ojos muy despacio y la niña ya no está en el salón.

El día se presenta extraño en la clínica. Cinco pacientes a primera hora y un vacío hasta la una de la tarde, pone de manifiesto la jornada aburrida que les espera. Hace frío, el día está húmedo y a pesar de que no llueve, el aire gélido humedece su cara. Apresura el paso para ser la primera en coger sitio en la cafetería. Una de sus compañeras ya está leyendo el periódico mientras espera su café. Fany entra y tras ella, Pilar la cartera que le hace entrega de dos cartas.

-“¿Tomas un café Pili?”-.

-“¡Otro día, muchas gracias!”-. Antes de sentarse, Fany ojea su correspondencia por si hay alguna carta importante o urgente. El camarero se anticipó a ella y su desayuno ya estaba servido en la mesa y en su lugar habitual. La compañera pregunta:

-“¿Cómo te ha ido el fin de semana?”-.

-“Lleno de emociones”- responde ella entre dientes.

La primera hora de la jornada, se presenta completa pero tranquila. Dos blanqueamientos y un par de limpiezas. El día va avanzando con celeridad y sin complicaciones. El último paciente ya está en el gabinete a la espera de que lo atiendan. Fany entra acompañada de la odontóloga y ésta, tras estudiar la radiografía, no observa ningún daño, ninguna caries ni aparentemente ninguna razón para que este señor acuda a la clínica. El paciente, varón de unos cuarenta y tantos, no deja de mirar a Fany. La doctora se percata de la situación incómoda y se dirige a él para que le explique las molestias que le han traído. El caballero, sin dejar de mirarla preocupadamente, contesta:

-“Tengo sensibilidad dental”-. Su voz era perturbadora, una voz grave y ronca que las pone nerviosas. La doctora, pide a Fany que se retire y que solicite un relevo en recepción. El hombre se anticipa a su marcha:

-“Por favor, quédate”-. La colegiada la mira a los ojos y esta asiente con la cabeza. La mirada penetrante y oscura de aquel hombre provoca que la tensión en el reducido espacio impregne el ambiente.

No se encuentran daños ni razones que confirmen las molestias de las que aqueja este peculiar paciente. Le recomiendan una pasta especial ante posibles molestias futuras. La invitación educada de la doctora para indicar el fin de la consulta, no parece dar resultado. El caballero está de pie frente a Fany en una posición amenazante. La mujer, sin perder las formas,

invita al desconocido a solicitar una nueva cita en recepción. Con una voz ronca, pausada y conminatoria, el hombre se despide y se retira a la recepción de la clínica. Ambas se observan la una a la otra, Fany exhala profundamente y la doctora la calma:

-“Muy bien hecho, no te preocupes, ya se marchó”-.

A la salida del trabajo, dos de sus compañeras quedan con ella para tomar algo, son las ocho y media de la tarde y la calle ya está sin tránsito alguno. El frío no invita a abandonar el calor de las casas, si no es estrictamente necesario. Una de las compañeras cuenta que el fin de semana estuvo en casa de su suegra por primera vez. La muchacha relataba las meteduras de pata que había tenido y lo tensa que estuvo en compañía de los familiares de su novio. En poco tiempo, el grupo de compañeras tomó un tono fiestero, contagiándose unas a otras de los descuidos que en algún momento, ellas habían tenido con sus suegras. Fany había comenzado a participar en las confidencias y se había olvidado de los tensos minutos vividos antes.

Ya en casa, Felipe todavía no ha llegado. Entra en la cocina, abre la nevera, ojea con ímpetu, al cabo de unos segundos se percató que no hay nada apetecible para ella en ese momento y cierra la puerta de la nevera.

-“¡Ahhhhhhhhhh!”-, el grito de pánico que sale de su boca, enmudece el sonido de la televisión encendida. Tamara está pegada a su cara, la mira fijamente. Los movimientos oscilantes de la cabeza de la niña la atormentan y no puede emitir más sonidos, por más que lo intenta.

-“No has jugado conmigo y estoy enfadada”-. Tartamudeando y con una voz casi imperceptible y entrecortada le contesta:

-“Lo siento mucho, tenía que ir a trabajar y me olvidé de ti, no te enfades”-. En un parpadeo, se encuentra sola en la cocina, con la puerta de la nevera entreabierta.

Observa a su alrededor, tarda unos segundos en darse cuenta de que está completamente sola en casa. Con algo de desconfianza, se retira al salón. Coge un folleto de una conocida cadena de comida rápida a domicilio que estaba encima de la mesa del salón, frente al sofá. El cansancio le gana la batalla y en escasos minutos se queda dormida sentada. El timbre la sobresalta. Abre la puerta y recoge el pedido, apenas cierra la puerta, escucha como introducen unas llaves en la cerradura, Felipe entra en casa. Tiene cara de cansado pero al verla con las cajas de comida en sus manos, sonrío maliciosamente.

La cena transcurre con normalidad, intercambian impresiones y comentarios sobre el programa de televisión que les ameniza la noche. Felipe aprovecha los intermedios televisivos para hacer un breve resumen de su jornada laboral y los momentos más graciosos o más vergonzosos vividos el día de hoy.

Martes, seis de la mañana. Felipe se marcha pronto a trabajar mientras Fany duerme plácidamente. A las siete y media, el despertador no regala ni un minuto más de sueño, debe abrir los ojos y acallar el incómodo tono de alarma. Se levanta con las noticias y se da una rápida ducha, observa por la ventana, el día está nublado y húmedo. Sale temprano de casa. Aparca el coche en un lugar próximo, sin esforzarse mucho en la búsqueda. En la cafetería, ya están dos de sus compañeras que la saludan efusivamente a través de la ventana. Entra y el camarero prepara su desayuno al percatarse de su presencia. Pilar la cartera, le hace señas indicando que hoy no hay correo para ella. Sus compañeras charlan despreocupadas de las ofertas de una conocida tienda

online que han descubierto. Los precios son muy asequibles y los complementos, de lo más variopinto. Fany añade azúcar a su café y remueve con la diminuta cucharilla para diluirlo por completo. Observa ausente los giros del líquido en el interior de su pocillo y entra en una especie de trance que la aísla de la conversación.

Tras despertar de su letargo ojea la cafetería y después, observa las gentes por el ventanal. Un grito resuena en todo el local, el café derramado por la mesa presagia lo peor. El camarero acude corriendo y Fany, absorta y con la boca abierta sigue mirando por la ventana. Sus compañeras sobresaltadas y preocupadas siguen su mirada perdida y...

CAPÍTULO XXIII

¡Allí estaba!, frente a ellas, al otro lado del cristal; el hombre que justo el día antes la intimidó en la clínica. De pie, sin un parpadeo, inmóvil, serio y con unos ojos penetrantes que alcanzaban sus retinas. Su mirada era oscura, sin vida, aterradora, como de otro mundo. Su traje oscuro y su sombrero amedrentaban a todos los presentes en la cafetería. Solo podían observar indefensos al hombre desafiante a través del gran ventanal. El camarero limpia la mesa, sustituye el café por otro recién hecho a la vez que pregunta:

-“¿Estáis todas bien?, ¿Alguna se ha quemado?”-. Inquietas todas ellas, mirando a un único lugar, no contestan al empleado, quien persigue la mirada de todas ellas hasta el encuentro con el desconocido. Haciendo un leve movimiento el hombre comienza a caminar fuera del alcance de su vista. Las chicas piden al camarero si puede acompañarlas hasta la puerta de la clínica. Él, con extrañeza, acepta y sale acompañando a las trabajadoras durante los escasos metros que distan la cafetería de la clínica dental.

Fany, incapaz de olvidar el susto de primera hora de la mañana, temblorosa y confusa explicó a la odontóloga lo sucedido y ésta trató de tranquilizarla:

-“¡Ve a tu ritmo y cuando no te encuentres bien, te vas a casa!”-, ella le contestó que prefería quedarse allí, ya que Felipe llegaría tarde y hoy no vendría a comer a casa. A la hora del almuerzo, una compañera la invitó a comer a su casa, de esta manera no estaría sola. Ella accedió sin ninguna duda y ambas se fueron juntas. Fany envió varios mensajes a Felipe contando lo sucedido y éste, contestaba una y otra vez restándole importancia.

A la noche llegó a casa cerca de las nueve, la jefa había aparcado junto a ella y se habían acompañado mutuamente. Felipe ya estaba en casa y tras abrir la puerta, Fany le abraza fuertemente. Él acaricia su pelo con una mano, mientras usa la otra para presionar su pequeña espalda contra su pecho.

-“¡He pasado mucho miedo!”- exclama ella. Durante la cena, Felipe le sugiere que vaya a la policía a poner una denuncia y ella le contesta en tono arisco:

-“¿Qué van a hacerle, si él no me ha hecho nada?”-, la respuesta lo incomoda:

-“¿Si no te ha hecho nada, por qué esta preocupación?”-.

Siete y media de la mañana, el despertador suena y Fany abre los ojos con pereza.

-“¡Fany, Fany!”- una voz infantil reclama su atención, se tapa la cara con la sábana. -“¡Fany, Fany!”-. Suena el teléfono, Felipe se había marchado muy temprano para hacer el reconocimiento médico de la empresa y una analítica, que había solicitado para primera hora de la mañana. Coge el teléfono:

-“¿Estás despierta?, ¡Quería asegurarme de que no te habías quedado dormida!”-. Fany no quiere preocupar a Felipe contándole su despertar tan extraño.

Se marcha pronto para hacer unos encargos de primera hora antes de entrar al trabajo.

Aparca cerca de la clínica. La primera parada es en una copistería para recoger un encargo de la clínica, la siguiente parada, “Puntadas Carlos Mourente”, un costurero muy reconocido en la ciudad, donde Felipe había llevado tres pantalones días antes para recoger los bajos.

A escasos diez minutos de la hora de entrada en el trabajo, se apresura para intentar llegar a la hora del desayuno con sus compañeras. Unos pasos la persiguen, se detiene, mira hacia atrás y no ve a nadie. Continúa la marcha pero, los pasos siguen detrás de ella y vuelve a detenerse para mirar atrás. Cuando se gira para proseguir su marcha:

-“¡Ahhhhh!”-, Fany grita impactada, el hombre de la clínica, el mismo que el día anterior la había atemorizado estaba a escasos centímetros de su rostro. Frente a ella, serio, con el mismo traje negro y un sombrero oscuro, la mirada vacía e intimidante de días anteriores. Paralizada por el miedo no dice nada, se tapa la boca con ambas manos. Del hombre misterioso sale una voz profunda, grave y tétrica:

-“¡Nunca permitiremos que te quedes con lo nuestro!”-. Fany, asustada, observa como aquel desconocido se marcha y se pierde entre los callejones próximos. Tras recuperar el aliento, recoge las bolsas del suelo que se le habían caído tras el susto y comienza a correr. Tres calles la separan de la cafetería, se detiene ante el ventanal, sus compañeras ya no están, continúa corriendo hasta el portal de la clínica. Al subir, la recepcionista le pregunta por su acaloramiento y sus jadeos y ella le cuenta lo sucedido.

-“¿Quieres llamar a la policía?”-, asiente y la compañera prosigue: -“¡Cámbiate y en cuanto lleguen te aviso!”-.

A la media hora de comenzar la jornada, Fany recibe un aviso, la recepcionista, Noelia, le informa que la policía ha llegado y la está esperando. Se disculpa con el paciente y le solicita permiso a la odontóloga para ausentarse unos minutos. Una funcionaria le toma declaración y ella cuenta con pelos y señales cada detalle que recuerda del desconocido. La agente la informa que realizarán las pesquisas pertinentes y se volverán a poner en contacto con ella. Antes de irse, los agentes dan media vuelta:

-“¡Un momento!, ¿Ha dicho usted que el lunes había estado aquí este señor?”-, dirigiéndose a Noelia, a quien acto seguido le solicitan la agenda de ese día. -“Carlos Benavides Outón, ¿Le suena a usted este nombre?”-, Fany con cara de circunstancia niega con la cabeza a la vez que contesta:

-“El apellido Benavides, es de mi padre biológico y curiosamente Outón, es el de mi madre biológica”-. Los funcionarios, sorprendidos por la averiguación se despiden y se retiran.

A la hora del almuerzo, Fany cuenta lo sucedido a Felipe y éste con preocupación, le propone tomarse unos días de asuntos propios para acompañarla:

-“¿Y si mañana vamos a ver a doña Socorro?”-, piensa detenidamente durante unos segundos y asiente con la cabeza.

Por la tarde, Felipe la acompaña al trabajo.

-“¡No te olvides de pedir los días!”-. Se despiden y Felipe se marcha.

Ocho de la mañana, suena el despertador y los dos se levantan al mismo tiempo, desayunan

algo rápido y cogen el coche para comenzar el viaje al pueblo.

Doña Socorro no tarda en recibirlos:

-“¡Qué madrugadores!”-. Los invita a pasar. Tras ofrecerles asiento, sirve café y pastas, a la vez que se sienta en su mecedora. Fany, sin dilaciones, le pregunta por el nombre que aparecía en la agenda de la clínica:

-“¿Quién es Carlos Benavides Outón?”-.

-“¡El demonio hija mía, el puro Lucifer y su hermano, su aliado!”-. Ella muestra gesto de no entender nada-“¡Son tus hermanastros!”-. Se miran con incredulidad.

-“¿Mis hermanastros?”-.

-“Si, ellos nunca aceptaron vuestro nacimiento, la sangre de sus venas no era pura y el elixir maligno del zapatero había impregnado a los muchachos, violentos con vuestra madre y amenazantes con vosotras. El Señor intentó, por todos los medios, crear un ambiente equilibrado en la finca, pero no tardó en darse cuenta de que ambos estaban demasiado envenenados. Tiempo después, tuvo que enviarlos a Suiza para vuestra seguridad personal”-. Fany observa una fotografía en el salón. Dos niñas muy pequeñas sentadas bajo un árbol.

CAPÍTULO XXIV

Doña Blanca estaba muy triste, sabía que tenía cuatro hijos pero, solo las niñas se habían ganado el cielo. Las cartas del internado eran frecuentes y los avisos de expulsión de los muchachos constantes. El señor Fermín, enviaba grandes sumas de dinero para solicitar paciencia al director del centro. Nunca se supo nada más de ellos, salvo que uno de ellos había sido expulsado por morder a un alumno en la mano y amputar su dedo. Tiempo después, el Señor pagó el pasaje a los dos para que se fueran a vivir con un tío lejano con el que casi no había relación alguna, pero que accedió a cuidar de los muchachos, que poseían por aquel entonces una edad madura y complicada, a cambio de una manutención suculenta por parte de Fermín.

Después del accidente de Tamara, la familia se truncó y la infelicidad atormentó sus vidas. Doña Blanca, adicta a los tranquilizantes que un día le había recetado el médico. El Señor, sumido en una depresión que lo llevaba a la autodestrucción y al alcoholismo.

Los acreedores presionando el inminente cierre de la fábrica y Fany, bajo los cuidados de doña Socorro, alejada de la realidad que se le ocultaba. Tras el cierre por falta de gestión en la dirección y la pérdida de confianza de los proveedores, el señor Fermín intentó echar a todo el servicio de la mansión. Doña Blanca se opuso y a pesar de que, por momentos perdía la cordura, sabía que los necesitaba para seguir adelante y defender lo que tenían. Él no hacía más que llorar por las esquinas en silencio. La dura situación que se vivía en la propiedad era difícil de sobrellevar para cualquiera. Había perdido a sus padres años atrás y era un hombre muy querido en el pueblo y muy respetado pero cuando sucedió el accidente, el lugar se quedó impregnado por el dolor.

El patrón dejó de ir a trabajar y doña Blanca ya no volvió a ser la misma desde día. Nadie llevaba ya la contabilidad, ningún encargado sabía como gestionar los pedidos, ni cerrar los tratos que el jefe hacía siempre en solitario. Empezó a escasear el dinero y la competencia se aprovechó de ello.

CAPÍTULO XXV

Doña Socorro exclama:

-“Estoy muy fatigada, los ojos me pesan y no creo poder revelaros mucho más sobre la historia”-. Comprendiendo que el cansancio hacía mella en la mujer, deciden retirarse para dejarla descansar.

Salen del edificio y caminan en silencio uno al lado del otro. La información recibida, los ha dejada exhaustos a la vez que conmocionados. Durante el viaje en coche de vuelta a casa, Fany comenta a Felipe su idea de buscar un detective privado, algo que él no comparte:

-“¡Eso puede resultar muy costoso!”-

Ella insistía una y otra vez en continuar con la investigación, hasta que él accedió a sus peticiones; con la única condición de imponer sus reglas y sus límites. Fany asiente con la cabeza.

A la mañana siguiente, desde muy temprano, Fany se encuentra frente al ordenador, Felipe se levanta, el teclado lo había desvelado. Tiene numerosas páginas de internet abiertas y ojea con interés cada una de ellas. Él se pronuncia:

-“¿Por qué no empezamos por el centro de salud mental donde se le perdió la pista a tu padre?”-. Mira a Felipe:

-“¿Cuándo?”- Pregunta entusiasmada.

-“¡Vístete a prisa!”-.

Todavía no había llegado Felipe a la puerta, cuando Fany lo sorprende por detrás, él la observa de arriba abajo:

-“¿Por qué cuando tenemos que ir a algún sitio, no te preparas así de rápido?”-. Cogen el coche, marcan la dirección en el GPS, espera a que este le muestre las indicaciones para ir lo más directo posible, al Psiquiátrico de las Llaves, último paradero conocido del señor Fermín. Un viaje muy largo por la costa.

La llegada al centro, se demoró un poco más de lo previsto, según las indicaciones del navegador. Una hora exactamente, entre los atascos del tráfico y unas cuantas paradas.

Llegaron a la puerta principal del Psiquiátrico de las Llaves. Observaban absortos el tético lugar. Los jardines estaban recién cortados, destacaban abundantes árboles con fantasmagóricas siluetas; decenas de cuervos apoyados sobre las gárgolas que presidían las escaleras de entrada. Las incalculables ventanas con barrotes que asolaban el edificio, eran reflejo del cautiverio de las cientos de miradas que se posaban en ellos.

Bajan del coche con recelo. Nerviosos suben una a una las veinticuatro escaleras de acceso hasta la puerta principal. Una escalofriante puerta de madera, marca la frontera entre la libertad y la reclusión. Tallada a mano artísticamente, el portón muestra dibujos de serpientes y altas ascuas de fuego, así como media docena de hombres y mujeres que observan al cielo. El vello de Fany se

eriza, Felipe ante su asombro exclama:

-“Da la impresión de ser la entrada a un purgatorio del que no se puede salir”-. Un pulsador moderno a un lado de la descomunal artesanía, destaca entre el ambiente vintage y clásico gótico del exterior. Pulsan por dos veces el timbre. Un crujido estremecedor los sorprende. La gran puerta se abre ante ellos. Al otro lado, una señora con aspecto de enfermera o auxiliar, los ojea atentamente:

-“¿Qué desean los señores?”-. Fany pregunta:

-“Nos gustaría hablar con un responsable del centro, por favor”-.

-“¿Qué desean los señores?”-. Incómoda ante la repetitiva mujer, vuelve a preguntar:

-“¿Hay algún responsable en este centro?”-.

-“¿Qué desean?”- repite de nuevo.

-“Buscamos a mi padre”-. Se hace a un lado y los invita a pasar. La gigantesca puerta se cierra tras ellos, provocando un rugido aumentado por el eco de la inmensidad de aquel hall.

El hall, constaba a ambos lados, de puertas de metal con barrotes de un color azul claro. Dos hombres en camión vagan por los pasillos. Uno de ellos, lleva un soporte de ruedas en el que varias bolsas se conectan a él a través de una vía y el otro camina con las manos en el bolsillo mirando al suelo. Felipe observa como uno de ellos, pisa las baldosas del suelo en su totalidad y cada tres baldosas cambia de fila para caminar y pisar otras tres y volver a cambiar de fila. El olor a cerrado golpea a los recién llegados. Las paredes amarillas, los cristales de las ventanas casi opacos por la suciedad y un sonido a tuberías sobre sus cabezas, provocan una incomodidad latente.

La trabajadora, camina hasta una mesa similar a un escritorio situada en mitad del pasillo, una silla de piel blanca rota y desgastada le sirve de descanso. Una libreta encima de la mesa y un flexo viejo forman la recepción del centro. Se dirige a Fany:

-“¡Dígame el nombre de su padre, si es tan amable!”-.

-“Fermín Benavides”-. Busca entre las hojas de la amarillenta libreta, los centenares de nombres plasmados a bolígrafo de distintos colores sobre las hojas malogradas del cuaderno. La pareja se mira.

-“No, no está en este centro, lo siento”-.

-“¿Cuándo se fue?”-

-“No, no está en el sanatorio”-. Fany, incómoda con la actitud de la mujer insiste:

-“¿Puede decirme cuando se marchó?”-.

-“No, el nombre citado, no está en nuestra lista”-. El enfado de la joven se hace notar:

-“¿Podemos hablar con su superior, por favor?”-.

-“¿Para qué?”-.

-“Señorita, estoy buscando a mi padre y quiero saber dónde está”-.

-“Aquí no está”.

Felipe da un golpe en la mesa,

-“¿Quién manda aquí?”-. Sonriendo le contesta:

-“No se enfade, caballero”-. Alzando la voz:

-“¿Podemos hablar con el director, por favor?”-. La sonrisa de la mujer le pone más nervioso todavía.

-“Caballero, cálmese por favor, ¿Si la persona que me han dicho no está aquí, para qué quieren hablar con el director?”-.

Felipe contesta en tono burlesco:

-“¡Porque creo que estoy empezando a volverme loco!”-. Lo observa muy seria, se pone en pie apartando la silla con las piernas:

-“¡Aquí no hay locos señor!”-.

-“¿Puedo hablar con el director de este sitio o le pongo una reclamación?”-.

La mujer se sienta sin dejar de mirar fijamente a Felipe. Abre un cajón situado al lado de su pierna izquierda y saca de su interior un teléfono inalámbrico, pulsa dos números en el teclado y lo pone sobre su oreja:

-“Tiene visita señor; no, no, no, sí, síiiii”-. Sonríe y cuelga el teléfono.

-“El señor don Luis Castro les espera en su despacho. Continúen hasta el final del pasillo, allí encontrarán un ascensor, bajen al sótano pulsando -2 y él les atenderá”-.

Continúan por el extenso pasillo hasta llegar al ascensor. Un artilugio prehistórico, pequeño y lento, sin puerta y con un enrejado metálico de apertura manual. Nada más abrirse la puerta, Fany da un bote hacia atrás. La sorpresa de ver a un hombre sonriente pegado a la reja del ascensor la asusta, acelerando su pulso.

-“¡Buenas tardes!, ¿En qué puedo ayudaros?”-.

Fany pregunta al directivo por su padre, el hombre sin dejar de sonreír, dice no conocer tal nombre. Felipe interrumpe, le hace un breve resumen de las razones por las que han acudido hasta allí, los kilómetros que distan de su casa y la impotencia de una hija que necesita saber algo de su padre.

El hombre, sin dejar de sonreír, los observa fijamente:

-“¡Acompañenme, por favor!”-. Le siguen hasta un despacho situado dos puertas a la izquierda después de salir del ascensor. El despacho es grande, acogedor, tiene la calefacción puesta, mucha iluminación, flores en las distintas mesas e innumerables cuadros de paisajes en las paredes. El escritorio es amplio, una mesa maciza de madera, con un ordenador aparentemente de última generación. El hombre se sienta frente al ordenador y teclea con destreza y celeridad.

-“Su padre nos visitó y se hospedó aquí tras ser trasladado de la prisión provincial. Aquí estuvo alojado ochenta y siete días y una resolución judicial nos obligó a invitarlo a abandonar el complejo”-.

El directivo, sonriente, los observa por encima de unas diminutas gafas posadas en la mitad de su nariz.

-“¿Desean algo más?”-.

-“¿Sabe usted, a dónde ha podido ir?”- pregunta Fany.

-“Nos limitamos a tratar a nuestros pacientes en el centro, señorita, no fuera de él”-.

Miran al hombre, esperan una prolongación de la respuesta, sin obtener resultado alguno. Este continuaba mirándolos con su sonrisa permanente, en silencio, sin mover un músculo e impregnando el despacho de una tensión invisible. Se levantan de los cómodos sillones y se dirigen a la puerta. Felipe pone su mano sobre el picaporte, pero antes de abrir se gira:

-“¿Sabe usted, por casualidad, cuál es su domicilio actualmente?”-. El representante del centro introduce la mano en un cajón del escritorio, saca un bol que pone sobre la mesa a la vez que se reclina sobre su sillón. Felipe se acerca con cautela hasta el bol y observa su contenido. Fany también se aproxima, siguiendo sus pasos:

-“¡Cojan una piruleta cada uno, por favor!”-.

CAPÍTULO XXVI

Fany, indignada, se gira violentamente y abre la puerta seguida de Felipe. Salen del despacho y se dirigen al ascensor. Dos puertas a la izquierda debería ser el lugar de ubicación del elevador pero, curioso a la vez que escalofriante, el ascensor no está donde creían que debería estar.

Felipe gira sobre sí mismo, al fondo del pasillo un cartel luminoso que indica “SALIDA”. Se aproximan hasta el letrero y encuentran unas escaleras. Comienzan a subir, el olor es nauseabundo, las escaleras están sucias y el techo muestra un color entre marrón y gris, con ligeras manchas de humedad. El joven exclama:

-“¿Si estamos en el piso menos dos, debemos subir dos plantas!”-. El enorme pasillo por el que entraron está vacío y nadie recorre sus baldosas.

-“¿No estaba la mesa de recepción aquí?”-. Él asiente con la cabeza, mira hacia los lados mientras camina por la inmensidad del pasillo, buscando a alguien en el sanatorio. La puerta de salida está entreabierta, y Felipe debe hacer mucha fuerza para poder salir. En el exterior, el día está soleado y al salir se deslumbran ante tanta claridad.

Se suben al coche.

-“¿Te has dado cuenta de que no le hemos dicho al director el nombre de mi padre para que lo buscara?”-. Felipe contesta:

-“¿Te has dado cuenta que el reflejo de las gafas del director, reflejaban que el ordenador estaba apagado?”-.

Apenas transcurridos unos kilómetros desde la salida del centro sanitario, detienen el vehículo en una gasolinera próxima. Aprovechan para echar combustible, mientras ella acude al aseo. Se mira en el espejo mientras el secador retira la humedad de sus manos recién lavadas. Tiene ojeras, los ojos vidriosos y fatiga, desea llegar a casa y echarse un rato. Tras salir del aseo encuentra a Felipe en el mostrador, habla con el dependiente. Se dirige a ella cuando sale:

-“Este chico me dice que no podemos venir de ningún centro”-. Fany observa al dependiente, este asiente con la cabeza.

-“Su pareja me ha preguntado por las referencias del centro de salud mental Las Llaves, justo el que está aquí detrás y yo le he dicho que lleva cerrado años”-. Se miran extrañados, el dependiente pasa la tarjeta que Felipe le ha dado para pagar el combustible. Antes de salir del establecimiento, Fany pregunta al trabajador:

-“¿Existe otro psiquiátrico próximo a esta gasolinera?”-, el dependiente extrañado por la pregunta responde:

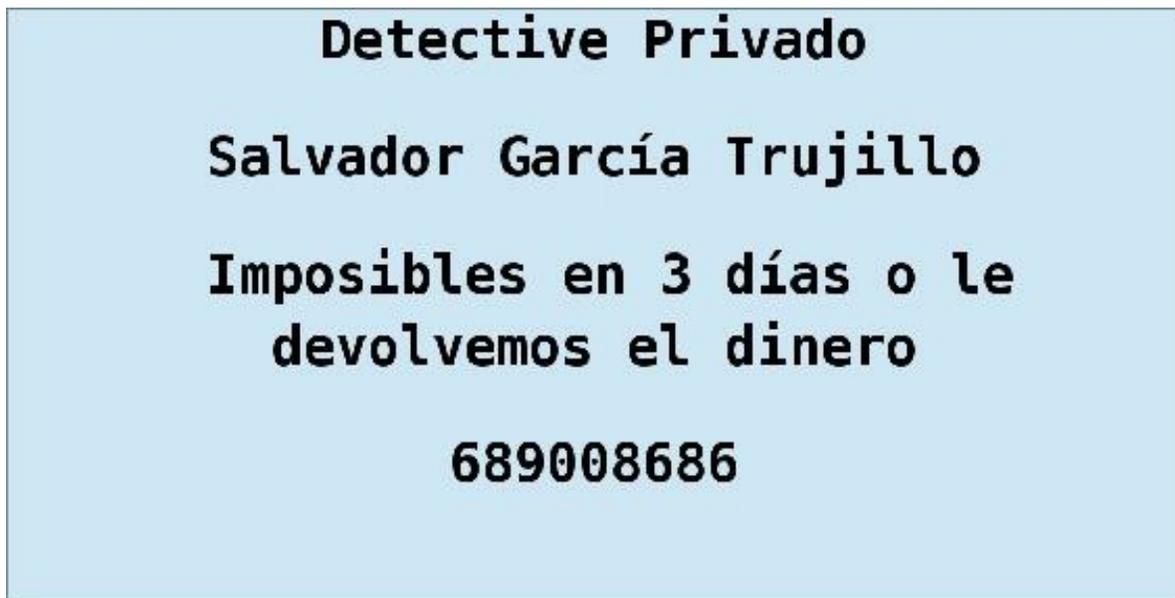
-“No, no hay ninguno, solo el que les he dicho que cerró hace muchos años”-. Abandonan el establecimiento y se suben al coche. Felipe se detiene en la salida de la gasolinera y observa el tramo de carretera que han recorrido hasta allí. Bruscamente hace un cambio de sentido y vuelve siguiendo sus pasos hasta la clínica donde les habían atendido hace escasos minutos.

Trata de recordar los cruces que había cogido para llegar al destino. Detiene el vehículo.

Frente a ellos una verja oxidada. Salen del coche y el estupor y el miedo los engulle. El Psiquiátrico de Las Llaves está en ruinas, los jardines abandonados y numerosas ventanas rotas. El candado de la verja también está enmohecido. Ambos aprecian que el acceso al edificio se encuentra inalterado por el paso de vehículos. Se miran asustados, Fany muy afectada le suplica:

-“¡Vayámonos de aquí cuanto antes!”-.

Fany abre un cajón del armario del salón y coge la guía telefónica, Felipe está en la cocina, sentado frente a un vaso de leche fría, con la mirada perdida. Busca en el interior y encuentra un anuncio que le llama la atención.



Detective Privado

Salvador García Trujillo

**Imposibles en 3 días o le
devolvemos el dinero**

689008686

Concierta una cita con él solicitándole la mayor celeridad posible.

Es la hora de cenar y todavía no se han dirigido la palabra. Felipe vaga por el pasillo. Fany se acerca a él y lo abraza por la espalda:

-“¿Estás bien?”-

-“¿Crees que puedo estar bien después de lo de hoy?”-.

-“¡Vamos a descansar un poco!”-. Se lleva de la mano a Felipe hasta el sofá y lo tumba acomodándolo con un cojín bajo la cabeza:

-“Mañana he quedado con un detective”-. Él responde en voz muy baja:

-“No quiero seguir con esto”-. Ella trata de convencerlo para hacer un último intento:

-“Si él no consigue nada, lo dejaremos, ¡Te lo prometo!”- asiente sin titubear. Felipe cierra los ojos, mientras tanto, ella escribe en una libreta anotaciones que cree importantes para su cita con el detective.

A la mañana siguiente se acercan al centro de la ciudad, una oficina situada en un centro comercial. Ella con un papel en la mano, busca la oficina número cuarenta y seis. Casi al final del pasillo de la segunda planta, se encuentra el despacho señalado. Una mujer les abre la puerta y los invita a pasar, les ofrece asiento y esperar en una sala contigua. A los pocos minutos, les indica que pueden pasar.

-“¿Fany, verdad?, ¡Soy Salvador!”-. Tomaron asiento, el detective le solicita un resumen de la historia que la llevó hasta él. Ella explica las averiguaciones que había realizado hasta la fecha y las razones de tal investigación.

El detective toma nota de todo y aclara con Fany datos que le parecen confusos. También solicita recortes de prensa, cartas y demás pruebas que le pudiesen ayudar a establecer una búsqueda en el menor tiempo posible. Tras hablar de los honorarios y firmar un contrato de confidencialidad, el detective se despide señalando que en tres días como máximo, se pondrá en contacto para darle noticias al respecto.

Nada más salir de su entrevista, deciden coger el coche y poner rumbo al pueblo costero. Necesitan que doña Socorro les cuente algo más, para poner punto y final a la historia.

-“¿Tienes hambre?”-. Fany asiente. Se detienen a escasos kilómetros en un mesón a las afueras. Ella se sienta en la mesa y ojea la carta:

-“¡Voy un momento al servicio!”-.

-“¿Qué te pido de comer?”-

-“¡Lo mismo que tú!”-.

El aseo era antiguo, la luz se encendía mediante un pulsador con temporizador, la iluminación era escasa y la bombilla denotaba un color amarillento. Fany está sola en el aseo pero tiene la sensación de ser observada. Abre la puerta del lavabo con precaución. No hay nadie más que ella. Tira de la cisterna, se dirige al lavabo y echa un poco de jabón en la palma de la mano. Levanta la mirada tras escuchar un ruido detrás de ella y trata de ojear a través del reflejo del espejo, de donde procede aquel sonido.

-“¡Ahhhhhhh!”-. Se gira rápidamente agarrándose con fuerza al toallero. Tamara está observándola y su madre está a su lado, cogidas de la mano, inmóviles. Blanca posee una mirada llena de oscuridad y la tez extremadamente pálida. La pequeña, agarrando fuertemente su osito de peluche observa a Fany de arriba abajo.

-“¿Qué queréis de mí?”-. La luz se apaga de repente.

-“¡No por favor, no!”- grita desconsolada. Una mujer abre la puerta del aseo y pulsa el temporizador para encender la luz. Fany, sorprendida y con la respiración acelerada, mira hacia donde estaba su familia.

-“¿Chica, estás bien?”-. Se acerca con cautela hasta ella.

-“Si, estoy bien, me había asustado al irse la luz”-. Sale del servicio y Felipe la observa, espera junto a la comida, ya servida en la mesa:

-“¡Tienes mala cara!”-.

-“Come tranquilo, se te va a enfriar”-.

CAPÍTULO XXVII

Doña Socorro había servido pastas como de costumbre y café recién hecho. Mientras, ella tomaba una taza de té.

-“Había muchos intereses en destruir a tu padre, él había sabido buscar fortuna sin la ayuda de nadie. Cuando llegó al pueblo, anuló involuntariamente a las demás metalúrgicas, algunas, empresas pequeñas que regentaban familias desde hacía varias generaciones. Ya nadie quería trabajar en otro sitio que no fuera la fábrica del señor Fermín. Un empresario extranjero muy poderoso, había invertido en metalurgia en varios países. Se dice que había recibido ofertas millonarias de este empresario y por lo que sé, no las había aceptado. Cuentan los allegados, que el empresario enfadado, en una conversación, se encaró con tu padre amenazándolo con la ruina. Nunca se pudo comprender, cómo este hombre al final logró su fin, siendo el único pujador en la subasta tras su embargo”-. Detrás de doña Socorro se encuentra Tamara a un lado y su madre al otro. Una estampa aterradora que ha enfriado la habitación de un momento a otro. Sin percatarse ninguno de los presentes, Fany ve como Blanca señala una foto del empresario situada en la mesa camilla.

-“¿Dónde está él ahora?”-, pregunta Fany.

-“Eso es más complicado tesoro, tu padre fue condenado por algo que no había hecho, todavía después de saberse la verdad, el pueblo ya lo había sentenciado de por vida. No entiendo de leyes, ni de justicia, no entiendo por qué entró en la cárcel y tampoco, por qué se le perdió la pista en Las Llaves. Desconozco si está vivo o si está muerto”-.

Tamara sienta su peluche sobre doña Socorro y coge su mano, ella parece percibir la presencia del objeto sobre su regazo. La mujer, tras notar el frío, aprieta su mano como si pudiera percibir el tacto de la niña. Su cara palidece, la respiración que emana de ella desprende vaho y se puede ver como ella se incomoda ante ese frío.

-“A veces, hija mía, el pasado te deja indagar hasta un punto específico y después, el mismo, impide que continúes retrocediendo”. Doña Socorro se mira la mano que toca Tamara y haciendo un leve movimiento de dedos, prosigue -“Aunque los fantasmas del pasado te persigan por ello”-.

Poco a poco, es vencida por un sueño improvisado. Fany aprecia como Blanca toca la cara de la mujer, tratando de limpiar las lágrimas que descienden por sus mejillas, provocando con ello, su letargo. Felipe, ignorante de lo que está sucediendo, y con ansias de saber más, llama una y otra vez a doña Socorro, sin obtener respuesta.

-“¡Déjala, debe descansar!”-. Fany lo convence para que cese en su intento de despertarla.

-“¿No crees que debe contar todo de una vez y no hacerte sufrir más?”- replica Felipe.

-“Créeme cariño, esta mujer sufre mucho más que yo. Los fantasmas del pasado, no permiten que se olvide de su pecado”-. Él conmocionado por el sin sentido de esas palabras, se levanta de su asiento y sigue los pasos de Fany hasta la puerta.

Lunes, seis de la mañana, Felipe se levanta temprano para comenzar el día. Desayuna un café con leche y una tostada de mantequilla. Se marcha al poco tiempo, tras despedirse con un beso. Una hora y media después, a las siete y media, suena el despertador. Fany abre los ojos con mucho esfuerzo

-“¡Mamáááá!”-. Tras acostumbrar sus ojos, a la iluminación de la habitación que entraba por el hueco de la persiana, pudo ver como Blanca estaba vigilando su sueño. Grita asustada. Su madre sonrío y desaparece. Fany se incorpora sobre la cama.

-“¡La he llamado mama!”- piensa en voz alta. Revisa cada rincón de la habitación buscando al espectro y pone las noticias para no sentirse sola.

Sale de casa como de costumbre y aparca con gran facilidad en la calle transversal a la clínica. Las compañeras ya están sentadas en la cafetería pero todavía no les han servido el desayuno. Pilar la cartera, le entrega la correspondencia justo en el momento que ella abre la puerta del establecimiento. El camarero trae de una atacada, todos los desayunos y a continuación, una gran bandeja de churros recién hechos.

Las chicas ojean la agenda del día. A Fany, se le presenta una mañana de limpiezas bucales y la odontóloga, pone en pre aviso a todas ellas nada más entrar, de que no podrán ir a comer a casa, debido al exceso de pacientes y la avería de un gabinete que se encuentra en reformas.

Antes de la hora del almuerzo, la recepcionista llama a Fany a recepción. La policía espera en el mostrador de la entrada:

-“Hace unos días, usted nos ha llamado para informar del acoso de un sujeto”-.

-“Cierto”- contesta ella a la vez que asiente con la cabeza. La agente prosigue:

-“Hemos contactado con el caballero en cuestión y hemos procedido a su detención, al averiguar que poseía causas pendientes. Solo queríamos informarla, que durante un tiempo, no volverá a molestarla”-. Fany con duda pregunta:

-“¿Saben por qué me acosaba a mí?”-.

-“Lo desconocemos, lo que sí le podemos afirmar, es que durante un tiempo muy largo, este sujeto no la molestará más”-. Los dos agentes se despiden mientras Fany, se queda apoyada en el mostrador asimilando con incredulidad, la información recibida.

Las chicas hacen turnos para comer y los pacientes son atendidos a la mayor celeridad, durante toda el día.

Antes de salir del trabajo, conecta el volumen de su teléfono móvil y puede ver varias llamadas perdidas de un número desconocido. Al devolver la llamada, identifica la voz del otro lado. El detective le solicita un encuentro urgente.

Salvador García la espera en la cafetería donde cada mañana desayunan. Una carpeta de cartón ante él pone nerviosa a Fany nada más entrar. El detective espera a que tome asiento, seguidamente, pone frente a ella dos fotografías.

-“¿Mis hermanastros, verdad?”-. El investigador cuenta como esta madrugada, uno de ellos fue detenido por provocar una pelea en un local nocturno y tras su detención, pudo comprobarse

que poseía causas pendientes por alteración del orden público, desobediencia y varias causas de más gravedad en el país vecino. Fany, temblorosa, coge una de las fotografías entre sus manos y la observa detenidamente:

-“¡Este fue el que me asustó!”-.

-“¡Ya no tienes nada que temer!”-.

El detective, cuenta que su otro hermano está en paradero desconocido desde hace mucho tiempo y que fuentes de la policía lusa, lugar donde constaba su última residencia, creen que incluso pudiera estar fallecido.

-“Tiene una orden de busca y captura, debido a la posible vinculación con un fallecido en extrañas circunstancias”-. Mira fijamente a Salvador:

-“¿Qué quieren de mí?”-.

-“Escucha con atención”-. El detective relata una de las hipótesis de la policía, en la que explica cómo sus hermanos, desde hacía tiempo, podrían haber preparado, un entramado para quedarse con los bienes de la familia de forma fraudulenta. Fany interrumpe al detective:

-“¿Qué bienes?, según doña Socorro, mis padres se habían quedado sin nada”-.

-“Verás, se sabe que la familia tiene algún dinero en cuentas en el extranjero, propiedades por distintos lugares del mundo, e incluso obras de arte de importante valor”-. Ella se queda ensimismada escuchando lo que relata el investigador. -“Es muy posible que tu hermano quisiera asustarte, para que dejaras de hacer preguntas y buscar información que pudiera comprometer el descubrimiento de la herencia”-.

Fany despierta de su letargo:

-“¿Mi padre está muerto?”-. El detective le replica:

-“Desaparecido sí, muerto, nadie lo sabe”- afirma. Inquieta, vuelve a preguntar:

-“Si no está muerto. ¿Por qué se habla de herencia?”-.

Salvador prosigue:

-“La ley permite declarar a la persona que ha desaparecido durante un cierto tiempo y bajo unas determinadas circunstancias como fallecido”-.

Fany mira su teléfono varias veces, busca mensajes o llamadas de Felipe.

El detective explica que, cuando se hizo la investigación, tras la muerte de su madre, se encontró un escrito de últimas voluntades y en él, ella era la única beneficiaria de todo el patrimonio de la familia por haberlo recibido directamente de Fermín, quien posiblemente, se esperaba el futuro embargo.

Salvador le pide un par de días más, para atar unos cabos sueltos y en una próxima visita, poder dar por finalizada la investigación. Él se levanta y Fany agarra su brazo:

-“¿En verdad, no sabes nada de mi padre?”-. El hombre, mira a su alrededor y vuelve a tomar asiento:

-“Verás, hay comentarios que dicen que tu padre murió en la cárcel. Otros atrevidos, dicen que donde falleció, fue en el Psiquiátrico de las Llaves. Los hay incluso, que dicen que fue asesinado por tus hermanos al igual que tu madre”- Salvador se levanta de nuevo: -“Yo tengo mis teorías y otros, tendrán las suyas pero, si has venido a buscar respuestas fidedignas, yo te he dado las que considero reales. Lo demás son mitos, creencias y leyendas, que no te llevarán más que a aflorar el dolor y alterar tu paz interior”-. Fany no puede evitar que de sus ojos, emanen cientos de lágrimas y sus intentos en vano por controlarlas.

Antes de marcharse, Salvador puntualiza:

-“Desconozco la razón exacta del por qué se suicidó tu madre, pero sí sé, que ambos te querían mucho y dejaron todo muy bien atado, para asegurar tu futuro”-.

CAPÍTULO XXVIII

Cabizbaja, se encuentra extasiada, asimilando la información, sentada en la cafetería en soledad, inmóvil y en silencio. El café frío todavía no tiene azúcar y el pequeño cruasán que le ha dejado el camarero sigue intacto.

Suena el teléfono, mira la pantalla. Quiere coger la llamada pero sus manos no quieren obedecer.

-“¿Dónde estás Fany?”-. Descuelga con un dedo la llamada, pero no emanan palabras de su boca para contestar a Felipe.

Dos horas después, llega a casa y Felipe la espera sentado en el sofá. Con la televisión apagada, las luces tenues y en total silencio. Se sienta a su lado. Felipe escucha con atención las averiguaciones del investigador. Tras una pausa silenciosa de unos minutos:

-“¡Siguen quedando asuntos sin responder!”-.

-“Necesito visitar a mis padres, ellos pueden desvelar como comenzó todo”-.

Llama a su madre, hablan durante minutos del tiempo, del trabajo, de cómo les van las cosas. Fany decide explicar la razón de la llamada, su madre, ante tal descubrimiento le cuelga el teléfono. Triste y desesperada, comienza a llorar sin poder controlarlo. Felipe la observa, está dolido y enfadado. Coge su teléfono y se marcha a la habitación contigua.

Abatida, sale a un pequeño patio de luces que tiene su piso en la zona de la cocina. Allí, en cuclillas se tapa la cara con las manos y llora desconsoladamente. Un frío intenso recorre sus manos, abre los ojos. Sus sollozos se ven interrumpidos, el llanto da paso al miedo, Tamara está a su lado. Los ojos sin vida, negros como el carbón de aquella niña, la impactan. Quiere levantarse, pero una fuerza sobrenatural se lo impide. Tamara se acerca todavía más a ella, tiende su mano y le acaricia la cara. Deja de sentir miedo, su hermana está ahí, la niña sonrío y le da un beso en la mejilla. Fany baja la cabeza:

-“¿Qué puedo hacer ahora?”-. Las lágrimas vuelven a inundar sus ojos. Alza la vista pero Tamara ya no está.

Unos minutos después aparece Felipe. Fany está absorta, mirando el lugar donde vio a su hermana. Él, posa la mano sobre su hombro:

-“Hemos quedado en veinte minutos con Adolfo”-. Sin relatar lo acaecido hace escasos minutos, responde:

-“No creo que mi padre quiera ayudarme con esto”-. Él, con gesto de ánimo sentencia-“El no ya lo tenemos”-.

Se acercan al bar donde han quedado, al pasar por el ventanal, Fany puede divisar a su padre en el interior, sentado solo, mientras mira una carta de aperitivos. Lo saluda con miedo:

-“Hola papá”-. Adolfo la mira y se pone en pie:

-“¿Cómo estás mi pequeña?”-. El padre se interesa por su estado. Tras una conversación de acercamiento, Fany interrumpe a su padre:

-“¿Cómo empezó todo?”-. El padre entrecortado, siente incomodidad ante la interrupción de su hija, aun así, prosigue:

-“Todo empezó en los años ochenta, tu madre y yo, recién casados. Tu abuelo nos había regalado el piso en nuestra celebración. Todo era perfecto. Entusiasmados los dos, hablábamos de como comenzar cuanto antes a formar nuestra propia familia. Tras varios intentos fallidos, tu madre y yo fuimos a un médico local que nos hizo un chequeo. Los resultados de las pruebas fueron demoledores para tu madre. Tenía Salpingitis, que consistía en la inflamación de las trompas de Falopio, la cual, puede producir esterilidad si no se administra un tratamiento a tiempo. Claramente llegábamos tarde al tratamiento y la falta de soluciones médicas, provocó que tu madre cayera en una espiral de depresiones consecutivas. Con el paso del tiempo, empezamos a hablar de adopciones y tu madre todavía reacia, aceptó a regañadientes. Cierta día, una asistente social que conocía nuestro caso, nos llamó y nos dijo que una niña huérfana estaba malviviendo con una anciana y que era hora de buscarle una familia de verdad”-.Felipe aprovecha para cortar el silencio dejado por Adolfo.

-“¿No investigasteis nada antes de adoptarla?”- Padre e hija se miran a los ojos.

-“Fue tan rápida la recuperación de tu madre cuando llegaste a casa... ¿Para qué hacer preguntas?”-.

Fany aprovecha la interrupción del camarero con las consumiciones, para salir del local y hacer una llamada de teléfono. Al cabo de un rato, vuelve a entrar en el local. Toma de nuevo asiento:

-“¿Pagasteis algo por mí?”- El padre, con sorpresa, contesta rápidamente:

-“¡Nada de nada!”- Adolfo en voz baja parece balbucear algo y Felipe le toca un brazo:

-“Lo curioso es que los trámites fueron demasiados rápidos con relación a lo que nos habían contado”-. No obtienen más respuestas por parte de Adolfo, quien le pide a Fany que visite a su madre, la cual está muy afectada por su distanciamiento. Un fuerte y largo abrazo, pone fin a la entrevista con su padre que sale del local cabizbajo.

Siete y media de la mañana, Se levanta como cualquier otro día, abre los ojos tímidamente. Mira el teléfono, dos mensajes del detective de hace escasos cinco minutos.

-“Te espero para tomar café”-. Se levanta de un salto, se viste rápidamente y sale corriendo de casa. En el ascensor revisa el interior de su bolso, advierte que todo lo necesario esté en su interior. Algo le tira hacia abajo del abrigo. Inclina la cabeza. Tamara suelta su abrigo y coge su mano. Las dos hermanas se miran, ya no siente miedo, poco a poco va comprendiendo que la niña no pretende hacerle daño. Fany aprieta con ternura su mano mientras baja el ascensor:

-“Cada vez estoy más cerca de la verdad. ¿Tú qué dices, hermanita?”-. El ascensor se abre y Fany sale a toda prisa por la puerta.

Salvador está en una mesa próxima a la ventana. Todavía no han llegado sus compañeras y el camarero se sorprende al verla entrar tan temprano.

-“He hecho averiguaciones; la adopción por la que me has preguntado, no ha sido legal, pero lo cierto es que tampoco ha sido ilegal”- afirma el detective. Tras dar un sorbo al café, continúa: -“En la documentación aportada constan las firmas de tus padres, Adolfo y Amelia, hasta ahí todo bien. Lo realmente curioso y nada corriente, es que el plazo de presentación de la solicitud es el mismo que el de la aceptación de la adopción”-.

-“¿Qué significa eso?”-.

-“Verás, Fany. Cuando se quiere adoptar, hay que hacer trámites. Por lo general son largos y costosos; desde el envío de una solicitud al centro de adopción, hasta las entrevistas de los servicios sociales, puede pasar mucho tiempo y hasta la aceptación del trámite, todavía mucho más”-. Salvador da otro sorbo a su café-“La anomalía es que, en este caso, tú no estabas en ningún centro, pues Socorro era tu tutora a petición de Fermín. Con todo esto, puedo deducir que fuiste arrebatada de su casa y entregada a tu familia adoptiva en el mismo momento”-. Ella pregunta al investigador, cómo podía ser posible tal irregularidad, a lo que él responde:

-“No hay solicitudes de entrevistas, tampoco estudios psicológicos previos para valorar si tus padres adoptivos eran idóneos para la adopción. Señalar también, que la celeridad en los trámites es aberrantemente anormal”-. Fany lo mira con incertidumbre -“¿Tus padres te adoptaron un día después de enviar la solicitud y sin conocerte!”-. Ella se inquieta, el detective prosigue: -“Todo apunta a un excesivo interés por parte de alguien, para que desaparecieras lo antes posible”-. Está impresionada. Tras tomar un respiro pregunta al investigador:

-“¿Quién?”-. Salvador mueve la cabeza negando saber la respuesta. Se despide y se marcha del establecimiento en el preciso momento en que llegan dos de sus compañeras. La saludan.

-“¡Mira, mira lo que tengo!”-. Una de las compañeras muestra su teléfono. Decenas de fotografías de diferentes modelos de vestidos y conjuntos.

-“¿Y eso?”-

-“Es una tienda que he encontrado por internet”-. Una tercera compañera entra en la cafetería; no tarda en apuntarse para ver el catálogo de modelos del teléfono de su compañera Rita. La cartera, golpea levemente el ventanal con la tapa del bolígrafo e indica a Fany que hoy no tiene correo.

CAPÍTULO XXIX

Varios días después de la entrevista con Salvador, este vuelve a concertar una nueva cita con Fany.

Llegan a la oficina del detective, aprovechando el horario del almuerzo que ambos tenían en sus trabajos:

-“¡Pasad por favor! Tomad asiento”-.La investigación del detective había dado un avance más. Un dossier sobre la mesa mencionaba la historia de Carlos Guzmán. Este desconocido, era un acaudalado hombre de negocios que poseía metalúrgicas por gran parte de América latina. Sus negocios indeterminados en países del Este, también le reportaban grandes sumas de dinero.

-“¿Por qué tenemos que conocerlo?”- pregunta Fany. El investigador contesta:

-“Porque fue el interesado en comprar la fábrica y tras las innumerables negativas y desplantes de tu padre, lo amenazó delante de los cientos de empleados”-.

Salvador relata, como la policía siempre creyó que podría haber algún tipo de vinculación con este hombre, en relación con los hechos que golpearon la familia, pero la falta de pruebas y sus contactos con los altos poderes políticos y jurídicos impidieron que prosiguieran las investigaciones. Salvador afirma:

-“Con el fallecimiento de tu madre y el encarcelamiento prematuro de tu padre, únicamente tú podías ser un impedimento para la libre adquisición de la fábrica”-.

Felipe pregunta al investigador sobre el comentado endeudamiento de la familia.

-“Es muy posible que la presión social y la deuda contraída por tu padre, fueran cruciales para el embargo, pero también puede ser cierto, que una persona con contactos, que no admite un no como respuesta pueda influir en ese desenlace”-. Salvador da por finalizada la investigación y pese a las innumerables preguntas sin contestación, que todavía rondan sus cabezas, el detective dice ser imposible descubrir más datos fidedignos con relación al caso.

Se levantan de su asiento, pero Felipe sigue con alguna duda:

-“Si no vive nadie en la mansión, ¿quién paga la sirvienta?”-. El investigador contesta con extrañeza:

-“No me consta que la mansión esté habitada, más bien, creo que las zarzas se adueñaron de ella hace ya mucho tiempo. ¡Lo cierto es que, la casa te lleva esperando mucho tiempo!”- exclama dirigiéndose a ella. Se miran con perplejidad.

Siete y media de la mañana, Fany está duchada y vestida. El amanecer, esta vez no la ha sorprendido. Más de media noche lleva desvelada, pensando en lo que le dijo el detective, en el relato de doña Socorro y en la dura historia que le contó. Fany, ojea en internet una página donde expone un resumen de su historia. El portal, dedicado a la desaparición de niños o niños robados, es una página dedicada a que cualquier persona pueda exponer su experiencia, con el fin de ayudar a los que viven o han vivido, la cara oculta de la adopción.

La clínica casi no tiene pacientes con la llegada del verano; la doctora aprovecha para reunir a todas las chicas en un gabinete y les ofrece la solicitud de las vacaciones:

-“Por circunstancias familiares, me gustaría cerrar la clínica esta primera quincena del mes que entra. Si todas estáis de acuerdo, me gustaría que solicitarais vuestra quincena de vacaciones y que aceptarais esta quincena venidera, como las vacaciones dadas por la empresa”-. La odontóloga observa las caras de todas sus empleadas. Ninguna pone objeción. Fany ausenta su mente durante unos minutos, tras recibir la notificación de las vacaciones. Piensa en adelantar su viaje de nuevo a la casa familiar y ver que puede hacer allí. La doctora se da cuenta de su ausencia y se refiere a ella:

-“¿Algo que objetar?”-. Fany indica a la jefa, que estas vacaciones improvisadas y aceleradas, le vendrán muy bien para solucionar unos trámites familiares. La doctora sonríe y les da las gracias a todas por la comprensión.

Se presentan en la mansión, la gigantesca puerta de acceso está cerrada. El envejecido recinto, no se asemeja al de su última visita, cuando un jardinero y una asistenta misteriosa decían estar al cuidado del inmueble, que denotaba un alto poder adquisitivo del que según la trabajadora, era de un nuevo dueño.

Pasean por los alrededores de la finca y pueden divisar a lo lejos, unas piedras que han caído de uno de los muchos muros kilométricos que rodeaban la finca, permitiendo con ello, la facilidad en el acceso a la mansión desde el exterior. Los jardines están descuidados, las malas hierbas se han adueñado de las mesas y los bancos tallados en piedra. Los árboles frutales, han sido engullidos por las zarzas. Las mimosas han destrozado la entrada cementada de la mansión. La imponente fachada de la vivienda, está asediada por abundantes capas de musgo y las escaleras de acceso, cubiertas por camas de centímetros de hojas secas. Algunas ventanas de la cara frontal, están rotas y el aire emite sonidos al penetrar por las mismas. Es una imagen triste, que nada tiene que ver, con lo que habían visto semanas atrás:

-“¡Es como si nadie viviese aquí nunca!”- exclama Felipe. Fany, en silencio, se aproxima a la puerta de entrada. La puerta de aluminio con llamativas y espectaculares molduras, restan protagonismo a las decenas de pintadas que hay por la fachada principal de la casa. Gira el picaporte, la puerta se abre con facilidad. El impresionante salón que preside la mansión, apenas tiene muebles, las sábanas tapan los pocos enseres que quedan. La enorme lámpara de araña con cientos de cristales llama su atención. Unas escaleras al fondo se dividen en dos a la altura del primer piso, permitiendo el acceso a un lado u otro de la casa.

La planta superior está completamente vacía. Fany se acerca a una ventana y observa los descuidados jardines de la casona. Tamara está sentada junto al cerezo, vistiendo a su osito con delicadeza, mamá junto a ella cepilla su larga melena con extrema dulzura y cariño, mientras Fany juega en un columpio improvisado que le ha hecho su padre con una tabla y dos cuerdas. Mamá la mira y le sonríe. Las carcajadas de Tamara llaman la atención de los allí presentes. Doña Socorro tiende las sábanas blancas en un cobertizo cercano, el olor a ropa limpia es embriagador. Un pájaro se posa sobre el peluche de la pequeña, su rostro muestra la inocencia de una niña sin maldad, que observa con entusiasmo la nobleza y delicadeza de aquel hermoso pájaro. Fany mira a su madre, la mirada cómplice de ambas denota el inmenso amor que se tienen.

Felipe posa el brazo sobre su hombro, haciéndola regresar de su viaje en el tiempo. Tras

pestañear varias veces, busca con la mirada a su familia, encontrando en su lugar altas hierbas que engulleron su pasado. Felipe pregunta:

-“¿Nos vamos ya?”-, ella responde:

-“¡Sí, pero volveremos!”-. Mientras abandonan la finca, Fany se vuelve para ojear una última vez, la formidable mansión. Madre e hija están en la puerta, observando su marcha. Fany se despide de ellas con la mano. Camina despacio, notando como se empequeñecen las figuras de la madre y la hija.

Se detiene, algo la obliga a girarse nuevamente. Las miradas de las tres se cruzan en el camino:

-“¡Adiós, Tamara, adiós, mamá!”-.